

R. 41.684



M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

1
24
513

ALMAS



SOLITARIAS

(NOVELA ESPAÑOLA)



1911

ADMINISTRACIÓN

Pez, 30.—Madrid

ES PROPIEDAD

Imp. de Domáñez y Taroncher, Travesía Migueleta, 1.—Valencia.



CAPITULO PRIMERO

Espíritus serenos.—Evocaciones.—Los telares de Paca y los discursos de Naro.

Sepan y entiendan los que recuerden con agrado el casamiento de *Cataluña* y *la Mística*, que fué aquel hogar desde entonces un nido de amor. Como Bonet no salía nunca, le instaba ella alguna vez á que lo hiciese, con ofrecimiento modestísimo de sustituirle en la lección á Naro. Era Bonet dócil y salía, pero de tarde en tarde. En esas noches se consagraba Juana á Naro y á mí. El abuelo acostábase pronto y pocas veces concurríó á estas veladas de estudio, en las que solía yo pensar á ratos, abstraídamente, con inmensa gratitud, en mi buen sino, aunque se turbara á menudo con hondas vicisitudes. Con-

fieso con modestia que debo á esta mujer sin igual, más que á Bonet, tanto como á Naro, más que al mismo Pepito Alcudia, mi serenidad de alma, la seguridad de mis decisiones, mi conocimiento, en fin, de la vida. Mi intenso afán de aprender y mi admiración por ella, lograron un fenómeno rarísimo: que lo que yo tuve siempre por una cosa inverosímil, inaudita, sucediese con una sencillez y facilidad que no podía explicarme. No sé de qué manera sucedió; me parecía un sueño fantástico aquello de que yo pudiese coger un libro y embeberme en su lectura horas y horas, sin pensar ya ni remotamente en los trabajos sufridos para conocer las letras. ¿Quién pensaba en eso? ¡Ah, pero la carta suspiradísima por la cual yo aprendí á leer, aquella carta ¡triste de mí! no se había escrito aún! ¿Qué fué de aquellos seres amados? ¿De aquella señora pálida y grave que con tanta seriedad y ternura

ordenó Pepito en dos ocasiones solemnes que me besara? ¿Qué había sido de aquel muchacho generoso y amigo fiel? No, no pensarían en mí. ¿Quién era yo para que me recordasen? La señora pensaría siempre en su querido muerto, sin hacer memoria para nada de la pobre chiquilla torroxeña; y Pepito, el amigo lloradísimo de mi corazón, encontraría ya dispuesto, arrogantemente, con aquel uniforme tan lindo, cuya descripción en tantas ocasiones le oí, para alcanzar gloria, conquistando los reinos y tierras consabidos. No pensabas en mí, ¡oh, Pepito Alcudia! ¿Por quién querías ser rico entonces, además de tus padres? ¿Y aquella protección con que me brindabas? ¿Y aquellos tus magnánimos ofrecimientos de rey? ¿Y aquella casita de flores en el campo, ó en la playa, á la orilla del mar, donde más me agradara? ¡ay, Dios!

Estas ideas nunca alejábanse de mí. El trato perenne con Narito, que

era todo humildad y ternura, la franca y seria amistad de Bonet, y, más que todo, aquella manera de razonar de Juana Montero, el religioso fervor que ponía en todo lo de su casa, en su familia, en mí, sus ideas serias, sus sentimientos elevadísimos, expresados sencillamente, sin alardes, sin retóricas, á que su condición fué siempre bien ajena, todo esto, á la vez que yo fuí compenetrándome de mis libros, abría horizontes vastos ante mí, sin que yo lo pensase, sin que yo lo supiese, sin que yo lo pretendiese, dándome fijeza, enseñándome á reflexionar, á buscar el sentido de las cosas, haciendo adquirir, en resumen, á mi ser moral un aspecto nuevo. Al mismo tiempo, mi desarrollo físico avanzaba de un modo que hacía arrancar á Carmen ciertas bromas, que me parecían en ocasiones muy picantes.

Esperaba á mi amiga siempre, para irnos juntas á *La Aurora*. Lla-

maba ella, salía yo, llegábamos á la fábrica muy pronto, entre aquel tropel inmenso, aquel marasmo indescriptible de hombres y mujeres, que entraban á trabajar al mismo tiempo que nosotras. Nos poníamos al trabajo. Narito, que llegaba siempre un poco después, en su telar—le habían dado, hacía pocas semanas, otro de los de la Montero;—yo en medio—tenía ya dos telares—y la *Corza* á mi otro lado, con los dos que siempre había tenido. Poniendo mi mano en la lleve, mis ojos en la lanzadera ó en el peine, nadie me apartaba ya de mi trabajo, como no fuera para contestar á alguna pregunta de Carmen ó Narito. Tenía orgullo en parecerme á Juana, mi antigua maestra, y aunque me consideréis con excesivo amor propio, digo que lo conseguí.

Los que me habían conocido cuando entré en la fábrica á los siete años, se hacían cruces. ¿Era yo aquélla? Hablo de esto, no por alarde, sino por

mi firme propósito de apuntar en estas páginas hasta el último detalle, que hubiese podido influir más ó menos directamente en mi destino. Fué pródiga la suerte con Paca Cielos. Si en medio de los terrores, privaciones y trabajos que padecí bajo el yugo de la divina Ángeles, mi naturaleza se desarrolló, sin que pudiese apagar nadie su poderoso ímpetu, figuraos lo que sería cuando viví en paz serena, con mucha higiene, con un prudente trabajo corporal, con comidas sanas, aunque frugales, con noches reparadoras, de sueño y reposo, con mis amigos y mis libros. Juana lo decía riéndose: «Desde que estudiaba, desde que leía, desde que mis pensamientos iban identificándose con otros pensamientos, desde que cultivaba en la medida posible mi inteligencia, desde que hacía, en fin, una vida más espiritual, algo de aquel espíritu mío, que abría los ojos, atónito, de tanta belleza y tanta

luz, extendíase sobre mí, como un aliento invisible, afinándome, suavizándome, como si se me viese á través de un velo, que hiciera amortiguar asperezas, vigorizando á la vez y armonizando, como esos últimos toques imperceptibles que da el artista á su obra, y que son, sin embargo, el alma, la vida de ella, la perfección, en fin, del conjunto. Mi pelo se hizo más obscuro y brillaba como mis ojos. Carmen decía que no estaba segura de que mis ojos fuesen verdes ó azules; y reía como una loca, asegurando que, si hubiese sido hombre, se enamoraba de mí, por mi pelo negro... negro, brillantísimo, y por mis ojos azules ó verdes... aparte de *lo demás.*» Y castañeteaba los dedos con un mohín indecente, muy propio de la calle del Tiro, que contrastaba con su condición de virgen—virgen del arroyo,—pero inmaculadísima, como las rosas y como el fuego.

Así dió á luz Juana, y así pasaron

semanas y meses, sin otra novedad que la de ir acostumbrándose Bonet á la política, cosa que no podíamos extrañar. Su corazón templado en la fuerza de todas las lealtades y todos los deberes, hubiera querido, aun á costa de sacrificios verdaderos, regenerar el mundo. Pero todo esto era nada, porque Bonet salía de casa con muy poca frecuencia, como siempre, é instigado por su mujer. No he conocido hombre más refractario á la sociedad de las gentes. Se lo dije en más de una ocasión y sonreía como asintiendo: «Hubiera querido regenerarlo todo, el hombre, el mundo, las cosas, pero desde una cámara obscura, bien clavada y reclavada, donde nadie supiese que él existía, embebido en el dulce *sport* de la gran obra divina y humana».

Era lo cierto que además de su absorción en el trabajo y el estudio, le tomó el saborcillo al pensamiento de regenerar la patria por lo pronto,

ya que no le fuese posible, hasta mejor ocasión, regenerar el mundo, y que pasaba buenos ratos con tal ó cual amigo,—tenía muy pocos—en amenas pláticas sobre la forma en que la regeneración había de empezar, mientras llegaba el momento de poner mano al asunto.

En cuanto á Juana, tenía confianza absoluta en él, y además, absorbía entonces todas sus facultades el chiquitín que había venido al mundo para encanto y satisfacción de todos nosotros.

Algunas noches se acostaba Narito después de la lección y quedábamos Juana y yo esperando á Bonet, yo, con el pensamiento siempre en mi sombra adorada y ella en sus reflexiones tranquilas; pensando en Bonet y en el chiquitín, acordábase de pronto de Narito, sonreía confusa, y entrando sigilosamente en su alcoba, le besaba en silencio, mirándola yo hacer con un amor y respeto religio-

sos, de que Juana no se dió cuenta nunca. Se acostaba Naro más tarde algunas noches, y ella oíale sonriendo, después de la lección. Le hacía sonreír su charloteo de pajarillo. Hablaba de aquel trajín que tanto conocía ella, de máquinas, de engranajes, de chumaceras, de bronces con sus cajas de aceite verduoso, para el que no era bastante todo el *esperdicio*. Su inteligencia precoz lo comprendía todo perfectamente, y explicábalo con unos giros pintorescos, sin desterrar nunca de sus labios cierta sonrisilla misteriosa y triste, que embellecía su cara pálida.

Veía Juana desfilár en su imaginación aquel inmenso tropel de figuras dantescas, de las Fraguas y el Gas; la gente del cuarto del Diablor; la del cuarto de las Gachas y del Tinte; las tejedoras con sus sayas azules á cuadros ó á listas, la cabeza empolvada, el pañuelo de talle, el gran delantal de amplios bolsillos,

los brazos desnudos, las tijeras y la tecla, pendientes de un cordón en la cintura; y con las tejedoras, envuelto en no sabíamos qué brumas extrañas al pasar por la inteligencia y los labios de aquel niño—aquellos labios de sonrisilla de mártir y de ángel,— el gran salón de techo de hierro, acristalado en muchas partes, aquel salón donde se extendían como ejército en orden de batalla, cientos de telares primeramente, enfilados, muy juntos, como para dar paso á una persona entre uno y otro, y la tejedora al pie del telar, seria, espetada, viendo hacer de las suyas á la lanzadera de extremos acerados, puntia-gudos, con su ir y venir, como desesperaditos de la vida; los tornos después con sus carretes, como duendecillos revolucionados; las devanaderas, como grandes pajaruchos de aletear descompuesto; las caldas con sus agujas tiesas, finas, en pie, muy juntas, y aquellos haces de algodón

blanquísimo arrojados y pendientes allí, como cabelleras nevadas de viejos gigantes.

Cuando Bonet hallábase en estas conversaciones, movía la cabeza con disgusto. Naro iba á la fábrica, porque Bonet no quería contrariarle, pero tenía sus proyectos referentes á Naro y estaba decidido á ponerlos en ejecución inmediatamente. Naro negábase en absoluto por no estar lejos de él, pero era ineludible. Naro saldría de la fábrica para dedicarse á estudios más serios, sin robárselo á su descanso. No estudiaría una carrera costosa y larga, porque no estaba en los principios ni en los medios de Bonet, pero resultaría un hombre útil, sin necesidad de trabajos manuales, para los que su naturaleza pobre no estaba bien constituida. Era cosa resuelta.

Sentía Naro mucha pesadumbre de su próxima salida de la fábrica, por tener que apartarse de su herma-

no, de Carmen, de mí, aunque sólo fuese en las horas del día. Estaba muy contento con su telar, que manejaba ya con perfección, pero lo decía él mismo, con un mohín gracioso y resignado. No tenía fuerzas bastantes aún. El telar andaba, andaba, con unos crujidos como de dientes, de muchos dientes rechinando con furia, porque no podían hacer presa en la carne. La lanzadera iba y venía como bichito loco, llevando detrás la hebrilla que cruzaba y recruzaba entre las otras; y Naro permanecía, como todo buen tejedor, atento al ir y venir, dispuesta la mano para torcer la llave, sin aturdirse de todo aquello que vibraba y crujía detrás, al frente, á los lados, encima, á sus pies, el voltear de las ruedas, el morder de los piñones, las correas con su tejer y destejer de hilos sin fin, las lanzaderas, con su ven-que-te-vás, los escapes de vapor, los mil ruidillos dentro de aquel otro

indescriptible, el chascar, el chirriar, los golpes secos, las vibraciones agudas, la trepidación inmensa de los millones de cristales de las ventanas y las techumbres... Un día escapó la lanzadera de pronto como un proyectil, yendo á despuntarse contra una columna de hierro del salón. Tiró Narito de la llave, pero no pudo desviarla. ¡Se armó allí una! No llegó al despacho la noticia, porque Paca Cielos, la misma Paca Cielos, se lanzó á la llave como un rayo y detuvo el telar con su fuerza de Leona. La *Corcita* se lanzó también y ayudó mucho. —Que lo diga Paca,—añadió Naro riéndose. Refería Naro estas cosas á *la madrecita*, frecuentemente. Le gustaba hacerlo, por el amor y curiosidad con que era oído. Hablábamos con mucha tranquilidad de tales asuntos, sin alarmarnos, por la costumbre que teníamos de vivir en la fábrica y por la fábrica.



CAPITULO II

Presagios funestos.—Don Miguelito Caparota.—Catalina y la Mística.—Las envidias de la Aurora y las cobardías de Bonet.—La tía Ángeles en acción.

Pasado algún tiempo, otra vez volvieron los insomnios de Juana; y tardé mucho en saber á lo que obedecían.

Me puso ella en antecedentes, y aunque su amistad hacia mí no se hubiese comprobado esa vez más con su confesión, yo hubiese pronto comprendido lo que era. Lo digo tristemente: participé al punto de sus temores y zozobras, pero sin extrañeza alguna por mi parte... No nací para disfrutar una paz, relativa siquiera, mucho tiempo.

Dos meses deslizáronse desde que

Juana me descubrió las causas de su inquietud.

Vivíamos en una incertidumbre cruel, con el temor de una desgracia, y sin hallar remedio en nuestra turbación, ni aun para prevenirla.

—¿A que no sabes con quién estuve toda la tarde?—dijo Bonet un domingo, sentándose á cenar.

Estábamos en la mesa, además del matrimonio, el abuelo, Carmen, Naro y yo.

Aunque me encerrara en lo de mi comida con Carmen, los días festivos tenía por fuerza que comer con ellos. Almorzaba con la *Corcita*, que concluyó por venirse también á vivir al Perchel y comíamos las dos con nuestros amigos.

Juana y yo cambiamos una mirada medrosa.

Encogió ella los hombros graciosamente, como esperando que Bonet hablase. El golpe que temíamos lo descargó Bonet sin saberlo:

—Con *Caparrota*... ¿Te acuerdas de don Miguelito?

La Montero se puso muy pálida, pero Bonet no se fijó. Vi temblar la cuchara en las manos de mi amiga y la infundí aliento con los ojos.

Carmen, que no supo nunca dominar sus impresiones, exclamó agriamente, en su lenguaje gráfico cual ninguno:

—¡Vaya un tío sinvergüenza!

Nos echamos á reir de la salida de la *Corza*, aunque sabíamos, Juana y yo por lo menos, que el asunto no era para risas.

Bonet había dicho algunas frases más, abstraídamente; «Don Miguelito le llamó en el café y hablaron de mil cosas»...

También hablaban con frecuencia en la fábrica; lo habíamos observado Carmen y yo, y pudimos observar que aquellos contactos era *Caparrota* quien los buscaba siempre, de modo que no lo pareciera. Conocíase el em-

peño de aquel hombre en intimar con el mecánico-montador.

Cuando Bonet dijo que había estado con *Caparrota*, Carmen no pudo contenerse.

Había comprendido que aquel Judas acababa de dar otro paso y no corto en la intimidad de Bonet, cosa fácil, porque Bonet, tan cándido en realidad, como adusto é inabordable parecía, era incapaz entonces de concebir en ningún semejante doblez de ninguna especie.

Pero había otro punto que Carmen desconocía, porque no tuvo ocasión de hacer ciertas observaciones que nosotras habíamos hecho, un punto bien obscuro, causa, para decirlo ya, de nuestras profundas inquietudes.

Caparrota, cuando estaba seguro de que Bonet no le vería, paseaba con un cinismo infame la plazuela de Mamely.

Aunque con poca experiencia de

la vida para ciertos casos, comprendíamos bien que la gente necesita poco para dar en la maledicencia, y que da en ella al fin, aunque sea sin motivo, con el pretexto más fútil.

Había pasado y cruzado *Caparrota*, mirando puerta y balcones. No se atrevió á más, pero temíamos que se atreviese, y aun sin atreverse, ya era bastante si una sola persona de la fábrica le veía en la plazuela. Es horrible para una mujer encontrarse víctima de una vileza, sin poderla castigar por sí, ni hacer que la castiguen, por no exponer la vida de otros.

La noticia de Bonet nos demostró en resumen que no trataba ya de rondar la casa solamente como colegialillo, sino de inspirar afecto al amo y meterse en ella sin tropiezo alguno.

Seguramente, *Caparrota* era un corazón vil.

Era preciso guardarse, defenderse, ¿pero cómo lograr esto? La única persona con quien podía contar Jua-

na para su defensa y apoyo era Bonet, quien teníamos más que se enterase por miedo al conflicto. ¡Y precisamente era Bonet quien venía á agravarlo todo!

Carmen habló pestes de *Caparrota*, pero sin decir nada que no fuese cierto.

«Este don Miguelito era también del barrio de la Trinidad, un vago, un hambrón indecente, granuja é hipócrita», palabras textuales de la *Corcita*, que yo debo dejar estampadas en honor á su estilo gráfico y contundente.

«Sólo había que ver á *Caparrota* el hocico, para estar seguro de que sería capaz hasta del crimen por satisfacer un capricho».

«Ya, ya le conocía ella».

«Vivieron juntos en la calle del Carril... Vivía el padre de Carmen aún. El tal don Miguel—¡vaya un *don!* ¿de dónde lo sacaría?—el tal don Miguel tenía treinta años y pare-

cía tener cuarenta. Era que estaba consumido de envidia y hambre. No lo empleó nadie nunca por no tener aptitud para nada y porque era anti-pático y repulsivo á todo el mundo. No se explicaba la *Corcita* por qué puerta misteriosa—trasera desde luego—logró meterse en la fábrica para ganar un duro cada día con que entretener el hambre y morderse los codos, tirado sobre una carpeta, y no como se ponen á trabajar los hombres de valer, con la frente alta y orgullosa. Era frío, seco, duro, agresivo, deslenguado, cobarde, hipócrita, todo esto, con los hombres; con las mujeres, matón y cruel. No había, en fin, por donde el demonio le cogiera. Adivinábase al punto su cobardía en aquellos labios delgadillos, amarillentos y en aquella tremenda boca-za de tigre.

«El padre murió».

«Fué un medicucho homeópata, que moriría satisfecho de haber en-

gendrado tal hijo. La madre, una vieja gorduncha, egoísta, orgullosa, vendía gallinas en la plaza. Hacíase llamar doña Pura—el *don* por delante,—y á quien no la llamaba así le metía los puños por los ojos, haciéndole ver lo formidable de su genealogía á fuerza de trompicones. Eran una *cosa* la madre y el hijo». Y la *Corcita* despotricaba de un modo para que se viese y oyese. «Era la madre, viejaza, grandota, panzuda, con una nariz larguísima, y un coco raído que le salía del occipucio, como una banderilla de señales. El hijo, largo, escueto, bilioso, derrotado, con un aire de grandeza que producía náuseas, y un andar de *tenorini*, copiado, exactamente copiado, de alguna ópera que por casualidad vió en su vida. Tenía siempre los codos raídos, el pantalón con rodilleras, y el levitín con flecos, detalles de su indumentaria que le conquistaron el apodo de *Caparrota*, unido muy sa-

biamente, por venir que ni de molde, al *don* que él se ponía.

Doña Pura—ya lo dijo Carmen— se dedicaba á vender gallinas, matadas ó muertas, que de todo habría, en un puestecito de la plaza pública. Levantábase á las cinco, se peinaba, se adobaba, se hacía su café, se lo bebía, cargaba con su fuente llena de muslos, pechugas, mollejas, hígados, alones, cuellos, patas, tripas, sangre, todo, en fin, lo del animalito de Dios. A las nueve, ya lo tenía todo vendido. Volvía, llamaba á Miguel...— ¡ángel adorado!—volvía á llamarle, estaba llamándole hasta las doce. Nunca logró que se levantara un minuto antes. Se levantaba á las doce y se comían las piltrafas que desecharon en el puesto por sospechosas. Después de comer, dedicábase la vieja barriguda á recibir visitas á *ocultis*, de su *parroquia*. Era curandera y sacaba los ojos á los imbéciles, por unos medicamentos muy chocantes. Él, se

sentaba en el patio con las vecinas á ofenderlas con palabrotas, porque no las podían defender los maridos, padres ó hermanos ausentes. Ella, la misma Carmen, pudo verlo: cierto día, estando *Caparrota* sacando agua del pozo, una pobre mujer díjole buenamente que no derramase mucha, pues la tendría ella que fregar luego. La contestación de *Caparrota* fué volcar á la infeliz toda el agua del cubo por la cabeza. Era en Diciembre. En otra ocasión, una muchacha, bonita como el cielo—acababa de casarse,—le dijo en broma que debía trabajar y reunir para casarse también. Contestó *Caparrota*:—¿Para qué casarme, teniendo siempre mujeres? Una eres tú.—Y le recordó, delante de las demás vecinas, la hora y la casa donde se habían visto en muchas ocasiones, todo falso por supuesto, pero con una seriedad y unos detalles, que la pobre muchacha le dijo llorando como una Magdalena, que era

un vil, embustero, deshonra-mujeres. «No solamente las deshonoraba, sino que las pegaba». Así lo dijo él, y así lo hizo: la abofeteó; y no teniendo bastante, la arrastró por el patio. Al llegar el marido, hallóla en cama muy malita, pero nadie, y la mujer mucho menos, declaró el motivo, para no buscar una perdición al buen hombre. No lo supo nunca. Tal era el sujeto que había logrado meterse en la fábrica de *La Aurora*, ganándose poco á poco las simpatías del amo y el odio de los trabajadores.— José Bonet—concluyó Carmen, respirando ruidosamente,—mucho ojo; ese es el amigo que busca, según se ve, tu confianza. Por algo la busca. No eres ningún niño. Te abro... los ojos.

—¿Por qué ese encargo tan particular?—preguntó Bonet mirándola atento.

—Porque sí—repuso ella desabridamente.—Haz lo que se te antoje.

La hubiese abrazado con toda mi alma cuando concluyó su discurso.

Lo que más me cautivó siempre en Carmen, fué la prontitud y fiereza con que hacía cara al peligro.

A saber Carmen las andanzas del honorable sujeto por la plazuela de Mamely, estoy segura, de otro modo más contundente y provechoso para Bonet hubiese concluído su peroración.

Pero fuimos cobardes, Juana por Bonet, yo por Juana.

Temíamos poner á Carmen al corriente de lo que ocurría, porque no cometiera una imprudencia en su buen deseo, sin que reflexionásemos entonces, por nuestra misma ceguera y temor de comprometer á Bonet, que Carmen no solía ser imprudente, ni aun cuando con más ligereza y como al acaso parecía hacer ó decir.

Bonet quedó pensativo y no se habló más del asunto. Quizás pensaba en aquel instante que la *Corcita*

había ido demasiado lejos. Quizás su corazón honrado no quisiera admitir que tanta vileza pudiese encerrar otro corazón.

Pudimos observar, sin embargo, y yo se lo advertí á Juana, que la amistad de *Caparrota* y su marido no parecía consolidarse, á lo menos, por lo que én la fábrica advertíase. Con seguridad no era Bonet quien buscaba á *Caparrota*.

Sin revelárselo á Juana, por no aumentar su pena, Carmen y yo íbamos haciendo, por otra parte, muy tristes observaciones.

Cuando la Montero salió de la fábrica para casarse, se habló mucho de ella, ya lo sabéis; la envidia estalló como un volcán, cuya lava todo lo invadiera.

De aquel fuego pudo Juana librarse, porque Bonet, Carmen, yo, algunos amigos probados, pero muy pocos, estuvimos á guisa de parapeto fuerte y duro que la rodeara.

Como ella no puso más los pies en la fábrica, no fué imposible conseguir que permaneciese ajena al furioso huracán contra su honra desatado.

Es inaudito lo que puede levantar la calumnia, inconsciente, sobre la vida de una mujer.

He dicho inconsciente sin más análisis, porque es una palabra que necesitaría un volumen en este caso para su definición.

Tanto se complacieron en hablar mal de ella que llegaron á creer de buena fe que era verdad lo que hablaban.

«No tenía padres conocidos; su abuelo fué un capitán de ladrones famoso, y no sabían de qué podredumbres la sacó á ella. Ella fué querida del viejo ladrón hasta que la Virgen Santa dió á éste el castigo con aquello de la parálisis. Juana tuvo hombres, antes y después del ladrón; en la misma fábrica se le ha-

bían conocido varios. Era hipócrita como ninguna, hipócrita, perra y vil como un demonio. Estuvo mucho tiempo haciéndose la santa para llevarse á Bonet...»

Porque puedo decirlo, que de las quinientas ó seiscientas mujeres que en la fábrica habría, la mitad ó más, esto es, todas las mozuelas, habían tenido el sueño de casarse con Bonet, y las restantes habían tenido también *el sueño*... aunque fuera sin casorio.

Esas seiscientas mujeres fueron los seiscientos tumores fríos que le salieron á la honra de Juana.

En cuanto á los trabajadores de *La Aurora*... ¡Ah! los trabajadores de las fábricas algodonerías malagueñas fueron siempre, no sé si lo serán hoy, peores que ellas, más malos, más chismosos, más charlatanes, más cazoletos y más calumniadores. Daba asco.

A Bonet llegaba algunas veces la ola de inmundicia vomitada sobre su

mujer por aquellas mil bocas y aquellos mil corazones, respondiendo siempre con desprecio y desdén.

En cierta ocasión le oí contestar valientemente á Pepa Garrido, una harpía de veinte años, hermosa como la Virgen:—«¿Qué querías que me casara contigo? No, me casé con ella. Tú y yo, ¿qué teníamos ya que hacer? Bien lo sabes.»—Y era una gran moza.

No, yo lo digo: Bonet no había sido manco antes de casarse. Cogió y arrambló de firme en aquel inmenso prado de flores más ó menos virginales. Pero la culpa no la tuvo él, la tuvieron ¡ay! las pobrecitas flores.

Cuando yo volví al trabajo después de la muerte de Frasquita Cielos, ardía la fábrica con lo del casamiento de la *Mística* y *Cataluña*.

Por eso me dijo Carmen que no me oyesen nombrar á Juana. Su nombre nada más era siempre motivo

de contienda. Tenía quien la defendiese, aunque eran pocos, pero no podían aguantar aquello.

La prudencia de Bonet, aunque algunas veces se exasperara, la de Carmen, la mía, la de los pocos amigos que teníamos, en fin, consiguió apagar lentamente aquel fuego de rabia de la multitud.

No teniendo con quien pelear, ni aun discutir, cansáronse de la guerra, sin que por esto asegure que se perdonara ni olvidase á la *Mística*. De tarde en tarde, un chispazo prendía los corazones y producíase una asonada. Después todo volvía á la quietud. Así pasó mucho tiempo, aquella era verdaderamente tranquila, que siguió á mi escapatoria de la casa de los tíos y mi instalación en la de Bonet.

Pero desde el domingo que Bonet sacó en la mesa la conversación de *Caparrota*,—el primogénito ilustre de la panzuda gallinera,—sin saber

cómo, fué tomando otra vez incremento en la fábrica el furor de muerte contra la *Mística*. Era horrible. Parecía como si alguien atizara misteriosamente los enconos.

Yo no había visto nunca, creo que no lo verá nadie, un rencor tan hondo, tan sin piedad mantenido contra un alma buena que no lo merecía.

Indignaba, repugnaba, enloquecía aquello.

Juana, á quien esta vez llegó el pestilente vaho de la alborotada ciénaga, quiso aconsejar á Bonet que dejase de trabajar allí, pero no se atrevía.

Carmen no tuvo reparo en hacerlo. «Sí, que se fuera; que dejase la fábrica, por Juana, por él mismo».

Cuando en voz temblorosa, sin que nadie me viese, estrechando su mano con gran afecto, le dije, bajando mucho la voz: «¡Váyase usted de la fábrica, Bonet!», observé con miedo su mirada angustiada é indecisa.

Carmen y yo lo veíamos aterradas: Bonet—lo sabíamos seguramente—empezó á preocuparse de aquella cruzada feroz y misteriosa, cuya explicación no podíamos darnos, pues hacía ya tiempo que en *La Aurora* apenas se nombraba á la *Mística*.

Fué una explosión.

Carmen, con su entendimiento clarísimo, aunque sin educar, con aquella intuición finísima tan suya, presentía un enemigo formidable en la sombra.

Le vió venir aun sin haber nacido; lo anunció con entera seguridad; y presintió, vió todo esto, al darse cuenta de que Bonet empezaba á desviar la conversación abstraídamente, cuando se le hablaba del asunto. Sentíamos frío en el alma. ¡Ah, los hombres! ¿Sería posible que en Bonet empezase la duda? ¿Es cierto, en fin, que una gota de agua puede horadar, cayendo siempre, el bronce y el granito?

Una tarde llegó Carmen al telar, con el portaviandas en la mano.

Había ido por nuestra comida al portillo. Siempre mandábamos una aprendiz.

La tarde á que me refiero, fué ella no sé por qué. Para ir al portillo había que atravesar por las pacas... Nosotras no íbamos allí nunca. Lo observé al instante: tenía Carmen el rostro pálido y trastornado.

La pregunté alarmadísima.

—¿Sabes á quién he visto en las pacas, vistiendo y trabajando como las demás viejas?—dijo, en contestación á mi pregunta.—*A tu tía.*

La miré como si soñase. ¿Se habría vuelto loca?

—A tu tía, sí—repitió Carmen,—allí, cuchicheando con las otras mujeres... Y allá, en otro lado de las pacas, á la mujerona que la sirve. La conozco bien, aunque sólo una vez la he visto.

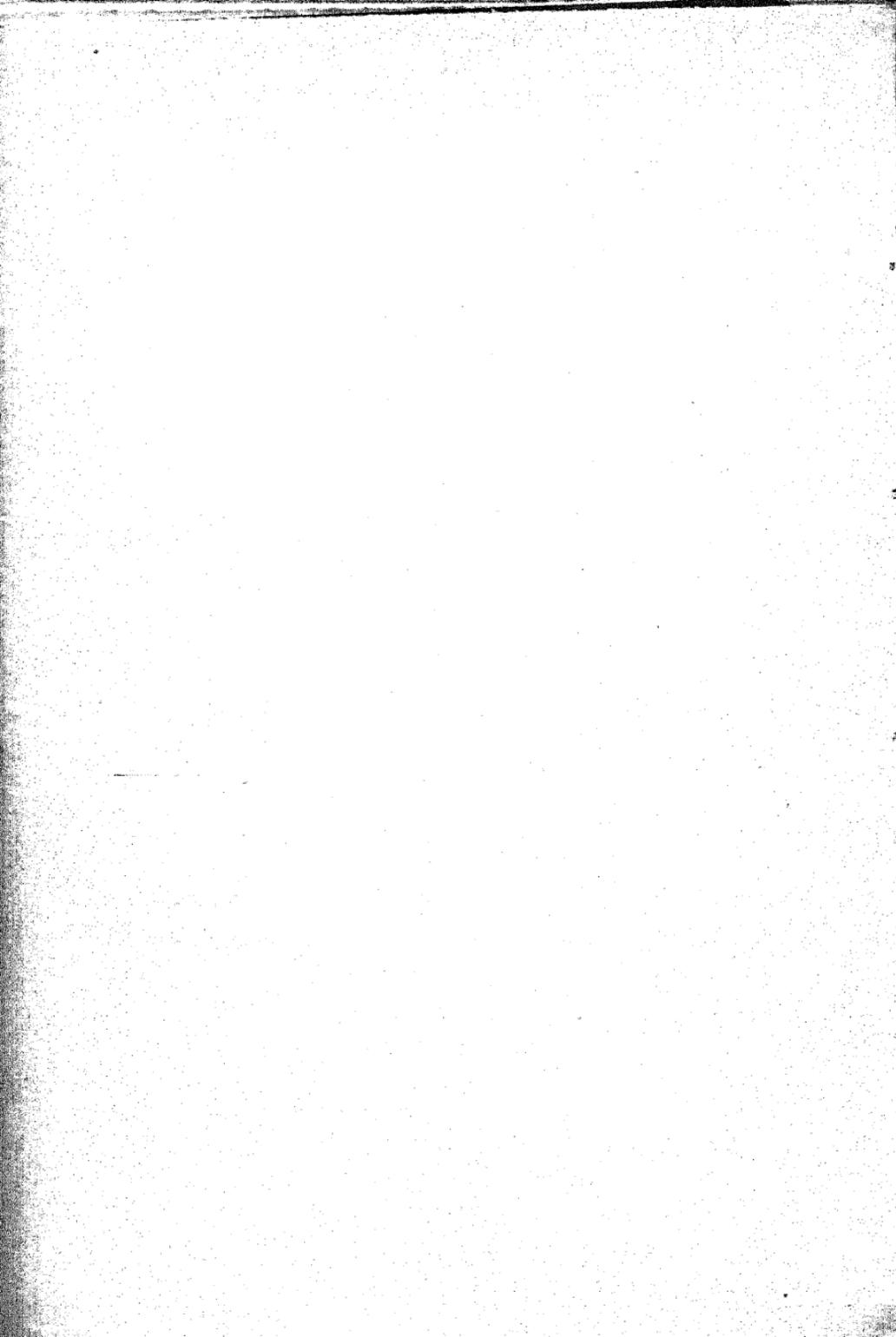
Toda la fábrica dió vueltas delante de mis ojos, no sé cuánto tiempo.

Creí que me caía... Que me hacían pedazos todas las máquinas á la vez.

Lo pensé temblorosa: «Sí, sí, ya teníamos la clave de todo. La divina Ángeles estaba en campaña, con ayuda seguramente del tío Salvador y los misteriosos señores negros que la protegían.»

Acordándome de la tenebrosa y de su casa, gotitas de sudor brotaron en mis sienes, punzándome al salir, como si fueran de acero.

Sentí algo helado, belfo, blandujo, espantoso, que rozaba mi carne; y dentro de mi alma invoqué los nombres de mi abuela y Pepito Alcudia, pidiéndoles amparo.





CAPÍTULO III

Utopías juveniles.—Días crueles.—El valor de Juana Montero y el de José Bonet.—¡La tía Angeles!

El terror que me produjo aquello en el primer instante, no significaba en mí la cobardía vergonzosa del que huye.

No podía *prescindir* del terror, pero hice esfuerzos poderosos para dominarle y hacer frente al enemigo.

¿Qué quería, qué se proponía la divina Angeles?

En resumen, una mujer era como cualquier otra y el tío Salvador un hombre también como otro cualquiera, con la ventaja por nuestra parte de que nosotros éramos buenos y ellos no! A los diez y seis años, ¡qué

fácil es creer en la justicia y en el éxito de las buenas causas! son utopías de la edad, que pronto se desvanecen ante la verdad espantosa de *vivir*.

No comimos siquiera; mientras me repuse, mientras acordábamos lo que debíamos hacer, pasó algún tiempo.

Tuve una idea de pronto: la de ir yo misma á las pacas y abordar á mi tía resueltamente. Que hablara al menos; que conociéramos sus intenciones. Á Carmen le gustó mi idea; se ajustaba á su modo de ser.

Detuve los telares y me fuí á las pacas resueltamente.

Acometíame una sensación grande, de espanto y repugnancia, al pensamiento de que iba á ver el rostro y los ojos de la *tenebrosa*, pero esto no pudo detenerme.

Llegué á las pacas, busqué atónita por todas partes. La tía no estaba allí, la mujerona tampoco.

¿Habría Carmen perdido el juicio realmente? Pregunté, dí las señas de ellas, y me dijeron que habían entrado á trabajar juntas hacía un mes. Aquella misma tarde, hacía pocos minutos, enfermó una, y la otra la acompañó á su casa.

Me lo expliqué entonces: habían observado que fueron sorprendidas por Carmen, y no entrando quizás en las combinaciones de la tía que yo la viese, fuéronse al punto.

¿Qué importaba ya? Presentíamos que el objeto de haberse introducido la tía Ángeles en la fábrica como una trabajadora, estaba realizado.

Volví con profundo desaliento. Es horrorosa la convicción de que hemos de recibir un golpe, sin que podamos prevenirnos contra él por no saberse cuándo ni de dónde ha de venir.

Á la Montero nada le dijimos. Ya tenía bastante desde que vió pasear en la plazuela á *Caparota*.

Observaba á su marido, sin explicarse su conducta. Era cariñoso, amante, considerado siempre, la misma delicadeza, la misma dulce seriedad en todas ocasiones... pero ¿qué le ocurría? Le preguntaba á Carmen, me preguntaba á mí... Sin ponernos de acuerdo, la decíamos lo mismo: que eran fantasías suyas. Pero ella nos miraba con aire indeciso y seguía en sus faenas reflexivamente... hasta que no preguntó más.

Su admirable instinto habíale hecho comprender lo que Bonet tenía. Lo que tenía era la turbación dolorosa que producíale aquella cruzada infame de que era Juana víctima.

Sin creer de ningún modo en aquellas absurdas manifestaciones de la idiotez y la envidia, vivía abrumado con el suplicio de tenerlas que oír, y si no las oía, de estar seguro de que á su espalda, lejos ó cerca, pronunciábanse.

No nos lo decía, pero sabiendo

nosotras la manera de ser suya, comprendíamos bien que seguir nuestros consejos, de que se marchase de la fábrica, lo consideraba como una huida vergonzosa, y hasta una confesión tácita de que pudiera estar de acuerdo en el fondo de su conciencia con los detractores de su mujer.

La amaba como siempre, comprendía su valer, estaba seguro de su virtud; sin embargo, por ese egoísmo que existe siempre como bestia en acecho, en los corazones más bien templados, sin darse él mismo cuenta, irritábase contra su mujer, causa inocente de la honda perturbación en que vivía.

Nunca, nunca, en aquellos días mortales de prueba, hizo nada Bonet, ni dijo, delante de Juana, para que ésta pudiese sentirse herida en su corazón ni en su amor propio, pero hay que decir que no obedecía esto principalmente á la humildad y templanza de Bonet, ni á la delicadeza de su

cariño; era que el hombre hallábase de tal modo rodeado del ser moral de Juana, que se le hacía imposible, aunque hubiese tenido intención de ello—que no la tuvo nunca—lanzar una expresión que hiriera el sentimiento más exquisito; quiero decir, que era Juana, la misma Juana, quien mantenía á Bonet en aquella tesitura con el influjo misterioso de que sabía rodearse y rodear á su marido.

No puede concebir nadie el talento de esta mujer en aquellas horas peligrosas de la vida; cómo analizaba los pensamientos, los actos, las palabras del hombre, para amoldarse á ellos, con una serenidad sonriente, con una templanza y naturalidad admirables, demostrando, como no haya podido hacerlo jamás mujer alguna, que un temperamento bien equilibrado ejerce gran influencia para la conquista masculina y simplifica mucho su conservación.

Se echaba á solas en mis brazos, pidiendo á Dios fuerzas, y mostrábase inmediatamente á Bonet, con una alegría tan natural, con una jovialidad tan dulce, tan generosa; decía, hacía de tal modo, que no dejaba entrever á su marido que conocía su debilidad contra ella, consiguiendo, por el contrario, que se prometiese Bonet á sí mismo velar siempre por ella y no hacerla víctima de su contrariedad, como la turba feroz de la fábrica la hacía víctima de sus calumnias.

Nunca llegó á sospechar Bonet que aquella mujer admirable sabía, con dolor inmenso jamás demostrado, lo que ardía contra ella en *La Aurora*, y la abrumadora carga que esto había llevado al corazón del hombre... Le aliviaba á Bonet su pena con una divina intuición femenil, sin que él supiese que era un premio que recibía en pago de la pena que ella misma, sin querer, le ocasionaba.

Así iban las cosas, cuando Carmen hizo el descubrimiento fatal de que la tía y la otra mujer iban á la fábrica fingiéndose trabajadoras.

Sabíamos á qué atenernos: de las pacas había salido esta vez la explosión formidable contra la *Mística*.

Bonet se replegó en sí mismo, desconcertado; entregábase á hondas reflexiones; no nos atrevíamos á herirle con nuevas angustias, pero la *Corza* aseguraba resueltamente que era preciso contarle lo de la tía.

El descubrimiento de Carmen fué un sábado, lo recuerdo bien.

Aquel mismo sábado, ya de noche, cuando faltaba poco para salir, oímos por vez primera una especie, que nos produjo ya vértigo de rabia, aunque no la debíamos extrañar; tratábase de la *Mística*, como supondréis. Habían visto á *Caparrota* pasear delante de su puerta, y por si no era bastante, le habían visto también entrar en su casa. «Al fin venció el hombre,

aunque para decir lo cierto, la fortaleza no era muy resistente».

Vi á Carmen temblar de ira. Por lo que en mí pasaba, no habiéndola observado hubiera podido comprender lo que pasaba en ella.

Se propuso hablar con Bonet en la misma noche, si era preciso.

Detuvo sus máquinas para ir en busca de Bonet, sin inventar pretexto alguno, y aun exponiéndose á caer bajo la misma garra poderosa que había hecho presa en Juana Montero.

Como nosotras salíamos después, quería advertirle que le tenía que hablar para que aguardase en su casa.

Iba dispuesta, si hallaba coyuntura, á hablarle en aquel momento, sin otro retardo... la detuve de pronto; se me ocurrió que fuera Naro á decir á Bonet que queríamos hablarle.

La *Corza* se conformó; así era más propio; pero volvió Narito al punto. «Su hermano acababa de mar-

charse». En efecto: era la hora de salida en la Mecánica.

¿Cómo pueden influir de un modo tan hondo detalles infinitamente pequeños en las supremas crisis de la vida? Pasó hora y media, que llegó á parecernos una eternidad, antes que saliéramos de *La Aurora*.

Estábamos ya dispuestas cuando tocó la campana. Salimos inmediatamente... Naro se fué solo.

Sin hablar, pensábamos por la calle en lo mismo: «¿Estaría Bonet en su casa?»

Al llegar, nos dijo la Montero que Bonet acababa de irse. «Tenía que hacer aquella noche».

Habló Juana muy natural, pero nos conmovía con sus hermosos ojos suplicantes.

—¿Qué ocurre?—preguntó al fin en voz temblorosa.

—Nada—contestó la *Corcita* bruscamente.

Y escapó, echando venablos.

La Montero no hizo más preguntas.

Yo me entretuve en mi cuarto con pretexto de lavarme y arreglar mis ropas. Temía sus ojos escrutadores.

Reflexionándolo bien, ¿qué íbamos á conseguir con atormentar con nuevas historias aquel corazón dolorido?

Naro fué á buscarme para estudiar como todas las noches y tuve ya valor para ponerme delante de mi amiga.

Me fingí absorta en mi estudio, pero sin querer la miraba de reojo alguna vez, conmoviéndome su rostro intensamente pálido aquella noche, pero con una expresión de tranquilidad tan digna, que admiraba tanto como su propia belleza.

Era muy tarde cuando regresó Bonet. No habló como otras noches del motivo de su tardanza, en lo que parecía siempre complacerse.

Narito dormía echado de brazos

sobre la mesa. Aquella noche no se quiso acostar sin ver á su hermano y, esperándole, se quedó dormido. Bonet le contempló un momento tristemente sin hablarnos; le cogió con dulzura, ayudándole á ir á su alcoba.

Naro despertó y oímos su charla mientras desnudábase. Estábamos atentas; la voz de Bonet no se oía. Cesó Narito y pasó tiempo.

Juana se levantó silenciosa, dió algunas vueltas como abstraída por la sala donde estábamos, dirigiéndose luego á la alcoba de Narito. Pasó después á la suya; volvió inmediatamente. Su palidez era terrosa; sus ojos parecían haberse hundido en aquel minuto como por un año de sufrimiento; pero me dijo tranquilamente:

—Se ha acostado.

—¿Sin decirnos nada?—exclamé, no pudiendo dominarme.

—Dispénsalo, estaría rendido.

Así habló ella, mirándome como

debe mirar el cielo el náufrago que se ahoga. No habló más.

Nos abrazamos y fué á acostarse. Yo fuí también á mi cuarto en una excitación que obedecía, indudablemente, á las sensaciones últimas.

Pensando en la tía Ángeles, en la actitud de Bonet, de aquella noche, precisamente cuando queríamos Carmen y yo hablarle de algo gravísimo, no me pude dormir.

Daba vueltas en mi cama, buscando inútilmente el sueño.

Sentía un calor bochornoso, aunque estábamos en Mayo aún.

Abrí la ventana de mi cuartito, que daba al huerto que recordaréis y aspiré con ansia la brisa olorosa de los montes. La suave, perfumada frescura, la inmensidad silenciosa de aquel cielo bordado de estrellas, llevaron lentamente mi imaginación á otros días.

Pensé en un ancho, sinuoso camino, á la orilla del mar, y sentí el

ruido quejumbroso de las arandelas de un galerón; las olas arrullaban dulcemente en mis oídos, y la voz lastimera del mayoral arreando sus mulas, perdíase como otra queja, en el espacio. Como destacándose del huertecillo, desprendiéndose quizás de aquella misteriosa bóveda sombría cuajada de estrellas, una figura suave me pareció que se aproximaba á mí, entrando por el hueco del postigo y una voz grave de mujer llenó mi corazón sin que yo supiese de dónde venía, exclamando:—«¡Bésala!»

¡Oh, Pepito Alcudia, qué sería de ti! Tu primer beso y nuestro abrazo, la última vez que oí tu voz querida, eran las memorias más felices de mi existencia accidentada. Tu beso y tu abrazo los sentía siempre como caricia suprema con el candor de la niña primero, y con la pasión ardiente de la mujer, más tarde.

Sin remordimiento, con una deli-

ciosa sensación, aun en mis horas más amargas, advertía yo, que las imágenes de mi abuela, de don Gabriel y la señora de Alcudia se iban esfumando en unas lejanías, donde, sin perderse del todo, estaban como un suave fulgor. La imagen del señorito Alcudia, en cambio, crecía, ardía en mi cerebro con formidable impulso, aunque ya mi esperanza de verle no era mucha.

Con estas ideas, de una melancolía y encanto dulcísimos, ya tarde, muy tarde, próximo al amanecer, el sueño empezó á rendirme.

Me acosté, dejando la ventana entreabierta y cubriéndome sólo con una sábana. Dormí algunas horas en un reposo absoluto, hallándome al despertar, en una deliciosa mañana de Mayo.

Juana, lo supe más tarde, había ido á la iglesia, con la mujer que la servía, que llevaba el niño... El abuelo estaba en el huerto, como

siempre, en su sillón, debajo de su emparrado. Bonet y Narito fuéronse al amanecer á los montes. Bonet sabía lo que amaba Naro la Naturaleza. El campo le volvía loco. Deteníase una hora mortal delante de una brizna del suelo, atentísimo, sin hacer caso de nadie. Tengo para mí que hablaba también con las florecillas de la tierra, como con su madre en las alturas.

Bonet le acompañaba siempre, le contemplaba, le mimaba, como á un niño pequeño, más pequeño de lo que en realidad era.

Últimamente habíase exacerbado este amor por Narito; se había refugiado en él, en sus hondas tristezas. Naro era para Bonet una segunda vida. Sin Naro, sin su amor, no hubiera podido resistir su alma los hondos, imprevistos dolores que le combatían.

Juana no demostró nunca tener celos por esta ciega obsesión de Bo-

net. No los demostró ni los tuvo, no solamente por ella sino por su hijo, porque Juana era un espíritu perfecto.

Lo que hizo en aquellos días de prueba, fué refugiarse en su fe religiosa, yendo á la iglesia más á menudo, como Bonet, desorientado, entristecido á los primeros reveses de la vida, por su temperamento soñador dado á la utopía, se refugió en Naro.

Desperté en aquella deliciosa mañana primaveral, la mañana de un domingo que no olvidaré nunca. Por la ventanita entreabierta, metíase en oleadas un aire tibio cargado de aromas de nardos y claveles.

Los árboles, los arbustos, las florecillas del huerto, saturaban también mi alcoba con su perfume vivificante.

Yo dormía ya sin dormir, sin darme cuenta aún de mis ideas, mal cubierta por la sábana, suelto el pelo,

fresca, limpia, en reposo todo mi ser, embriagándome en aquel dulcísimo hálito primaveral que conmovía mi carne virgen con vibraciones deliciosas.

Sentí de pronto abrirse la puerta con gran sigilo. Nunca me encerré por dentro. ¡Ah, no era allí como en casa del tío Salvador!

Sentí la puerta, pero no me moví ni abrí los ojos, encadenadas aún mis facultades todas por el dulce sopor.

«Sería la Montero que entraba para algo. Quizás Carmen que fué temprano, para hablar con Bonet».

Este pensamiento me volvió súbitamente á la realidad. Iba á levantarme, pero sentí entonces un rugido sordo y un violento tirón de la sábana que arrancaron así de mi cuerpo...

Me incorporé azoradísima... ¡Dios!... ¿Había llegado mi última hora? Junto á la cama, de pie, cerca de mí, erguíase una espantosa visión.

La tía Ángeles.



CAPÍTULO IV

¡El monstruo!

Ahora mismo que lo cuento, aunque segura de que ocurrió, me parece increíble.

Era ella. Estaba allí. En mi gran espasmo de terror, tuve, no obstante, el suficiente espíritu para hacerme cargo de su aspecto.

La miré, intentando rebujarme en mi camisa, único muro que podía defender mi vergüenza de sus ojos abrasadores.

No grité, no hablé, no pude.

No sé si mi asombro..., si mi estupor, fueron más profundos que mi miedo.

Tenía en una mano una llave, con la otra cogía aún, nerviosamente, el

pico de la sábana, que estaba á sus pies.

Era la tía, más horrible, más repulsiva, más odiosa...

Había pasado el tiempo sobre ella, como si hubiese sido de plomo.

En dos años pareció haber envejecido diez.

Su cara era más cetrina; su oreja grande, más grande; su oreja menor, menor. La punta de la nariz había avanzado buen trecho por el camino que ya recordaréis, de la indicada oreja. Los ojillos feroces tenían menos pestañas. Los párpados, como la punta de la nariz, habían adquirido un color entre rojo y azul, que la hacía horrorosa, manifestaciones indudablemente del alcoholismo. Un mechón gris penetraba rebelde por los encajes de su mantilla vieja de color de ala de mosca; y á todo lo dicho, había que añadir la expresión de su semblante, de aquel semblante horriblemente macabro, palabra que no

empleé jamás, pero que me parece en esta ocasión la única. El vestido, viejo, ajado, era un conjunto de chafarrinones de grasa.

La visión no podía resultar más espantosa.

Lo era más aún porque había interrumpido un dulce y delicioso sueño.

A la idea de este mismo sueño, al que iba mezclada con misterioso fulgor la imagen de Pepito Alcudia, acorriéronme secretos ánimos; y á mi asombro, á mi terror, fué siguiendo..., filtrándose entre aquellos dos sentimientos, como un hilillo de luz entre dos rocas, una curiosidad invencible, sin que por esto me atreviera á respirar ni á moverme.

¿Qué iba á decir? ¿Cómo había entrado en casa de Bonet? ¿Qué pretensión era la suya?

Y pensándolo, sin hablar, sobrecogida, pasaba los ojos, de su cara repugnante, á sus manos ganchudas,

negras, que oprimían siempre, de una manera nerviosa, la llave y la punta del lienzo.

Y así quedé, mirándola, á medio incorporar, sin encontrarme dueña de hacer un movimiento para cubrir ó intentar cubrir mi carne.

Habló. Su voz fué como siempre, dulce, con una dulzura antipática, insidiosa, agresiva, que me hizo estremecer á la idea sólo de lo que hubiera sido de mí en aquellos dos años, si no hubiese conseguido escapar de su garra fría y negra.

«Logró al fin su propósito. Podía verme á su sabor. Había esperado, anhelante, la hora de volver á contemplar á su sobrina adorada».

¡Y qué odio tan feroz advertíase en cada una de estas frases, que apenas parecían salir de aquellos labios negruzcos! Habló, habló...

«Habíamos tenido una criada que se vendió á ella, es decir, que le vendió una llave del portón de la casa,

de las dos que tenía la Montero. La sirvienta se fué para que no se la hiciesen preguntas».

Hablándome aquel demonio, recordé el incidente: una llave se había perdido, pero no se nos ocurrió pensar que la criada se la hubiese llevado.

«La llave estuvo en poder del enemigo algún tiempo, y el enemigo acechó siempre, sin dejarse ver de nosotros, esperando oportunidad de poderme ver á solas, como había al fin ocurrido. Entró exponiéndose á ser sorprendida, pero ¿qué la importaba?... ¿Quién la había de condenar porque hubiese ido á ver á una parienta adoradísima?»

Y era horrible el tono de mofa que entremezclaba, sencillamente, en su discurso, de una dulcedumbre inconcebible.

«Además, para cuando la sorprendiesen, si llegaba á suceder, me lo habría dicho ya todo. Nada le hacía,

en fin, que yo lo contase luego; al contrario, sería una gala suya, que todos lo supiesen en aquel *tranquilo hogar*; pero quería decírmelo á mí sola».

—Ay, hija; el tío Salvador, por quien tú siempre te *desviviste*, cambió bastante en tres años, pero no favorablemente. Se hizo jugador, penden- ciero; hasta dicen que ha cobrado el barato; no me extraña, aun siendo de la policía y todo; porque ese hombre es un gerifalte en lo de sacar dinero de donde no sea posible sacarlo; de las mismas entrañas del granito lo sacaría. ¡Ya ves, me lo sacó á mí! Me lo sacó todo..., es decir, no todo; mira lo que son las cosas, y vivimos juntos, juntitos, sin habernos tirado los trastos á la cabeza... Nos hacemos mucha falta, hijita... Él á mí... Yo á él... ¡Quién sabe!—Y quedó un momento callada, inmóvil, hiriéndome, desconcertándome con sus inquietas pupilas amarillas, de un ful-

gor venenoso.—¿No lo sabías? Cuando con tanta ingratitud huiste de mi casa, el tío Salvador se presentó á tu Bonet para reclamarte: tu Bonet no te lo habrá dicho, ya le conozco. Tu Bonet le respondió tranquilamente que lo intentara. ¿Qué haría Bonet para impedir que te vinieses con nosotros? Se lo preguntó el tío. Y Bonet, que le tiene al tío las de Caín, lo explicó al punto: te dejaría venir; y cuando estuvieras con nosotros, todas las mujeres de la fábrica, aquellos mil diablos encendidos, armarían en nuestra puerta un motín, sin ejemplo en el barrio de la Trinidad, pidiendo á la justicia que te sacase de *aquel sitio*.—Suspiró beatíficamente. Conociase; lo que estaba contándome se le atragantaba sin duda, pero se había propuesto contármelo.—Nos dió miedo. ¡Hubieran podido enredarse tantas cosas, de un negocio tan inocente, como el de devolver á su hogar honrado á una ovejita descarriada!

Temimos las consecuencias. Además, ¡dijo tales cosas el buen Bonet al tío Salvador, enseñándole de paso, complacidamente, sus puños como dos mazas de bronce! Le dijo mil calumnias de mí. No las repetiré para que no se ofendan tus oídos, ¡oh casta, oh dulce, oh buena Paca Cielos! Lo más *agradable* fué, que yo era una bruja, celestina, deshonesta, con quien ninguna joven de honor podía vivir. No quiero decirte más. El tío Salvador, gachas las orejitas, haciéndose el muerto, volvió á casa y así quedó todo, en espera de mejores días ¡ay de mí! que tanto tardaban y que al fin han llegado.

Fué tan grande, tan honda, repulsiva la fruición con que le silbaron las últimas palabras al escapar por la mella negra, que cerré los ojos un instante.

Saqué bríos de mi mismo horror, considerando que cuanto hiciese por descubrir sus propósitos, sería en be-

neficio de las personas amadas, y dije con profundo desprecio:

—¿Qué necesidad tenía usted de hacer lo de la llave para verme? ¿Por qué valerse para llegar hasta mí de unos medios tan reprobados?

No contestó. Mirábame intensa, ardientemente, con sus ojillos viles, de párpados sin pestañas, ribeteados de rojo. Su respiración, mientras estuvo oyéndome, pareció que se hacía más violenta. Algo duro, fuerte, como lleno de espinas, creyérase que pasó por su garganta.

Tardó un momento en contestar y me sentí molesta, avergonzada bajo aquellos ojos inquisitoriales, livianos.

Me incliné entonces para coger la sábana, pero tiró de ella y avanzó más. Me intimidé de nuevo y el ademán que hice para coger la sábana sólo sirvió para aumentar mi desnudez.

—¡Bruja, celestina! ¡deshonesta!
¿Qué te parece lo que le dijo tu Bonet

al tío Salvador? Las mismas palabras que á tu Bonet le habrías tú dicho.

No contesté. Le dije indignadísima que saliera, que iba á vestirme.

—¡Celestina y deshonesta!—Y haciéndose su voz más dulce, más insinuante, tomando un tono de espantosa ironía, añadió estas palabras, acompañándolas con el silbido, tenue ahora, de la mella:

—¡Pobre mundo, que no sabe hasta dónde puede tender sus alas un espíritu amante de la belleza!

Se sublevó mi sangre; despertó en mí aquel genio díscolo y acometedor que la miserable mujer con su hipocresía cínica, supo dominar en otro tiempo y dije violentamente:

—Es usted embustera y mala. No sé si es usted deshonesto y celestina, ni hablé nunca con nadie de eso, ni me importa. Pero sé que es usted una perversa criatura. ¿Por qué no se muestra usted tal cual es, una vez sola, delante de mí? Hágalo para que

vea siquiera que no la temo. Soy más curiosa que cobarde. A un bicho venenoso se le debe temer, no lo dudo. Un bicho venenoso es usted, pero la forma en que se arrastra, la forma en que escupe su virus, es lo que en usted más detesto. No finja usted más. Hable usted y pelee y mate si le es posible, pero cara á cara y mirando á los ojos. ¡Si yo sé que no es usted como se muestra conmigo, que tiene usted que ser de otro modo por fuerza! ¿por qué finge usted ese tono y esos ademanes, tan hipócrita, tan vergonzosamente?

Y me tendí tranquila, cerrando los ojos con suavidad, como si no hubiese nadie conmigo en la alcoba... Nadie, ¡gran Dios! y estaba apunto de llamar, de gritar, creyendo que me sería imposible contener el doble espanto que ya sentía, por la horrenda visión y por las palabras que le había dirigido.

—¡Ah! ¿Sí?—repuso de pronto, ir-

guiéndose, como para caer sobre mí en una feroz zarpada.—¡Conque por ahí sales, mi cordera! Bien que aproveché el tiempo la inocente, para aprender cosas lindas y tirármelas á la cara, en viniendo á punto. ¡¡Conque no es sólo el cuerpo!!

No la comprendí. Anduvo un paso aún, y la esperé ya sin temor. Me inspiraba menos espanto verla irritada que oyéndola aquel tono horriblemente meliflúo y viendo aquella inmovilidad gatuna de su infame rostro.

Era entonces mi curiosidad mayor que mi espanto.

—¡Ah! ¿Sí?—proseguía, descompuesta de cólera, silbándole el aliento, chispeantes las espantosas pupilas amarillas.—Siempre dije que tenías ojos dobles para ver á las gentes por fuera y por dentro. Pero en aquella época, cuando con tanta solicitud y amor yo te amparé, no te percatabas aún de tus buenas cuali-

dades. Sin embargo, yo sé que tú sabías lo que yo era y soy, aunque no me lo demostrases tan contundentemente como hubieras querido. ¿Qué importa?—Sus ojos brillaban con lucecillas de muerte; por las comisuras de sus labios deslizábase una babilla sucia; sus dedos, como víboras, se enroscaban á la llave y se clavaban en la sábana.—Oye, Paca Cielos... Te odio, porque eres todo lo contrario de lo que yo soy. Por eso te odio. Te odio á ti y odio todo lo que te rodea... Odio el suelo que pisas, el techo que te cubre, el asiento en que descansas, el pan que comes, los ojos que te miran, los labios que te sonríen. Te odio y odio á tu Bonet, más que á ti todavía. ¡Tu Bonet y tu Juana... tus protectores!—Y una risilla lúgubre rasgó su boca.—Te odio porque no soy como tú; porque mis ojos son ruines, y los tuyos poderosos y deslumbrantes; porque mi cara es rugosa y cetrina, y la tuya blanca y

satinada; porque mi pelo es ruín como mis ojos, y el tuyo magnífico y esplendente; porque tu cuerpo es vigoroso y erguido, y mi cuerpo decrepito y desmedrado; porque tu carne es dura piedra pulimentadísima, y la mía vieja y pelagrosa.—Sus ojos agrandábanse entonces, como para poder arrojar de una vez todas las llamas de su furor.—Te envidio y te desprecio; te aborrezco y te adoro... ¿Por qué todo eso tuyo no es mío? Te odio tanto, escúchame bien, que siento dentro de esa misma pasión inmensa que me abrasa un escozor de cariño. Como en el centro rojo de una hoguera intensísima se ve una aureola blanca que parece el corazón de esa hoguera, así mi rabia furiosa contra ti, tiene amor. Pero ¿qué hablo? Parece que enloquezco. Maldita seas. Odio á todas las mujeres en ti. Lo aborrezco todo, y tú, á quien aborrezco por encima de todo, estás sobre todo, como una llama que no

puedo apagar ni conseguir que de mí se aleje. Me abrasa mi propia impotencia y me revuelvo de furor, porque, queriendo matarte, aparece tu figura dentro de mí como un resplandor divino que me deslumbra. ¡Maldita! ¿A quién has salido? ¿De quién trajiste esa insolente y *honrada* carne que perturba mis sentidos muertos de todo, mis ojos gastados de resbalar sobre las carnes de los dos sexos, toda una época? ¿De quién trajiste esa morbidez que enloquece, ese pelo que encadena, esa llama interior de vida que hace morir, esa piel de seda que un cuchillo no traspasaría? ¿De quién trajiste eso á los diez y siete años? ¿Te lo dejó Baltasar, el zafio cartero de la tierra torroxeña? Te lo dejó *Belica*, la palurda de los campos de cañas? ¿Viene de Frasquita Cielos, la beduina negra que rumiaba sus dolores estúpidamente, como una cabra sus hierbajos, cuantas veces quería? ¿De dónde has salido, aborrecible mons-

truo de vida y hermosura? Por un beso tuyo dado con amor, me daba de puñaladas. Porque sé que jamás obtendría eso de ti, quisiera matarte. Desde la vez primera que te vi en tu casa de la calle del Tiro, te aborrezco y aborrezco todo lo tuyo. ¡Quizás fuera porque presentí desde el primer momento que nunca podría traerte á la buena senda!... Teniendo yo todo lo tuyo, y ya que no fuera posible, teniéndote á ti, hubiéramos sido azote del hombre y de la humanidad mucho tiempo. ¿Conoces tú esa dicha? ¿Puedes presumir siquiera hasta dónde alcanza? Pero no; si yo te tuviera, te ocultaría á todos, poniéndote un altar en el sitio más ignorado del mundo... Ya lo sé, tendría que matarte para eso... ¿Por qué no te mato si yo sé matar, santa, dulcemente, como si fuera bendiciendo? Te detesto, y no puedo nada contra ti. Tiemblo mirándote, como el demonio en la gran piedra, delante del Señor. Quisiera perderte,

no sé cómo hacerlo, y creo, si lo intentase y lo consiguiera, que me haría pedazos después yo misma, desesperada de mi triunfo. Cúbrete ya, maldita, añadió, rugiente de cólera é impotencia.

Tiró de la sábana á la vez y la arrojó crujendo sobre mí.

Si en aquel segundo, lejos de cubrirme con la sábana, hubiera hecho delante de mi tía lo que Friné delante de sus jueces, la habría matado.

Pero yo no podía comprender entonces, porque no tenía experiencia del mundo ni de las miserias de la carne para analizar la locura vil de aquella negación de mujer, demonio injerto en sátiro, que un acto mío de impudor hubiese podido apartar de la cabeza de las personas queridas una amenaza de muerte, quitando del mundo al mortal enemigo. Yo no sabía esas cosas, ni era Friné tampoco. Si las hubiese sabido, sin ser Friné,

aunque después me arrepintiera, ¡quién sabe si en aquel acto no hubiera tenido arrojo para herirla de muerte, con aquel alarde, que me hubiese yo podido dispensar en mi conciencia, pensando que no lo hacía como Friné, por egoísmo propio, sino por salvar á los seres amados de los peligros mil á que aquella arpía los llevaba!

Nada hice, sino seguir oyéndola con una mezcla de admiración y horror que me impedía hablar.

Me arrojó la sábana, diciéndome que me cubriese.

—Cúbrete—repetía—porque creo, si no lo haces pronto, que rasgaría esa única tela que te cubre, y me llevaría entre mis dientes un pedazo de tu seno, de tu torso, de tu nuca, algo de esa carne maldita, para morderla y remorderla en señal de mi odio y para saborearla y morir en plena dicha.—Su voz fué tomando de nuevo el tono melifluo de burla que tanto

mal me hacía.—Adiós, Paca Cielos... Acuérdate de mí. Tu Bonet, tu Juana, tú misma, tendréis recuerdos míos. Tu Carmen, tu Naro, no me preocupan. ¡Quién sabe! Quizás vengan las cosas en mi favor. Descuida; os encomiendo á todos en mis oraciones... Mi labor de la fábrica empieza á dar su fruto. ¿Es cierto? Hice lo que pude, modestamente. Lo demás, ha de venir solo... solo. Hay que conocer á los hombres y en este caso particularísimo, al buen Bonet, ese *loco, que parece cuerdo*, ese sesudo varón que no sabe del mundo ni á la vuelta de la esquina. Tu Bonet y tu Juana, caerán; los conozco. De ti, de los demás, nada digo. ¡Quién sabe! Habla. Cuéntalo. Ponles sobre aviso. No importa. ¡Quién detendrá la marcha de lo que fatalmente ha de avanzar! Á los ríos van los arroyos. Á los mares van los ríos. ¡Quién podría hacerlos retroceder!... ¡Quién podría!... Mi obra está hecha... Para vosotros, ha

empezado... Para mí, concluye... Desaparezco...

Extinguióse la vocecilla lúgubre...

La visión fatídica habíase desvanecido.



CAPITULO V

En la lucha.—Esperanzas y temores.—
Acometidas de la Corza, consejos de
Paca, agonías de Bonet y dudas de la
Montero.

Quise levantarme y no pude.

Mi cuerpo no obedecía á mi voluntad.

En un minuto, mil ideas trágicas, en mezcolanza inverosímil, con otras sin tensión ni arraigo fundiéronse en mi mente.

De todo aquello sólo sacaba una impresión de miedo indescriptible, por mis amigos más que por mí.

Pensando en lo que podría esperar de aquella repugnante visión, parecíame de pronto que eran imaginaciones de una pesadilla de que

acabara de despertar; que no había sido ella la que acababa de hablarme, la que acababa de salir, hiriéndome con sú última mirada de infame adoración y furia de muerte.

Sí, era ella; eran sus horribles ojos de vieja bacante, de demonio y sátiro. ¡Eran sus ojos!...

Y los míos se cerraban inconscientemente, como para correr un velo entre aquella formidable figura apocalíptica y yo, aunque resultase inútil cerrarlos... Fuera y dentro de mí, en los espacios impalpables, en mi retina, como caldeada y quemada por un fuego de maleficio, dondequiera que volviese mi pensamiento ó mis ojos, allí resplandecían con luz tétrica sus ojillos desmedrados.

Cuando pasaron algunos minutos, cuando pude dominar trabajosamente, mis facultades todas, que habían quedado como aplanadas, cuando ordené mis ideas y fuí compenetrándome de que no se trataba de un

sueño, que se trataba de una peligrosa realidad, sin que fuese mi temor menos, la resolución de defender á mis amigos como pudiera, uniendo mi suerte á la suya, calmó un poco mi agitado espíritu.

Me levanté entonces rápidamente. Quise ver si estaba aún al alcance de mis ojos, sin que ella lo advirtiese, alzando yo un visillo del balcón de la sala. Pero pensé de pronto que aquello era pueril. ¿No la había visto bastante aún?

Me vestí despacio, me recogí el pelo reflexivamente, proponiéndome maniobrar con calma y fuerza en el ánimo de Bonet, pero en el acto, sin el auxilio de Carmen si ésta no llegaba á tiempo.

Después de todo, por el paternal amor que me profesaba sin duda, sabía Bonet considerar y respetar un juicio mío, como si se tratase de Carmen y aun de su misma mujer.

Él estaba seguro de que, en asun-

to serio, nunca emitía yo una palabra inútil, no obstante mi poca edad, ni un juicio que no estuviese muy madurado.

Allí lo práctico, lo inmediatamente preciso, era lograr que Bonet se retirase de la fábrica, evitándole un conflicto grave, que sin duda había de venir, y poner en el acto también mucha tierra por medio entre la *Tenebrosa* y nosotros.

Ya he dicho que estaba dispuesta á correr la misma suerte que mis amigos.

Esto no era huir; era evitarnos muchos males de enemigos contra los que nada podíamos hacer.

Bajé al huerto con el abuelito, que me acogió afablemente. Hablamos de algunas cosas y pude notar en sus palabras cierta preocupación y melancolía, que me lastimaron.

¡Pobre señor Montero! Empezaba á entrever los disturbios de aquel hogar en que tantas esperanzas de

ventura había fundado para su nieta; de aquel hogar que parecía llamado á no sentir nunca el soplo frío de dolor. ¡Pobre señor Montero! Había vivido esclavo siempre de su amor á los suyos. Primero, la incertidumbre de si el hijo llegaría á vencer, creándose la ansiada fortuna; después, la otra incertidumbre, de si la sabría conservar, cuando la hubo ya creado; luego, la catástrofe, la orfandad de su nieta, la lucha *otra vez* por la vida, pero lucha increíble, titánica, para un pedazo de pan; lucha en que, por aspiración tan escasa, caía y arras-trábase moribundo, porque su edad y sus trabajos anteriores le hacían combatir, tardo el ademán y el pulso tembloroso. ¡Pobre señor Montero! ¡Pobres, oscuros luchadores, santos desconocidos, héroes del deber que pasáis y morís como un hálito imperceptible, entre los hombres y las cosas! ¡Vosotros sois la única verdad del mundo!

Le pregunté si había venido alguien estando yo acostada. Dijo que no. La *Tenebrosa* había entrado y salido, silenciosamente, como el mal.

Quedamos callados, porque al hablar parecía que nos turbábamos mutuamente en nuestros pensamientos. La actitud recogida y grave del pobre anciano enardecíame más contra quien había interrumpido la paz de aquella casa.

Llegaron en esto Bonet y Naro.

Naro vino apresuradamente á saludar al abuelo.

—Cuando les ví en conversación, sin mirar nada, sin pensar en nada, me deslicé rápidamente por el huecillo y subí, encontrándome á Bonet en el pequeño comedor, sentado junto á la mesa, solo, como yo le quería.

Mi presencia le pareció la de un enemigo, juzgando por la inquietud en que le puso.

¿Por qué sería aquella inquietud? Como sabía que yo no lo era y como

se haría cargo de mi cara demudada, me interrogó solícito, por mi salud.

Me encogí de hombros, diciéndole resueltamente:

—Bonet, mi tía ha estado aquí. Acaba de irse. Entró sin que la vieran. Ha estado en acecho de la ocasión de verme á solas. Ha entrado, valiéndose de una llave que le compró á la criada que tuvieron ustedes últimamente, llave que se echó de menos y creíamos perdida. No hablaré de mí; yo no importo y tengo la obligación de hacer á usted que comprenda, si es que usted abiertamente se ha encerrado en no comprender; y si no quiere comprender al fin, salgo al punto de esta casa. El mal que á ustedes ha de venir por mi tía, soy yo quien lo traigo; porque la tía, se venga por el amparo que aquí se me dió; por haberseme defendido contra su saña, contra su insidia vergonzosa.

Mirábame tembloroso, angustiadísimo, pero no tuve piedad.

—¿Sabe usted cuál fué la última infamia? ¿La última calumnia?

Dejó de mirarme; apoyó los codos en la mesa, la cara en las manos y quedó contemplando con mirada fija, vidriosa, un dibujo del tapete.

Anduve un poco alrededor de la mesa, para ponerme frente á él.

—¿Sabe usted cuál fué la última, fresca, de anoche mismo? Hablar más claro sería ofender el nombre de la desgraciadísima mujer ausente. ¿Será preciso que lo diga, avergonzándome yo delante de usted, de cosas que mis labios no deben pronunciar? ¿Es que usted no lo sabrá mejor que yo seguramente? ¿Cuál es su objeto? ¿Cuáles sus intenciones, al permanecer en la fábrica? Ya le dije que mi tía ha estado aquí... ¿Sabe usted á quién vió Carmen ayer en las pacas, allí, trabajando, manipulando y chismorreando con las otras viejas?

A mi tía. ¿Sabe usted desde cuándo estaba en la fábrica? Desde hace un mes, desde que empezó esa última campaña monstruosa contra una pobre criatura, esa campaña infame que tanto nos hiere en nuestros corazones. ¿Quiere usted más todavía? De todo lo que me dijo hace un momento esa infame, lo que más me hirió fué lo que había hecho en *La Aurora* contra usted y su mujer. Yo me he reído fingiendo despreciarla, pero con risa que hizo detener la mía, con mofa mucho más horrenda que su risa, lo explicó ella perfectamente. «¿Una calumnia no es nada? Algo queda, y lo que queda, para ciertos corazones como el de Bonet, es un clavo que no sale nunca. Si la paz se interrumpe en un hogar; si entra la desgracia en la forma en que yo aquí la introduje, ¿que más quiero? Es el principio. Lo demás viene por sus pasos contados». Todo eso, Bonet... Y otras muchas cosas. Hay que salir

de la fábrica, pero inmediatamente: salir de la fábrica y de Málaga; y si no lo hace usted, es porque quiere sufrir y que sufran los demás, por amor *al arte*, por amor al mismo sufrimiento. ¿Es que habrá hombres también así? Hombres que...

Se abrió en esto el portón de la calle y no pude continuar.

Creí que era la Montero.

Sentimos pasos rápidos por la escalera y crujir de faldas.

Era Carmen.

—Precisamente iba á llamar cuando salía Narito por cigarros para el abuelo.

Subía Carmen, sabiendo ya por Naro la ausencia de Juana y mi presencia y la de Bonet arriba.

Entró como un torbellino, guapa, limpia, olorosa, según costumbre.

—¿Qué... se lo has dicho ya?—Fué su saludo dirigiéndose á mí. Yo me senté como muerta, sin contestar.—Sí, se lo has dicho—añadió resuelta-

mente;—os veo á los dos; pero no le hace; algo habrá quedado para mí. Ahora es la mía.

Miré á Bonet y no pude remediarlo: me eché á llorar de lástima.

Carmen, que había empezado su discurso, soltó un terno de los más brillantes de su repertorio, amonestándome por aquel llanto fuera de tiempo.

—¡Aquí no se llora! Aquí hay que disponer lo que haya de hacerse, pero con energía y sin melindres. Al grano, pronto, pronto.—Su voz era viril y fuerte, y su mirada segura clavábase en Bonet ó en mí, filtrándose en nosotros su destello purísimo.—Aquí ha de haber alguien que ponga las cosas en su lugar, para que, detrás de las cosas bien puestas, venga el remedio. Andando y fuera lágrimas. José Bonet: ¿Juana es mala ó buena? Pecho para contestar es lo que aquí se quiere. No hay que bajar la cabeza y taparse la cara con

los brazos. Al revés. Levantarla y mirar á los ojos.—Y con aquella fuerza de que había dado ejemplo en solemnes ocasiones, hizo levantar la cabeza á Bonet, que nos miró, pálido, desencajado como si fuera á morir.—¿Es buena ó mala?—repétía implacablemente.—A un hombre de bien va la pregunta. Si contesta que es mala, es un vil. Si no contesta, un cobarde. Si contesta que es buena, un loco... Porque con una mujer buena, teniendo el convencimiento de que lo es, no hay razón para ser infeliz, ni hacer del mundo ni de la vida un dramón en veinticinco actos. ¿Es mala ó buena?

—¡Déjame!—exclamó Bonet ahogadamente.

—¡Ah, con que es cobardía!—gritó Carmen roja de indignación.—¡Con que ni una cosa ni otra! ¿Y eres tú un hombre de bien? Mentira. Juana no debió nunca levantarte hasta ella. Creíamos todos que se casó con un

hombre... Lo creía ella también; pero no fué con un hombre; fué con un cobarde. Un cobarde no es un hombre. Se casó Juana con un cobarde y se ha perdido.

—¡No!—gritó Bonet de repente, como con remordimiento de haber ultrajado á Juana.—¡Es buena! ¡Es buena! Yo lo digo. Yo lo juro.

—Vaya—murmuró Carmen, limpiándose con su lindo pañolito unas gotillas de sudor, imperceptibles casi, que apuntaban en su frente.—Su trabajo costó que el hombre fuera hombre.

Me levanté de pronto. Era allí donde yo quería llevar á Bonet, cuando me interrumpió la *Corza*:

—Y si Juana es buena, si lo sabemos, si lo juramos, si podemos poner las manos en el fuego, y el corazón y el alma con las manos; si hasta hablar de esto, si hasta poner en litigio su honra, si hasta defenderla es un pecado infame que cometemos nos-

otros, ¿por qué entonces vivir esclavos de la calumnia, de lo que sabemos que ni es calumnia siquiera?—porque no hay enemigo oculto—añadí mirando á Carmen—porque ha estado aquí la tía y ha confesado con su mala intención, que todo, como estábamos seguras, ha salido de ella. Si todo eso es así ¿por qué ese temor á lo que dicen, sin el consuelo tampoco de poder castigar á los ruines, malos? ¿Es que va usted á arrancar mil lenguas? ¿Es que puede usted cerrar mil bocas, cuando sabe usted bien por qué esas lenguas, dentro de esas bocas, saltan y silban? ¡Ah, Bonet! si no hubiese usted *vivido* tanto como ha vivido entre esas mujeres con promesas más ó menos graves, y desprecio absoluto de todo aquello que había prometido, á todo aquello que había libado y de que había *vivido*, esas mismas hembras despreciadas, asociando en su odio de despecho á las otras, indiferentes, y á los hombres con más fa-

cilidad aún, por admiración á Juana y por envidia á usted, el hombre preferido ¿se habrían enroscado como serpientes al cuello de usted, al corazón, á los pulmones, á su alma y á su cuerpo, para triturarle y matarle? ¿No ha pensado usted eso nunca? No hay efecto sin causa. La causa no ha sido ella, la honradísima madre de su hijo; ha sido usted la causa. La tía Ángeles ha sacado de ahí, sin yo quererlo, pero por causa mía también, el cuchillo para herirle. Y usted ¿á quién puede herir? ¿A quién puede castigar? ¿De quién puede vengarse? ¿Puede usted matar á esos mil que le están matando? ¿Va usted á matar á una vieja decrepita y loca? Son, pues, aun siendo tan reales, enemigos fantásticos los suyos. ¿Va usted á combatir á esos enemigos? ¿No es preferible, con la conciencia de su honra y la del ser amado y con desprecio á los infames viles, á quienes, por otra parte, no puede usted com-

batir, alejarse de ellos y de la fábrica y de Málaga para siempre, y mucho más cuando en cualquier país industrial han de apreciar y pagar doblemente su labor de obrero sin competencia?

—¡Como los propios libros!—gritó Carmen entusiasmada. —¡Fuera, á mil leguas de aquí! Á tu mujer, á tu Naro, á tu infante y á tu hogar. Si no lo haces, yo te lo anuncio: te la encuentras muy pronto. Al tiempo.

—Lo haré... haré lo que me aconsejáis—dijo él, abstraídamente.

—¿Cuándo?—preguntó la *Corcita*, ansiosa.

—Sí, lo haré—repetía el hombre moviendo la cabeza, como si hablase consigo mismo.—Sí, lo haré.

—¿Pero cuándo?—repitió la *Corza*, con un ímpetu agresivo.—Porque tú no sabes,—dirigiéndose á mí con la palabra, coléricamente.—Este hombre está loco y hay que traerlo á la razón; traerlo, pero por la fuerza, si

bien á bien no quiere. Lo que le pasó ayer no lo sabíamos... No te lo habrá contado ¿es verdad? Me lo han dicho esta mañana. ¡La de *vámonos*, con Pepa Garrido! Esa está que brama... no perdona ni un pelo... Lo que tú dijiste: Pepa Garrido es una de las florecitas que vendimió este tonto en el prado de *La Aurora*. Y ahí la tienes: la flor se le ha subido á la cabeza. No será la única, descuida. Lo que pasó ayer tarde fué, que Pepa, á la hora de la limpia, cuando aflojaron las máquinas, echó por aquella boca sapos y culebras, sabiendo que estaba éste arreglando un telar muy cerca y oyéndolo todo. De Pepa salió ayer tarde la barbaridad de lo de *Caparrota* y la *Mística*... ¡Eh, quieto!—añadió, sujetando á Bonet, á quien había acometido un temblor nervioso.—Aquí se han de decir las cosas por sus nombres: de *Caparrota* y la *Mística*. ¿Entiendes, Paca Cielos? Yo curaré á éste á fuerza de

cáusticos. ¿Qué puede ser? ¿Que me mate? Bueno. Más vale que la maten á una de mala manera, que no ver y oír tanta porquedad. ¿De dónde sacó Pepa Garrido esta idea? Porque he de decirte, aunque tú, Paca Cielos, lo sabrás como nosotros, que Pepa Garrido es una divina mula gallega, con ojos de cielo y cara de ángel, incapaz de sacar de su magín una sola idea, buena ni mala, y no sacó esa tampoco. ¿Sabes quién dice ella misma que se lo dijo? Una vieja de las pacas. Vé apuntando, José Bonet. Pepa Garrido despotricó allí como una garrotera que es, y porque no se ha cerrado ni ha de cerrarse la heridita que tú le hiciste, hijo mío, aunque después de todo, la moza no es un mal corazón ni mucho menos. Despotricó allí como una garrotera y cubrió de fango hasta los ojos á la *Mística*... No te revuelvas, José Bonet, que fué de ese modo. Fué á Juana, á tu mujer. Dijo ferocidades. Lo

dijo todo, porque sabía que estabas oyéndola. Y tal lo dijo, que te fuiste á ella con el martillo levantado, para aplastarle las sienas... y porque diez ó doce mujeres y hombres te lo impidieron, no se le quedaron allí aplastadas. ¿Es eso lo que tú buscas? ¿Un espectáculo de esa índole á cada instante? No, tú no te quieres á ti mismo, ni á tu mujer, ni á tu hogar, ni á tu hijo, ni á tu honra. Cuando no puede uno coger en sus manos las mil gargantas de mil infames que nos injurien, y estrangularlas de un apretón, se aparta uno y se traga su bilis, para no estar al menos aguantando la saliva en la cara eternamente. Apurar ese martirio no es valentía, es debilidad. Por lo que estúpidamente llamas huir, permites con tu presencia, sólo con ella, la deshonra de tu mujer. Ea, ya está dicho. Si tú eres la causa principal, largo de la fábrica, para que no acordándose nadie

más de ti no la deshonren más á ella.

Bonet iba á hablar...

Se levantó briosamente.

Sus ojos adquirieron por un instante el brillo de la locura; pero se oyó el portón de pronto.

Abrían con llave... Juana entraba sin duda. Un cambio súbito se operó en Bonet.

—¡Calla, que no se entere, calla!
—dijo así, rápido, tembloroso, mirándonos con angustia.

—¡No callo!—gritó la *Corcita* fieramente.—Sales de la fábrica ó aquí se habla todo hoy.

—Sí, te lo aseguro—añadió él nerviosamente.

—¿Es palabra de hombre?

—Es juramento. Por la memoria de mi madre.

—¡Vaya por aquella pobre! ¡Juana, Juana!—llamó, después de haber contestado á Bonet.—Sube. Aquí estamos.

Subía Juana. Bonet se metía en la alcoba. Oímos allí rumor de agua, como si se lavase.

Abracé á mi amiga con ciertos ánimos. Le dí la nueva, temblorosa. «Se iba de la fábrica».

Con su palidez mate y su traje negro, de misa, sencillísimo, estaba bella como nunca la habíamos observado. Una belleza digna y grave, trasunto fiel del alma que allí alentaba.

No se le debió escapar nuestro aspecto agitado.

Pero no habló ni hizo pregunta alguna.

Nuestras palabras, nuestros consejos eran inútiles.

Para ella no había más guía, ni otra verdad que la cara de Bonet.

Del aspecto de aquella cara, venían sus ánimos ó sus aplanamientos.

Bajamos al huertecillo, donde conté al detalle mi entrevista con mi tía, y contamos á Juana lo que se le debió

contar de nuestra entrevista con Bonnet y las intenciones de éste, y aun el juramento de abandonar la fábrica. «¡Ya vería, ya vería Juana. Paz y amor!»

Oíanos Juana, sonriendo penosamente.

Hubo un instante en que pareció cobrar ánimos también; pero al ver entrar á su marido en el huerto, hablando nosotras aún; al observar su semblante, aunque parecía tranquilo y muy natural, movió la cabeza reflexiva, murmurando, como si hablara á solas:

—No, aun no ha concluído todo.



CAPÍTULO VI

**Momentos psicológicos.—La señá Caba-
llero y su antigua casa.—El corazón de
Naro.—Nostalgias de un ciego.—La di-
vina Ángeles.**

Lo que hice, lo que hablé aquel domingo, lo recuerdo como á través de una nube roja...

No he olvidado ningún detalle. Los retengo todos, hasta los más ínfimos, como preludios del día siguiente, aquel lunes, señalado con raya negra en muchos corazones.

La *Corza* se fué á su casa refunfunando por el pesimismo de la Montero...

Yo no sentía alarma alguna, aparte de la impresión penosa, que no se me disipaba, del recuerdo de la divina Ángeles.

Después, analizando mis sentimientos de aquel día, no he podido comprender una tranquilidad como la que experimentaba, y sólo me la explico reflexionando que debió ser algo como entorpecimiento de mis propias facultades, por las violentas impresiones recibidas desde la tarde del sábado con la aparición de la tía en las pacas.

Acompañé á la *Corza* y almorzamos, sin cesar en nuestras confianzas referentes á la situación.

Recuerdo que aquella mañana conté á Carmen lo de los paseos de *Caparrota* por la plazuela de Mamely, y que tuve que aguantar con mucha paciencia su indignación por haberle guardado aquello.

Aguanté con mucha paciencia, porque creí que su indignación era justa.

—Pues mira, ¿sabes lo que te digo?
—exclamó con mucho coraje,—que quizás las cosas no habrían llegado

á tanto, si yo hubiese vivido por ustedes algo más advertida. Lo que falta ahora es que Bonet salga mañana mismo de *La Aurora*, y si no sale, le doy otro tiento que lo vuelvo loco.

Regresamos á la plaza de Mamely. Bonet había comido algo.

Como en la mesa estaban Narito y el abuelo, no habló nada el matrimonio de cosas dignas de mención.

Después, habían salido nuevamente Bonet y Naro.

Juana volvió al huertecillo con su abuelo. Allí estaba cuando fuimos.

No sé de qué hablarían.

Calláronse al llegar nosotras. ¿De qué íbamos á hablar? ¡Qué pesada es una conversación de trivialidades en un grupo de personas, cuando cada una está muy enterada de lo que piensan las demás y cuando todas saben bien que es muy distinto lo que se habla de lo que se piensa!

Más tarde invitamos á Juana á que viniese con nosotras á la antigua

casa de la calle del Tiro para ver al hombre de la República.

Hacía tres días que no le veíamos.

Se excusó.

No tenía gusto; además, no iba á dejar al abuelo solo. Llegaron en esto Bonet y Naro.

Naro vino con nosotras.

Primeramente nos llegamos á la calle del Horno á ver á una amiga enferma...

Esta amiga, para que lo sepáis, era la *señá* María Caballero, nuestra ex-casera célebre.

En los tres años últimos, desde la muerte de mi abuela, habían pasado muchas cosas en la casita de la calle del Tiro.

La primer desgracia que llevó allí la mala sombra, como la *señá* Caballero decía, fué la muerte de Frasquita Cielos. «¡La pobre!». Nuestra sala no volvió á alquilarse.

Al poco tiempo, la *Corza*, la mejor

vecina de la casa, desapareció para irse á vivir al Perchel.

La casa, con mi deserción y la de Carmen, perdió mucho de su aspecto de juventud y alegría, en su misma vejez... Las chalequeras habían cambiado también sus nidos como pajarritos locos.

La sala de los Bonet, como la nuestra, quedó vacía, y no siendo bastante, otra muerte hizo poner el grito en las nubes á la *señá* María. Quien murió fué la ciega de la sala lindante con la nuestra. El ciego, es decir, el medio ciego, había vencido en la lucha. Quedó sólo y triunfante.

La *señá* María comíase las uñas de rabia. Aquella casa ya no era la casa de la *señá* María Caballero. Los vecinos no eran iguales.

No pudiendo escoger, porque las habitaciones estaban vacías siempre, abrió la mano. Siendo otra clase de vecindad, ya no hubo allí aquella limpieza deslumbrante, ni aquella disci-

plina entre la gente que la *señá* María Caballero tenía bajo su férula.

Resumen, que la *señá* María Caballero dejó también la casa.

El ciego y el hombre de la República habían sido los únicos fieles constantes de la casilla vieja.

La vista de la *señá* María Caballero me conmovió extraordinariamente.

Estaba hinchada y de color terroso. El cuchitril en que se había mudado y el pensamiento de que dependía de una casera, creo yo que aceleraba su fin.

Su famosa industria terminó al desaparecer ella de la calle del Tiro. Vivía de sus ahorros, con ayuda también de su hermana, la de la fonda de la Victoria.

Me abrazó sollozante cuando nos despedimos. Tartamudeaba, diciéndome lo:

—¡No te veré más, encanto!

Carmen lloraba á lágrima viva.

«No le parecían bien aquellos visiteos. Buenas estábamos para ver lástimas. ¡Como si no hubiéramos tenido bastante!»

¡Y no hacíamos cuenta de lo que íbamos á encontrar en la calle del Tiro!

Entré en la casa, mirando desoladamente la antigua mansión de los Alcudia, ocupada ya por otros señores.

¡Oh, Pepito, qué iba á ser de mí! Todas, todas mis esperanzas de volver á verte estaban perdidas.

Supimos al punto el motivo de la larga ausencia del hombre de la República, de nuestra casa de la placeta de Mamely. El ciego estaba muy malo.

El señor Gutiérrez, con su sencilla generosidad de costumbre, no se apartaba de su lado, asistiéndole como una madre lo hubiera podido hacer.

Era la única persona que entraba en el cuarto del ciego, y en verdad,

necesitábase valor. Meterse allí constituía un acto heroico.

Carmen quedó charlando con otras vecinas... Nunca habían sido los ciegos gente de su devoción. En los cuatro ó seis años que habían vivido en la misma casa, jamás cruzó la palabra con ellos. Se explicaba también, porque la pareja se iba á pedir limosna, y la *Corcita*, á su trabajo. De noche, cuando regresaban los ciegos, la *Corza*, generalmente, habíase acostado ya.

Desde que yo entré en la fábrica tampoco había sido mi trato frecuente con los estrambóticos personajes. Casi nunca los veía.

Pero antes de ir á *La Aurora*, en aquella época famosísima de mis escarceos por la calle del Tiro y mis excursiones tremebundas, antes de ir, y cuando iba á los colegios de doña Adelina y doña Asunción, había hablado muchas veces con mis vecinos; con el ciego en particular, por-

que la mujer me era muy antipática desde que supe que le pegaba á su marido.

Alguna vez que el viejo estuvo malo y quedábase solo, entraba yo y oía las confidencias de aquel miserable ser, cuya vida era un puro martirio, en la perenne, estéril lucha de querer levantarse despótico sobre su compañera, para quedar siempre rendido y acobardado, quejándose de su suerte y tentándose los chichones que la muleta loca de su mujer le producía.

Cuando se vió solo, lloró con lágrimas de cocodrilo la muerte de su ciega, feliz porque se veía libre; y cuando se dió cuenta exacta de su espantosa libertad, solo, solo, sin que nadie le contradijese, sin que nadie le pegase, se encogió ya, como un insectillo helado, gimiendo, quejándose de todo, y muy en particular y muy de veras entonces de la muerte de su ciegucecita amada.

Pronto dejó de salir.

Sentándose en un viejo sillón, permanecía silencioso, con las manos en las rodillas, la cabeza levantada, moviendo el cuerpo atrás y adelante, acompasadamente.

Comía lo que las vecinas piadosas le daban, aunque sin entrar en su cuarto, por el desprecio y la repugnancia que sentían hacia él.

El hombre de la República era su único enfermero.

Como le dijese que sacase cuartos de la hucha y se cuidara un poco para no morir, echábase á llorar sin consuelo, jurando que era un pobrecito que vivía de la voluntad de Dios.

Un día se quedó en su camastro, en el rincón obscuro y nadie logró levantarlo más de allí.

El colchón llegó á ser una pocilga, cuyos miasmas percibíanse desde la puerta de la calle, sin que ningún vecino tuviese la ocurrencia de denunciar el hecho.

Cuando me contó el hombre de la República lo que pasaba, entré resuelta hasta el camastro.

Creí que el ciego no me conocería, pero al fijarse bien en mí, lanzó un gemido, mascullando después algunas palabras. Entre ellas, entendí claramente:

«Sí, sí, ¿te acuerdas?»

¿Á qué aludiría?

No lo sé, pero un mundo inmenso de recuerdos pasó por mi mente, y mis pupilas parecieron abrasarse en una llama devoradora.

¡Frasquita Cielos, don Gabriel, señora de Alcudia, Pepito amado, sombras adoradas, vivas y muertas... ¿por qué os aparecisteis ante mí en aquel rincón medroso del camastro del ciego? ¿Qué desaliento tan hondo, tan triste, fué aquel de que me ví acometida?

Por la puerta entreabierta de la sala, medio á obscuras, distinguí entonces un pedazo de patio desempe-

drado, de poyete caído, con macetillas desportilladas de hierbajos secos; la parra sin hojas, retorció sus sarmientos rotos en muchas partes, maraña incomprensible de arterias, tendones, nervios, de algún cuerpo muerto, de no sabía yo quién, pero de alguien que formaba parte del ser mío.

¡Oh, Pepito! ¡Renuncié desde aquel punto á verle! Todo, todo acababa para mí. ¡Triste conclusión de lo que aun podría llamarse mi infancia! ¡Qué amargo principio de vida! Los comienzos, los verdaderos comienzos de la vida, aunque yo tanto había vivido, ¿no son, ay, los diez y siete años?

Tuve una distracción aquella tarde.

Me dediqué al ciego.

Narito me inspiró esta idea, lamentando su infelicidad. Era odiado de todos en la casa, por la creencia en que vivían de que no gastaba un cuarto ni aun en su salud.

«¿Qué importaba? decía Narito. Era malo pensar así. Si tenía dinero ó no, él allá. Nosotros debíamos hacer las cosas por lo que veíamos, es decir, como si no lo tuviese».

¡Oh, Naro, niño mío! ¿Quién puso en ti aquellos sentimientos exquisitos de benevolencia, caridad y amor?

Sacamos aquel colchón de la pocilga y se tiró á la cuadra para que se lo llevasen á quemarlo.

Mandé á un hombre con Narito á la plaza de Mamely.

El hombre trajo un colchón de mi cama y Naro algún dinero.

Mientras regresaron, arreglé la sala como pude. Poco después, estaba el viejecillo en una cama limpia, limpio él, y limpio y bien oliente lo que hasta entonces había sido pocilga repugnante.

Debo advertir que la *Corza*, y algunas mujeres de la casa, me ayudaron de buena voluntad viéndome de lleno metida en la tarea.

Naro hizo más que todos. Al hombre de la República le dimos dinero para que le cuidase, hasta que nos viéramos otra vez.

A obscuras ya, me senté junto á la cama del viejecillo para acompañarle un rato antes de irme.

Narito habíase sentado, silencioso, junto á la puerta.

Carmen había ido á la sala del hombre de la República.

Cuando yo creía al ciego dormido, sentí otra vez en sus labios balbucientes aquel «¿te acuerdas?» que tan dulces y tristes memorias había traído antes á mi corazón.

Pero entonces, sin esfuerzo alguno, como por instinto, le comprendí.

Aludía el desgraciado á los golpes que su mujer le asestaba. El recuerdo de aquellos golpes era su felicidad. Aquellos golpes eran sus memorias dulces de amor.

¡Desdichada especie la del ser humano! ¡En qué extrañas teorías suele

basar sus felicidades, ó sus desgracias!

¿Comprendió que le había comprendido?

Una mano huesosa, arrugadísima, con tendones y venas como las varas de los pámpanos muertos del patinillo, cogió la mía estrechándola nerviosamente.

Quise impedirlo con todas mis fuerzas, pero llevó mi mano á su boca y la besó, diciendo:

«Paca buena; me acordaré de ti.»

Me deshice entonces en sollozos.
¿Por qué?

No dijo nada. Se quedó adormilado. Le besé en la frente con verdadera emoción. En aquella frente que la agonía próxima hacía ya augusta, creí haber besado, dándoles el último adiós, á mi abuela, á don Gabriel, á la señora, á Pepito Alcudia. Creí haber besado la puerta cerrada del cuarto de los juguetes, como la losa de un sepulcro. Creí haber besa-

do las almas todas de mis antiguos amigos, desaparecidos ya del barrio y hasta los muros y los suelos, y hasta el poyete y las albahacas y los pámpanos muertos de la casita vieja de la calle del Tiro.

En la puerta de la calle, para salir ya, volví los ojos adentro.

Todo me despedía...

¡Lloraba todo!

Cuando llegamos á casa, Bonet no estaba allí.

Vi á Juana con el abuelo en la salita de abajo. No había novedad. No habían mediado palabras de consecuencia en el matrimonio.

No sabíamos qué pensar de la actitud de Bonet. Después de nuestra grave entrevista con él, esperábamos Carmen y yo algunas frases, aludiendo á su inmediata salida de *La Aurora*, ya que no á nosotras, que á nosotras no nos hacían falta sus explicaciones, á su mujer por lo menos.

Pero no creíamos que dejase de cumplir lo ofrecido...

Bien le habíamos hecho comprender que en la fábrica no podía estar un solo día.

No habló con su mujer, ni con nosotras, cuando cenamos juntos, como de costumbre... Consagró toda su atención á Narito.

Parecía Narito su alma y su vida, como si nadie existiese más que él al lado suyo.

Cuando terminó la cena, se marchó diciendo que volvía muy pronto.

Pero volvió muy tarde.

La *Corza* se fué, renegando de la hora en que puso su afecto en personas ingratas, para vivir de disgustos únicamente.

Conociáse: Bonet eludía desde el sábado por la noche toda comunicación con Juana, sin que lo que habíamos hablado con él modificase de ningún modo su actitud, aunque hu-

biese resuelto, y así lo creíamos, su salida de la fábrica.

Se acostó el abuelito.

Naro parecía inquieto... No tenía ganas de leer ni acostarse.

No sé qué velo de infinito amor parecía empañar sus ojos al mirarnos.

Aquella noche su palidez era más intensa.

Sus ojos dulces, soñadores, que parecían mirar siempre á lo infinito, penetrándolo, como una raya de sol pudiese penetrar el fondo de una cripta, creí verlos aquella noche como angustiados por una gran pesadumbre.

—¡Estáis tristes!—dijo, levantándose para ir á su alcoba.—¡Todos... todos! ¿Por qué será?

Besó á Juana. Juana sonrió, como otros días más felices.

—No seas visionario—díjole animadamente.—Eres tú quien estás triste, y Paca Cielos contigo, tal vez por la visita de esta tarde á vuestra

antigua casera y á vuestra antigua casa, y las miserias que me habéis contado del pobre ciego.

Continuó hablando muy natural, pero condoliéndose en secreto—la conocía yo bien,—de que Narito empezase á sufrir, fatalmente, las tristezas de aquel hogar.

Naro se encogió de hombros reflexivamente.

En la cama ya, suplicó desde allí un vaso de agua.

Tenía mucha sed. Había olvidado beberla antes de acostarse.

Me levanté apresuradamente para llevársela; no quise que lo hiciese mi amiga... La habían impresionado mucho las breves palabras de Naro.

Bebió un sorbo. No quiso más.

Al devolverme el vaso, observé un brillo particular en sus pupilas.

Me incliné para verle bien. Estaba llorando.

—¿Qué haces?—le dije, fingiendo

incomodidad;—como sepan que lloras, les harás sufrir.

—No, que no se enteren—contestó muy bajo, con gran dulzura.—La vi hoy, ¿oyes?

Aludía á su madre. Hacía mucho tiempo que no me hablaba de sus visiones.

—¡Ah! ¿Era eso lo que tenías?—y acaricié su frente, temblorosa.

—No, no era eso. Cuando la veo, no lloro. La vi esta tarde, allá, junto al ciego. Me miraba... Me miraba. La oí hablar muy dulce... «¡Hijo mío!...» No, no; es por ellos... Me lo ocultáis... ¿Qué pasa?... No, ahora no es como antes.

No habló más.

Sentí una dulcísima piedad por aquel niño.

Le tranquilicé como pude. Sonrió al fin. ¡Qué sonrisa! La tengo siempre como un sello de sangre en el corazón.

Bonet llegó muy tarde, ya lo dije.

Fué á la alcoba de Naro, de puntillas; y salió sin despertarle, pasando á la del matrimonio. No le vi ya.

Me despedí de Juana. Lo confieso: entré en mi cuarto con una profunda irritación contra Bonet.

Aquella noche dormí á trechos, agitadamente.

Eran letargos, en los que se me aparecían figuras horrendas. De un letargo de aquellos me despertó Juana.

Apareció ante mí, casi desnuda, como una diosa hermosísima de la desolación.

Traía una luz en una mano y un papel arrugado en la otra.

—Se ha ido ya—me dijo.—Se llevó á Naro, como siempre. Yo sé para qué se lo ha llevado; para que no esté aquí cuando vuelva. Yo sé que ha de volver.—Por vez primera vi un rayo de indignación y cólera en aquellos divinos resplandecientes ojos.—Mira.—Leí el papel. Era una

carta de la tía Ángeles dirigida á José Bonet. Decíale en ella que Juana le engañaba con *Caparrota*. «¿Por qué no comprobarlo? Era muy sencillo: bastaría con que fuese Bonet el lunes á las nueve á su casa, á la casa misma de Bonet, saliéndose de *La Aurora* con un pretexto. Allí vería á *Caparrota* con su mujer... y así venían desde mucho tiempo, mientras Bonet era en la fábrica la burla de hombres y mujeres».

No, no era un anónimo. Lo firmaba ella: la tía Ángeles.

Me apreté fuertemente la cabeza con las manos.

Creí que las sienes me estallaban. Creí que me volvía loca.



CAPÍTULO VII

**Paca Cielos, hereda.—Frente á frente.—
El drama.—¡Adiós, Naro!**

Se había acostado Juana la noche antes en el acto de haberme yo despedido de ella.

Se acostó sin hablar con Bonet porque le creía ya durmiendo. En vano procuró Juana descansar; le era imposible pegar los ojos.

No se movía siquiera porque Bonet no despertase.

Hora y media había transcurrido cuando se levantó Bonet y comenzó á vestirse... Le interrogó ella, contestándole el hombre tranquilamente que estaba desvelado, que iba á leer un poco á ver si le rendía el sueño.

Pasó á su cuartito de estudio, próximo á la alcoba.

Juana sintió, á intervalos regulares, el ruidillo de las hojas del volumen cuando Bonet las volvía.

Después no sintió nada.

No podía estar de inquietud. ¿Qué haría Bonet?

Se levantó en silencio y fué descalza hasta la puerta del cuartito.

Asomándose, vió á Bonet echado de brazos sobre el pupitre y la cabeza hundida entre los brazos.

—José, ¿estás enfermo?—preguntó Juana, aproximándose.

—No—dijo él, apacible,—me quedaba dormido.

—Vente, dormirás mejor en la cama.

—Sí, voy.

—Pero, ¿vendrás?

—Sí, voy—repitió tranquilamente.

Pero no fué.

Quedó allí hasta la hora del trabajo y Juana permaneció inmóvil,

triste, silenciosa, sentada en el borde del lecho, esperándole inútilmente...

Se fué Bonet con Naro y entró ella, entonces, en el cuartito de estudio.

Su ansia, su zozobra, no se sabe si un presentimiento, la guiaron hasta la mesa.

Recordaba que era un libro grande el que tenía Bonet junto á sí. ¿Qué leería?

No le fué difícil dar con el volumen en la humilde biblioteca de Bonet.

Cogió el único libro grande que había... Inmediatamente encontró un papel arrugado entre sus hojas. ¿Sería una señal? ¡Qué señal! Era la carta de la divina Ángeles.

Me contó esto con una tranquilidad abrumadora.

Lo comprendí yo sin que me lo dijese: aquella Juana no era la que yo había conocido hasta entonces.

Lo había despreciado, lo hubiera

seguido despreciando todo, mientras Bonet, el mismo Bonet no dudara.

Ahora no despreciaba nada, no despreciaba á nadie, nada más que á Bonet.

Pero ¿por qué había escrito una carta así aquella vil criatura? ¿Cómo podría probar la infamia que allí sostenía? Por absurdos, por estrambóticos que eran, resistíame á veces á dar importancia á los manejos de la tía Ángeles.

Pero lentamente, con su tenacidad maligna, aunque operaba, por decirlo así, sin base, era lo cierto que consiguió impresionar á Bonet, viniendo inmediatamente la indignación, la ira de Juana, en auxilio de la infame.

Aquella carta había sido como una especie de polo que atrajo á Bonet, separándole del círculo de influencia de la dulce encantadora.

Desde que el encanto de Bonet quedó roto, desde que la duda entró en su alma y la mujer pudo persua-

dirse por un fenómeno singularísimo, muy explicable en verdad, la encantadora pareció hastiarse súbitamente de su poder mágico, y hasta arrepentirse, que era mucho peor, de haberlo ejercido.

Juana, el espíritu perfecto, lo sufrió todo, no es quererla anatematizar, mientras tuvo el consuelo de saber que el hombre callaba y creía.

Hice ánimos aún para intentar hacerla ver que todo aquello era lo que la tía Ángeles había profetizado y que íbamos de aquel modo, derechamente, á ayudarla á conseguir lo que se había propuesto.

Porque lo que más sublevaba en esta absurda, penosísima historia era que, estando todos convencidos de que no había causa para un conflicto y sabiéndose además de dónde y por quién venía todo, dejásemos ir las cosas sin poderlo evitar, sin poderlas detener, hasta que el conflicto llegase.

—¡Bien lo ha preparado!—exclamé bruscamente, ardiendo en cólera en aquel instante contra aquel demonio. —Enredar y enredar absurdo sobre absurdo que parecen risibles, hasta que, sin que sepamos cómo, salte la chispa y prenda la pólvora.

Seca, fría, díjome la Montero:

—Esa mujer no ha preparado nada, niña; es que lo ha presentido todo; lo ha presentido y lo aprovecha.

Tristes palabras que fueron la condenación de Bonet.

Al oírlas, un frío mortal heló mi sangre.

Me pareció ver con claridad de vidente todo el porvenir.

Se fué de mi alcoba. Á poco llegó Carmen por mí.

Le abrió la sirvienta; no vió á Juana que estaba con el niño.

Le conté lo que había y me entristecí doblemente al ver su desconcierto y perplejidad.

La carta de la *vieja* le explicaba

la actitud de Bonet de todo el domingo y la noche del sábado último; la recibió sin duda el sábado por la tarde.

Estando en esto, llegó el hombre de la República.

Nos dió la noticia: el ciego había muerto; me enseñó el gran Gutiérrez una caja diminuta; era un neceser sucio, viejísimo, de cerradura rota.

Se lo había entregado el ciego misteriosamente, antes de morir, como una memoria para su amiga Paca.

Confieso con franqueza que la noticia de esta muerte no me produjo gran impresión; comprenderéis el motivo; además de esperarla, hallábase entonces hundida en muy dolorosas inquietudes.

Alcé la tapa del neceser, maquinalmente, vi un canutero, un papel con agujas, un rosario tosco y dos ó tres carretes de hilo. Lo puse sobre

la mesa sin saber lo que hacía. Carmen marchábase.

No quise ir á *La Aurora*; comprendió mi deseo de estar en la casa por lo que pudiese ocurrir y se marchó reflexiva.

No hablé con Juana.

El abuelo se levantó á las ocho como de costumbre y le llevamos al huertecillo.

Juana entretúvose calmamente en guardar algunas ropas de fiesta que habían vestido el día anterior Bonet y Naro.

Mandó antes á la criada y al niño con el abuelo, encargándole mucho no se moviese de allí mientras ella no la llamara.

No sabía yo qué pensar; no sabía qué hacer. Mi cabeza era un caos.

Cerca de las nueve se asomó Juana al balcón, tranquila, serena.

Sólo hubiera podido notarse su exaltación interior en lo rápidamente

te que jugueteaban sus dedos con el papel de la divina Ángeles.

—¡Sí, sí, vendrá!—repetía entre dientes.

En *Caparrotá* no pensábamos. *Caparrotá* no iría.

Comprendíase bien; lo de la carta era la mentira absurda llevada al último extremo: buscar de cualquier modo el flaco para herir, aunque sólo consiguiese ligero rasguño, contando con la esperanza de que la herida se envenenase. De pronto, Juana, que miraba ansiosa afuera, exclamó sordamente:

—Ya.

Me asomé tras ella y sentí mis piernas doblarse.

No me he explicado nunca cómo no caí... Por un lado de la plaza, por el de los Callejones, venía Bonet. La Montero bajó rápidamente.

No sé lo que yo temía..., bajé tras ella.

Juana abrió el portón. Por el

postigo entreabierto vi á Bonet en el umbral. Parecía sostener una lucha inmensa consigo mismo, sin mirarnos, mirando á la calle, hacia el fondo de la plaza. Le veía de perfil. La Montero, con una mano en el picaporte, esperó á que Bonet entrase, muda, pálida, rígida, junto al portón.

Decidióse Bonet á entrar.

Lo hizo, preguntando á su mujer bruscamente, en tono sarcástico que no le conocíamos y que contribuyó seguramente á la exaltación de la crisis que á Juana en aquel minuto solemne combatía:

—¿Á quién esperabas en el balcón?

Ella respondió al punto, blancos los labios, la voz trémula.

—No has hecho bien la pregunta; hazla como la sientes. *¿A cuál de los dos esperabas?* Así hubiera sido mejor.

La contestación fué para Bonet un rudo golpe.

¿Cómo había de esperar aquello?

Entró detrás de ella, en la salita baja de la calle.

Quedóse junto á la cómoda, como confuso.

Una rabia sorda, ciega, parecía combatirle, rabia tal vez contra sí mismo, de encontrarse allí, de haber ido, de haber dudado.

La Montero continuaba:

—Como quizás no quieras hacer la pregunta así, yo he de contestarte como si la hicieses: no era *al otro*, era á ti, á quien esperaba.

Preguntó él, ahogadamente, pasando por alto la espantosa ironía de aquellas frases:

—¿Por qué me esperabas? ¿Quién te lo dijo?

—Este papel... Aquí lo dice: á las nueve... Pero no has sido oportuno. Olvidaste el papel en tu libro, le vi yo, y tuve tiempo de avisar *al otro*, para que no viniera. Sin ese olvido condenado del papel, nos sorprendes locos, en delirio dulce, amorosísimo,

en *la labor* de tu deshonra. Perdiste un gran espectáculo.

Bonet se apoyó en la cómoda vacilante.

Gruesas gotas de sudor bañaban su frente.

Una mirada de suprema angustia brilló en sus ojos, una mirada que dió á su rostro varonil, por un momento, algo del último doloroso instante del Jesús agonizando.

Si en aquel punto Bonet hubiese cogido las manos de Juana, si las hubiese besado con ternura, pidiéndole perdón por su debilidad de algunas horas, desde que recibió el papel infame; si la hubiese dicho que estaba seguro de su inocencia, que lo había estado siempre, que había ido allí sin saber á qué, como un autómeta, como impulsado quizás por la misma avasalladora convicción que de la inocencia de ella tenía; si la hubiese dicho todo aquello, lo que su alma en resumen sentía verdaderamente,

Juana, la generosa Juana, hubiera perdonado y callado, no tengo duda; pero había un demonio dentro de Bonet aquel día, un perverso enemigo, nacido seguramente por aquella situación difícil, humillante, ridícula que él mismo había creado, con sus despechos, con sus debilidades, con sus dudas y sus convicciones poderosas al par, de la inocencia de Juana, con sus cóleras contra sí mismo, contra las mujeres de la fábrica, contra la divina Ángeles, contra la *Corza*, contra mí, contra todo lo que pudo contribuir á su vacilación, á su desconcierto, bien ó mal intencionado, contra todo lo existente en fin, que le parecía levantarse contra él, lo que le hizo por fuerza, lejos de rendirse, lejos de pedir perdón, levantarse á su vez, revolverse contra todo.

Por eso, cuando la mujer, triste, grave, le dijo:

—Habla en fin; explícate: acusa, ¿qué injuria te he hecho?—exclamó

violentamente, estallando en su tono y en sus palabras todas sus pasiones:

—No sé si me has injuriado, ni sé si yo te injurio, ni sé por qué estoy aquí, ni por qué hablo esto, ni por qué no hice pedazos los corazones feroces de aquellas mujeres, ni por qué no te cojo con fuerzas, con todas mis fuerzas, abrazándote, ahogándote, para que nunca más me hables así, para que nunca más me mires así, para que nunca más te vean y nunca más respires.—Y sus ojos lanzaban rayos de muerte, y sus brazos tendíanse amenazadores, hercúleos.

Quise entrar y me faltaron las fuerzas.

Tenía temor por otra parte de que el abuelo comprendiese lo que pasaba, y permanecí en el pasillo, cerca del portón, fluctuando entre estas dos abrumadoras inquietudes.

Juana, en un momento de piedad sin duda—ni en aquella hora sombría

negó su índole noble,—se lanzó á él para calmarle.

—Pero ¿qué es esto, José? ¿Qué es esto?—repetía en voz triste.

No la ví. Sin duda, habríase cogido á Bonet. Se oyó la voz de Bonet dura, enconada.

—¡Suelta! ¿Qué quieres?—Y luego una interrogación dolorosa, inspirada por aquel demonio, que entonces le poseía.—Pero, ¿tú no sabes lo que dicen de ti?

Estas palabras fueron un latigazo para la mujer.

Si un momento de piedad la había conmovido, rehízose rápidamente.

—Sé lo que dicen... Lo sé, desde que lo dicen. Y puedo afirmar también que no sabes hasta qué punto sufrí contigo y me propuse infundirte valor para que nunca me hablastes de ello. Hay circunstancias verdaderamente fatales en la vida, José; el detalle insignificante de haber dejado esa carta en el libro que leías, nos

ha perdido á los dos. Sin ese papel no hubiese yo sabido nunca el mal que me has hecho. Venir aquí, á cerciorarte de si soy criminal ó no lo soy, es suponerme capaz del crimen. Venir es acusarme... Mira, José; ha llegado un punto, sin que sea yo—acuérdate siempre—quien lo haya hecho llegar, en que he de hacerte una revelación... Y ha de ser aquí, ahora, donde tú has querido, cuando tú has querido que sea. Me acusas de una infamia—ya te he dicho que tu acción ha sido más que dudar, ha sido darla por cometida;—de una infamia tan negra, que me hace olvidar las que conmigo aquellas mujeres de la fábrica cometieron. ¿Qué me importan aquellas mujeres? Tú me importas, ellas no. Tú eres el que me injurias, no ellas.

Bonet, al desviar á Juana, había caído sin fuerzas sobre una silla.

Toda su anterior cólera pareció

abatirse al oír las palabras lentas, graves, de la mujer amada.

Otra vez, aquel misterioso influjo de la encantadora fué llegando hasta él y apoderándose de todos sus sentidos.

Al oír las últimas palabras de Juana, levantó la cabeza rápidamente, como al presentimiento de un dolor más cruel, más grande que todos.

Llegué hasta él entonces, hondamente conmovida.

Una piedad inmensa se apoderó de mí... Me senté á su lado sin saber lo que hice, como para compartir con él el golpe inevitable que le amagaba.

—Pues bien—había proseguido ella tranquilamente;—no me defiendo del crimen de que me acusas, y, sobre no defenderme, me acuso yo de otro.

Bonet se levantó con lentitud.

En su rostro revelábase entonces un terror, un espanto indescriptibles.

Lo comprendí... lo presentí; la fatalidad inspiraba á Juana en aquel punto.

—¡Juana—grité,—cuidado, que te podrías arrepentir!—No me oyó.

—¡Tú, un crimen!—había exclamado Bonet, con el aliento casi, como si aquellas palabras hubieran de ser las últimas de su vida.

—¿Y qué? Sí tú me crees capaz de haber cometido uno, ¿qué razón hay para que no pueda haber cometido otro?

—¡Tú, un crimen!

Y la voz de Bonet apenas se sentía. Era un hálito tembloroso. Estaba de pie, inmóvil, vidriosa la mirada, fija en la Montero. Ella, seguía, implacable:

—Mi crimen, del que yo tengo noticias, es haberme casado contigo sin quererte.

—¡Tú!

Sostuve á Bonet. Hubiera caído si no estoy á su lado.

—Yo, sí.

—¿Y aquel cariño que me juraste?... ¿Y aquel cariño que me tenías?...

Yo sentía el corazón destrozado, como si mi corazón fuese el de aquel hombre, cuya falta única había sido su propia debilidad... Aquel hombre bueno, que se perdía irremisiblemente, como la tía Ángeles con su feroz experiencia había presentido, por su desconocimiento absoluto de la vida.

Juana, sin conmoverse ya de aquel grito doloroso de un corazón amargado, de aquella explosión de angustia del hombre que la adoraba, repuso fríamente:

—Me engañé... Lo comprendí más tarde... Quizás lo haya comprendido hoy mismo. Al casarme creí que te quería. No, fué lástima á ti, á Naro, á mi abuelo... Á los tres juntos. Á vosotros, por vuestra soledad, porque me necesitabais á mí. Á mi abuelo,

porque necesitaba de vosotros. En nuestra miseria, después de la total ruina y la muerte de mis padres, en nuestro abandono, en nuestra soledad espantosa, diste conmigo y á ti me confié, porque vi en ti un talento superior al de los hombres que te rodeaban y un corazón honrado, que creí fuerte. Mi culpa no estuvo en haberla cometido, porque fué involuntaria; estuvo en haber seguido engañándote, después de haberme yo desengañado... Pero tampoco quise abrir una herida en tu alma... una herida que yo suponía incurable. Tu injuria me hace ver hoy que me había equivocado. Siendo así ¿para qué callar más? No es necesario el sacrificio del silencio.

—¡Conque era verdad lo que aquellas decían!—murmuró Bonet, sin poder hablar. Tan grande, tan doloroso era su estupor. Á lo que Juana repuso con inmensa amargura:

—Si decían que no te quiero, sí.

De lo demás, ya te lo dije: no he de defenderme.

Yo sentía en aquel momento un terror grande, por las consecuencias que las palabras de Juana podrían traer.

Los amaba á los dos. En el gran proceso interno de estos dos seres, me sentía inclinada por igual al uno y al otro.

Hasta entonces había deplorado la actitud de Bonet, hija de un carácter que parecía entero, siendo en realidad irresoluto... Entonces, en aquel instante, toda mi compasión, toda mi pena eran por Bonet.

Sentía la pesadumbre de aquellas frases, arrojadas por Juana con una frialdad, con un valor, con una dureza inconcebibles, propios realmente de los verdaderos caracteres, que sufren y se doblegan hasta lo último para levantarse al fin austeros é implacables.

Lo que yo temía por parte de

Bonet no tardó en llegar... Vino con las últimas palabras de mi amiga. Una reacción rápida, inmensa, muy común también en caracteres como el suyo, le hizo salir fieramente de su postración pasajera. Fué entonces el león herido que se revuelve contra todo.

Lamentó su ruina y condenó, apasionado y fiero, el destino que le perseguía y la dureza de corazón de aquella adorada mujer, que así ven-gábase de sus dudas perdonables, sí, perdonables, porque era imposible que hubiese espíritus verdaderamente perfectos.

Y en un arranque de locura, viéndose perdido, muerto, contemplando con terror loco las ruinas de su amor y de su existencia á sus pies, gritó con acento propio de la tragedia:

—¿Pero tú no comprendes, desgraciada, que de eso que has dicho á lo que dicen ellas no hay más que un paso? ¿Tú no comprendes que si con

un hombre no me has engañado, de todas maneras me has engañado, y me has mentido? ¿Tú no comprendes que hay dolores que matan y que mi dolor va á matarnos? ¿Ó es que la muerte no te importa?

—Y más que la muerte, ¿no espanta una vida sin amor, llena de sacrificios que se desconocen?... Tal como te creía, te hubiera querido al fin. Como después te he visto, como ahora te veo, quisiera morirme. ¡Mátame tú... ya que de vergüenza no se muere!

—¡Vergüenza de tu infamia!

—Vergüenza de los dos. De mí, por haberme engañado; por no haber sabido inspirarte más respeto. De ti, porque no tienes corazón bastante para hacerte amar.

—¿Pero es que no hay un Dios que te ilumine? ¿Es que no hay una chispa, aunque sea de rayo, que pase por tu cerebro como una ráfaga, sólo como una ráfaga, para que puedas ver la negrura del abismo en que

nos hundes? ¿Es que quieres morir á mis manos miserablemente y que yo muera después, de alegría y horror de haberte muerto?

—¡Que Dios nos ampare!

—¡Pero una palabra de disculpa! ¡Un resquicio solo, por donde mi pensamiento y mi alma puedan llegar hasta ti! ¡Por donde mi cólera pueda desbordarse sin herirnos! ¡Que la duda siquiera, venga otra vez! ¿Tú no comprendes que conforme tu voz es más dulce, mi rabia se levanta más pavorosa? ¿Que mientras más el tiempo va pasando, la muerte más me estrecha? ¿Que mientras con más resignación lloras, la angustia más me mata?

—Bien, no hablaré más—dijo ella, firmemente. Sus palabras parecieron una sentencia.—No lloraré más. Estás ciego y loco. Pero con lágrimas y sin lágrimas, ahora y siempre que hable, podré decírtelo: No te quise. No te quiero.

te que jugueteaban sus dedos con el papel de la divina Ángeles.

—¡Sí, sí, vendrá!—repetía entre dientes.

En *Caparrota* no pensábamos. *Caparrota* no iría.

Comprendíase bien; lo de la carta era la mentira absurda llevada al último extremo: buscar de cualquier modo el flaco para herir, aunque sólo consiguiese ligero rasguño, contando con la esperanza de que la herida se envenenase. De pronto, Juana, que miraba ansiosa afuera, exclamó sordamente:

—Ya.

Me asomé tras ella y sentí mis piernas doblarse.

No me he explicado nunca cómo no caí... Por un lado de la plaza, por el de los Callejones, venía Bonet. La Montero bajó rápidamente.

No sé lo que yo temía..., bajé tras ella.

Juana abrió el portón. Por el

postigo entreabierto vi á Bonet en el umbral. Parecía sostener una lucha inmensa consigo mismo, sin mirarnos, mirando á la calle, hacia el fondo de la plaza. Le veía de perfil. La Montero, con una mano en el picaporte, esperó á que Bonet entrase, muda, pálida, rígida, junto al portón.

Decidióse Bonet á entrar.

Lo hizo, preguntando á su mujer bruscamente, en tono sarcástico que no le conocíamos y que contribuyó seguramente á la exaltación de la crisis que á Juana en aquel minuto solemne combatía:

—¿Á quién esperabas en el balcón?

Ella respondió al punto, blancos los labios, la voz trémula.

—No has hecho bien la pregunta; hazla como la sientes. *¿A cuál de los dos esperabas?* Así hubiera sido mejor.

La contestación fué para Bonet un rudo golpe.

¿Cómo había de esperar aquello?

Entró detrás de ella, en la salita baja de la calle.

Quedóse junto á la cómoda, como confuso.

Una rabia sorda, ciega, parecía combatirle, rabia tal vez contra sí mismo, de encontrarse allí, de haber ido, de haber dudado.

La Montero continuaba:

—Como quizás no quieras hacer la pregunta así, yo he de contestarte como si la hicieses: no era *al otro*, era á ti, á quien esperaba.

Preguntó él, ahogadamente, pasando por alto la espantosa ironía de aquellas frases:

—¿Por qué me esperabas? ¿Quién te lo dijo?

—Este papel... Aquí lo dice: á las nueve... Pero no has sido oportuno. Olvidaste el papel en tu libro, le vi yo, y tuve tiempo de avisar *al otro*, para que no viniera. Sin ese olvido condenado del papel, nos sorprendes locos, en delirio dulce, amorosísimo,

en *la labor* de tu deshonra. Perdiste un gran espectáculo.

Bonet se apoyó en la cómoda vacilante.

Gruesas gotas de sudor bañaban su frente.

Una mirada de suprema angustia brilló en sus ojos, una mirada que dió á su rostro varonil, por un momento, algo del último doloroso instante del Jesús agonizando.

Si en aquel punto Bonet hubiese cogido las manos de Juana, si las hubiese besado con ternura, pidiéndole perdón por su debilidad de algunas horas, desde que recibió el papel infame; si la hubiese dicho que estaba seguro de su inocencia, que lo había estado siempre, que había ido allí sin saber á qué, como un autómeta, como impulsado quizás por la misma avasalladora convicción que de la inocencia de ella tenía; si la hubiese dicho todo aquello, lo que su alma en resumen sentía verdaderamente,

Juana, la generosa Juana, hubiera perdonado y callado, no tengo duda; pero había un demonio dentro de Bonnet aquel día, un perverso enemigo, nacido seguramente por aquella situación difícil, humillante, ridícula que él mismo había creado, con sus despechos, con sus debilidades, con sus dudas y sus convicciones poderosas al par, de la inocencia de Juana, con sus cóleras contra sí mismo, contra las mujeres de la fábrica, contra la divina Ángeles, contra la Corza, contra mí, contra todo lo que pudo contribuir á su vacilación, á su desconcierto, bien ó mal intencionado, contra todo lo existente en fin, que le parecía levantarse contra él, lo que le hizo por fuerza, lejos de rendirse, lejos de pedir perdón, levantarse á su vez, revolverse contra todo.

Por eso, cuando la mujer, triste, grave, le dijo:

—Habla en fin; explícate: acusa, ¿qué injuria te he hecho?—exclamó

violentamente, estallando en su tono y en sus palabras todas sus pasiones:

—No sé si me has injuriado, ni sé si yo te injurio, ni sé por qué estoy aquí, ni por qué hablo esto, ni por qué no hice pedazos los corazones feroces de aquellas mujeres, ni por qué no te cojo con fuerzas, con todas mis fuerzas, abrazándote, ahogándote, para que nunca más me hables así, para que nunca más me mires así, para que nunca más te vean y nunca más respire.—Y sus ojos lanzaban rayos de muerte, y sus brazos tendíanse amenazadores, hercúleos.

Quise entrar y me faltaron las fuerzas.

Tenía temor por otra parte de que el abuelo comprendiese lo que pasaba, y permanecí en el pasillo, cerca del portón, fluctuando entre estas dos abrumadoras inquietudes.

Juana, en un momento de piedad sin duda—ni en aquella hora sombría

negó su índole noble,—se lanzó á él para calmarle.

—Pero ¿qué es esto, José? ¿Qué es esto?—repetía en voz triste.

No la ví. Sin duda, habríase cogido á Bonet. Se oyó la voz de Bonet dura, enconada.

—¡Suelta! ¿Qué quieres?—Y luego una interrogación dolorosa, inspirada por aquel demonio, que entonces le poseía.—Pero, ¿tú no sabes lo que dicen de ti?

Estas palabras fueron un latigazo para la mujer.

Si un momento de piedad la había conmovido, rehízose rápidamente.

—Sé lo que dicen... Lo sé, desde que lo dicen. Y puedo afirmar también que no sabes hasta qué punto sufrí contigo y me propuse infundirte valor para que nunca me hablastes de ello. Hay circunstancias verdaderamente fatales en la vida, José; el detalle insignificante de haber dejado esa carta en el libro que leías, nos

ha perdido á los dos. Sin ese papel no hubiese yo sabido nunca el mal que me has hecho. Venir aquí, á cerciorarte de si soy criminal ó no lo soy, es suponerme capaz del crimen. Venir es acusarme... Mira, José; ha llegado un punto, sin que sea yo—acuérdate siempre—quien lo haya hecho llegar, en que he de hacerte una revelación... Y ha de ser aquí, ahora, donde tú has querido, cuando tú has querido que sea. Me acusas de una infamia—ya te he dicho que tu acción ha sido más que dudar, ha sido darla por cometida;—de una infamia tan negra, que me hace olvidar las que conmigo aquellas mujeres de la fábrica cometieron. ¿Qué me importan aquellas mujeres? Tú me importas, ellas no. Tú eres el que me injurias, no ellas.

Bonet, al desviar á Juana, había caído sin fuerzas sobre una silla.

Toda su anterior cólera pareció

abatirse al oír las palabras lentas, graves, de la mujer amada.

Otra vez, aquel misterioso influjo de la encantadora fué llegando hasta él y apoderándose de todos sus sentidos.

Al oír las últimas palabras de Juana, levantó la cabeza rápidamente, como al presentimiento de un dolor más cruel, más grande que todos.

Llegué hasta él entonces, hondamente conmovida.

Una piedad inmensa se apoderó de mí... Me senté á su lado sin saber lo que hice, como para compartir con él el golpe inevitable que le amagaba.

—Pues bien—había proseguido ella tranquilamente;—no me defendiendo del crimen de que me acusas, y, sobre no defenderme, me acuso yo de otro.

Bonet se levantó con lentitud.

En su rostro revelábase entonces un terror, un espanto indescriptibles.

Lo comprendí... lo presentí; la fatalidad inspiraba á Juana en aquel punto.

— ¡Juana—grité.—cuidado, que te podrías arrepentir!—No me oyó.

— ¡Tú, un crimen!—había exclamado Bonet, con el aliento casi, como si aquellas palabras hubieran de ser las últimas de su vida.

—¿Y qué? Sí tú me crees capaz de haber cometido uno, ¿qué razón hay para que no pueda haber cometido otro?

— ¡Tú, un crimen!

Y la voz de Bonet apenas se sentía. Era un hálito tembloroso. Estaba de pie, inmóvil, vidriosa la mirada, fija en la Montero. Ella, seguía, implacable:

—Mi crimen, del que yo tengo noticias, es haberme casado contigo sin quererte.

— ¡Tú!

Sostuve á Bonet. Hubiera caído si no estoy á su lado.

—Yo, sí.

—¿Y aquel cariño que me juraste?... ¿Y aquel cariño que me tenías?...

Yo sentía el corazón destrozado, como si mi corazón fuese el de aquel hombre, cuya falta única había sido su propia debilidad... Aquel hombre bueno, que se perdía irremisiblemente, como la tía Ángeles con su feroz experiencia había presentido, por su desconocimiento absoluto de la vida.

Juana, sin conmoverse ya de aquel grito doloroso de un corazón amargado, de aquella explosión de angustia del hombre que la adoraba, repuso fríamente:

—Me engañé... Lo comprendí más tarde... Quizás lo haya comprendido hoy mismo. Al casarme creí que te quería. No, fué lástima á ti, á Naro, á mi abuelo... Á los tres juntos. Á vosotros, por vuestra soledad, porque me necesitabais á mí. Á mi abuelo,

porque necesitaba de vosotros. En nuestra miseria, después de la total ruina y la muerte de mis padres, en nuestro abandono, en nuestra soledad espantosa, diste conmigo y á ti me confié, porque vi en ti un talento superior al de los hombres que te rodeaban y un corazón honrado, que creí fuerte. Mi culpa no estuvo en haberla cometido, porque fué involuntaria; estuvo en haber seguido engañándote, después de haberme yo desengañado... Pero tampoco quise abrir una herida en tu alma... una herida que yo suponía incurable. Tu injuria me hace ver hoy que me había equivocado. Siendo así ¿para qué callar más? No es necesario el sacrificio del silencio.

—¡Conque era verdad lo que aquellas decían!—murmuró Bonet, sin poder hablar. Tan grande, tan doloroso era su estupor. Á lo que Juana repuso con inmensa amargura:

—Si decían que no te quiero, sí.

De lo demás, ya te lo dije: no he de defenderme.

Yo sentía en aquel momento un terror grande, por las consecuencias que las palabras de Juana podrían traer.

Los amaba á los dos. En el gran proceso interno de estos dos seres, me sentía inclinada por igual al uno y al otro.

Hasta entonces había deplorado la actitud de Bonet, hija de un carácter que parecía entero, siendo en realidad irresoluto... Entonces, en aquel instante, toda mi compasión, toda mi pena eran por Bonet.

Sentía la pesadumbre de aquellas frases, arrojadas por Juana con una frialdad, con un valor, con una dureza inconcebibles, propios realmente de los verdaderos caracteres, que sufren y se doblegan hasta lo último para levantarse al fin austeros é implacables.

Lo que yo temía por parte de

Bonet no tardó en llegar... Vino con las últimas palabras de mi amiga. Una reacción rápida, inmensa, muy común también en caracteres como el suyo, le hizo salir fieramente de su postración pasajera. Fué entonces el león herido que se revuelve contra todo.

Lamentó su ruina y condenó, apasionado y fiero, el destino que le perseguía y la dureza de corazón de aquella adorada mujer, que así vengábase de sus dudas perdonables, sí, perdonables, porque era imposible que hubiese espíritus verdaderamente perfectos.

Y en un arranque de locura, viéndose perdido, muerto, contemplando con terror loco las ruinas de su amor y de su existencia á sus pies, gritó con acento propio de la tragedia:

—¿Pero tú no comprendes, desgraciada, que de eso que has dicho á lo que dicen ellas no hay más que un paso? ¿Tú no comprendes que si con

un hombre no me has engañado, de todas maneras me has engañado, y me has mentido? ¿Tú no comprendes que hay dolores que matan y que mi dolor va á matarnos? ¿Ó es que la muerte no te importa?

—Y más que la muerte, ¿no espanta una vida sin amor, llena de sacrificios que se desconocen?... Tal como te creía, te hubiera querido al fin. Como después te he visto, como ahora te veo, quisiera morirme. ¡Mátame tú... ya que de vergüenza no se muere!

—¡Vergüenza de tu infamia!

—Vergüenza de los dos. De mí, por haberme engañado; por no haber sabido inspirarte más respeto. De ti, porque no tienes corazón bastante para hacerte amar.

—¿Pero es que no hay un Dios que te ilumine? ¿Es que no hay una chispa, aunque sea de rayo, que pase por tu cerebro como una ráfaga, sólo como una ráfaga, para que puedas ver la negrura del abismo en que

nos hundes? ¿Es que quieres morir á mis manos miserablemente y que yo muera después, de alegría y horror de haberte muerto?

—¡Que Dios nos ampare!

—¡Pero una palabra de disculpa! ¡Un resquicio solo, por donde mi pensamiento y mi alma puedan llegar hasta ti! ¡Por donde mi cólera pueda desbordarse sin herirnos! ¡Que la duda siquiera, venga otra vez! ¿Tú no comprendes que conforme tu voz es más dulce, mi rabia se levanta más pavorosa? ¿Que mientras más el tiempo va pasando, la muerte más me estrecha? ¿Que mientras con más resignación lloras, la angustia más me mata?

—Bien, no hablaré más—dijo ella, firmemente. Sus palabras parecieron una sentencia.—No lloraré más. Estás ciego y loco. Pero con lágrimas y sin lágrimas, ahora y siempre que hable, podré decírtelo: No te quise. No te quiero.

—¡Es una vileza! ¡Es una infamia!

—¿Te he deshonrado?

—¡Juana!—gritó Bonet rugiente.

—Un hombre deshonrado mata sin hablar. Mátame ó déjame, pero acabemos ya por Dios.

Bonet se lanzó á ella cón las manos abiertas, crispadas... Le impulsó algo poderoso, inmenso, fatal en aquel momento.

Se soltó de mí, al lanzarse á ella, como de un débil obstáculo, aunque me cogí á él fieramente, hasta sentirse crujir mis huesos.

Juana permaneció inmóvil, impasible, esperándole... Sintió los dedos en su garganta, sin lanzar un grito, ni un gemido, mirando á Bonet tristemente.

Bonet gritaba al lanzarse á ella:

—¡Eres tú quien acaba con mi vida, con la tuya! Aquí, donde apuré mi cáliz, donde acabó mi esperanza, donde acabó mi paciencia, acabará todo!

Un grito poderoso, formidable, se escapó de mi corazón cuando Bonet escapó de mis manos.

—¡Bonet!!

Fué un grito que salió de mí como si partiera mis entrañas.

Bonet, como si aquel grito fuese un mazazo que asestaran sobre su cabeza, soltó á Juana y pareció tambalearse para caer. Juana cayó de rodillas.

Yo había caído á la sacudida feroz de Bonet para desprenderse de mí. Estaba levantándome. Fué rápido, más rápido que el pensamiento.

En este segundo inconmensurable, un clamor inmenso, colosal, oyóse en la plaza.

Bonet pasábase las manos por la frente, como si saliera de un espantoso sueño. Yo me incorporé. Juana permaneció de rodillas.

El clamor de la plazuela aumentaba. Sin querer, en medio de nuestra gran conmoción, entendimos—yo

lo entendí al menos—que eran voces de piedad, gritos de lástima y desolación. Pero ¿por qué parecía acercarse aquella oleada de dolor á nuestra puerta, como si de puerta adentro no hubiese ya bastante?

El clamor seguía. Súbitamente creí oír un grito, un nombre en aquel grito, el nombre de Naro.

Me lancé á la ventana, la abrí, una nube de sangre cegó mis ojos, un ¡ay!, un alarido escapó de mi garganta.

Sin pensar en Bonet, sin pensar en la Montero, corrí á la puerta, abrí el portón, me arrojé á la calle.

La plaza atestábase de gente.

Los balcones, las ventanas, las puertas, todo estaba invadido por la multitud.

En todos los rostros pintábase el terror y la lástima... Cerca de la puerta vi algunos trabajadores de *La Aurora*, entre ellos á Carmen, llorosa, lívida, desbandado el pelo;

al lado de ella una camilla... Me lancé á la camilla, levanté la lona y vi á Naro muerto.

Había pagado su tributo á la fábrica, el último día seguramente que pensaba ir á ella.

Lo había pagado de una vez para siempre. El telar pudo más que el niño.

Los dientes que crujían como con rabia de no hallar dónde morder, habían mordido al fin en carne virgen y mordido hasta la hartura.

Un paño obscuro cubría sus formas despedazadas.

Su cabeza y su rostro estaban indemnes.

No sonreía... Su sonrisa de mártir y de ángel fué para los vivos... Aquel rostro sin su sonrisa de siempre, tenía ahora una santa, augusta serenidad. El alma, al salir de su cuerpo, pareció haberse quedado palpitando, alentando sobre aquel rostro.

Creo que renegué de Dios inconscientemente en tal instante, porque no me puso en lugar de Naro para no presenciar aquella última espantosa hecatombe del alma de Bonet.

Cuando yo salía, un hombre entraba á prepararle.

Fué una tremenda ironía, pero ocurrió de ese modo. Aunque salió de la fábrica media hora antes, entró á preparar á la familia con el muerto á la puerta. Carmen dijo no sé qué cosas. No las oí. Miré sombríamente á la casa. Bonet no había llegado hasta Naro, no pudo. En el mismo escalón cayó rugiente como una fiera herida.

Vi á Juana sollozante, arrodillada en la calle, medio tendida, abrazada á Bonet. Vi en la casa, allá, en el fondo, un viejo, el cabello erizado, los ojos queriendo salirse de las órbitas, arrastrándose, agarrándose con los dedos agarrotados á los muebles y las paredes con trágicos, estériles

esfuerzos, para andar, para llegar hasta las ruinas de todas sus esperanzas muertas. Vi allá, en el fondo también, en el escalón del patio, un niño que lloraba, un niño rubio como una florecilla abandonada de los cielos, y no vi más. No tuve ojos, no tuve corazón, no tuve alma. Todo pareció que huía de mí, como si yo también estuviese muerta. Caí de rodillas, exánime. Mis últimos hálitos fueron para besar una frente pequeña, helada... Fueron para decir suspirante, como una queja..., como el gemido de aquella florecilla rubia, abandonada de los cielos:

—¡Ay, Naro, Naro, al fin te vast



CAPÍTULO VIII

Resurgimiento.

Aquí me tienes ya, *Corza*; aquí me tienes... Soy tu *Paca Cielos*, que no te olvida; tu *Paca Cielos* á la que combaten mil sensaciones opuestas que no sabrá definir nunca... Un fantasma perdido entre las sombras del pasado y las que en el porvenir presente... Aquí estoy, *Corza* de mi vida... ¡Soy yo!

Soy yo, sin mi abuela; soy yo, sin *Pepito Alcudia*; soy yo sin «*Naro*»... ¡ay *Virgen*! Cuando el pensamiento y la sombra de *Naro* pasan por mí, mis ideas acaban; la noche cierra dentro de mi corazón; en medio de esa noche, sólo se destaca una

cabecita lívida, con los ojos suavemente cerrados, de cabellos lasos, rubios, como un nimbo de sol que rodease aquel rostro de cera, y lo demás del cuerpo, un montón informe de carnes despedazadas; ¡oh Naro, que hablarás ahora con tu madre, aquella sombra santa, que veías y oías, allá, en los celajes extraños de tu imaginación de angelillo agorero!

Te contaré, como me pides, cuanto al alcance de mi observación pueda haber, y empiezo diciéndote, que mi inquietud es mucha, que no sé qué camino es este, ni á dónde conduce. Quisiera no ver ni oír, para no hacer deducciones...; para no anunciar sucesos, lejanos tal vez, quién sabe si ilusorios, porque tú, *Corza*, estás convencida y me lo afeas á menudo, de lo rápidamente que mi imaginación toma vuelo.

Esta casa parece de penitencia, donde se hizo voto de no abrir la boca, y de no abrirla, principalmente,

para hablar de Genaro. ¿Qué importa no hablar de él? Naro está con nosotros como una visión trágica y dulce que nos absorbe y nos abruma á un mismo tiempo. Yo reflexiono: si el recuerdo de *Narito* produce en mí esta impresión, ¿qué le ocurrirá á Juana? Y prescindiendo de Juana, ¿qué le ocurrirá á Bonet? ¿Qué será lo que la visión tremenda del niño despedazado por la máquina, estará haciendo surgir en el espíritu de este hombre?

Bonet, conforme va recobrando vida, conforme van robusteciéndose su cuerpo y sus ideas, parece más reflexivo, y triste. Yo creo que anda á vueltas con la sombra de su hermano, como andaba el niño á vueltas con la de su madre. Y es que estos Bonet, no hay quien me lo quite del magín, viven más por dentro que por fuera. Son cosas que no sé explicarte mejor, pero que tú, mi *Corcita*, darás con ello, allá á tu modo, sin

que yo tenga que esforzarme más para explicártelo.

¿Y Juana? No sé qué decirte; cuando la veo ir y venir por la casa, me parece una mujer dormida, eternamente dormida, que va y viene, como si alguien, á quien no veo, escondido en algun rincón, le impusiera con increíble voluntad el mandato de que anduviese y se moviese. ¡Ay *Corza!* Pero el genio desconocido no consigue mover sus labios blancos, ni devolver á su cara divina los suaves colores de flor, ni llevar de nuevo la serena luz á sus ojos santos. La miro disimuladamente hacer sus faenas caseras, sin reír, sin hablar, triste, dulce, con su luto por el pobrecito *Naro* que hace resaltar doblemente su blancura... Anoche, habiéndome dormido pensando en Juana, soñé en una reina muerta, que se había levantado de su tumba de granito, para zurcir á Bonet sus ropas, para atizar el fuego en la hornilla, para

barrer y fregar y otros menesteres caseros, impropios de personas reales muertas ó vivas.

Su cara perdió el color, ya te lo dije, y le sustituye ese tonillo singular que toman las caras de los santos en las penumbras de los altares. Hallarías mi comparación más natural si la sorprendieras á menudo rezando, con un fervor que conmueve y apena. No necesita para sus devociones, corretear templos, se oculta en un rincón y se las arregla de cualquier modo. ¡Le pide á Dios la dicha!...

La dicha, es Bonet, contento; Bonet saludable, Bonet trabajando, Bonet amando... Y aquí pregunto: ¿Le habrá quedado á Bonet corazón para amar, después de la muerte horrible de *Naro* que era el amor de su madre, y después de haber oído decir Juana que no le quiere, á la misma Juana, que es el amor de su vida? Porque se lo dijo, rotunda, fríamente, con una frialdad, que á mí,

que no soy Bonet, me heló la sangre.

«¡No te quiero!»

¡Qué tres horribles palabras! Las pronunció, se las dijo á Bonet y acabó de volverle loco. Te digo con verdad que no fué lo que le tumbó en tierra como un toro bravo herido en el testuz, la vista de Narito ante él, destrozado por el engranaje, que fueron las tres palabras que su mujer había dicho. La figura de Naro, lívida, sangrienta, espantosa, acabó en todo caso, lo que la mujer se dió buena maña á comenzar.

¡Lo que costó, *Corza*, devolver la salud á este hombre! Ella ha sido una esclava, un perro sumiso. La primera y única debilidad de la pobre fué, precisamente, un acto de energía, en su coraje de mujer de bien, á quien calumnian. Se necesitó eso, se necesitó que Bonet diese oídos á la calumnia, para que ella hiciese á Bonet su confesión fatal. Esas palabras en boca

de una mujer tan seria y tratándose de un hombre tan caviloso, fueron un mundo. Hizo mal; por experiencia propia, va á convencerse,—y ojalá me equivoque,—de que si los ángeles tienen también su minuto de rebelión, no dejan de pagarlo y con mayor rigor aún que los mortales. Su índole buena es en este caso su mayor enemigo; aunque Bonet, con el tiempo olvide las palabras de Juana, ella no las olvida nunca.

Te hablo como si me encontrase dentro del corazón, dentro del cerebro de Juana. ¡Para leer en esta conciencia pura, se necesita muy poco! Y Bonet es quien, por lo visto, no puede ni deletrearla. Cuanto más piensa ella en las frases que lanzó á su marido, cuanto más se convence de que fueron para el hombre como un rayo, más se humaniza con él, más se humilla, más timidez é indecisión siente al lado suyo, aunque no parezca notarse variación alguna en su ex-

terior, de una espantosa, de una inconcebible pasibilidad. No come, no duerme, toda ella, su cuerpo y su alma, se han reducido á la atención vigilante é inquieta que el hombre le inspira, procurando, no obstante, que él no la observe. Cuando él está despierto, se retira á un rincón, se esconde como una cenicienta. Se duerme él, y se arrastra, entonces silenciosa, sin importarle que yo la esté mirando, y queda de rodillas ante el lecho, ó al pie de su sillón, mirándole callada, atenta, con sus ojazos dulces. La saco de estas absorciones y cuando vuelve la cabeza, me mira, también, sin hablar con esos ojazos por donde parece que el alma escapa moribunda. Como Bonet esté despierto, ya te lo dije, se sobrecoge ella, se aturde, se reconcentra en sí, se arrinconada, baja la frente, bajos los ojos, no atreviéndose á arrostrar la mirada del hombre, aquella mirada siempre serena, siempre fría, como una

interrogación muda, amenazadora, cuya interrogación tenía para Juana, estoy segura, este sentido espantoso.

¿Te acuerdas?

Pero las cosas cambiaron algo, preciso es convenirlo; el médico dispuso que se le diesen á Bonet algunos paseos á pie, recomendación oportuna para nosotras igualmente que estamos entre cuatro paredes, sin respirar ni ver nada. No creas, aunque ella no parezca apercibirse, le sientan admirablemente sus ratitos de voleo.

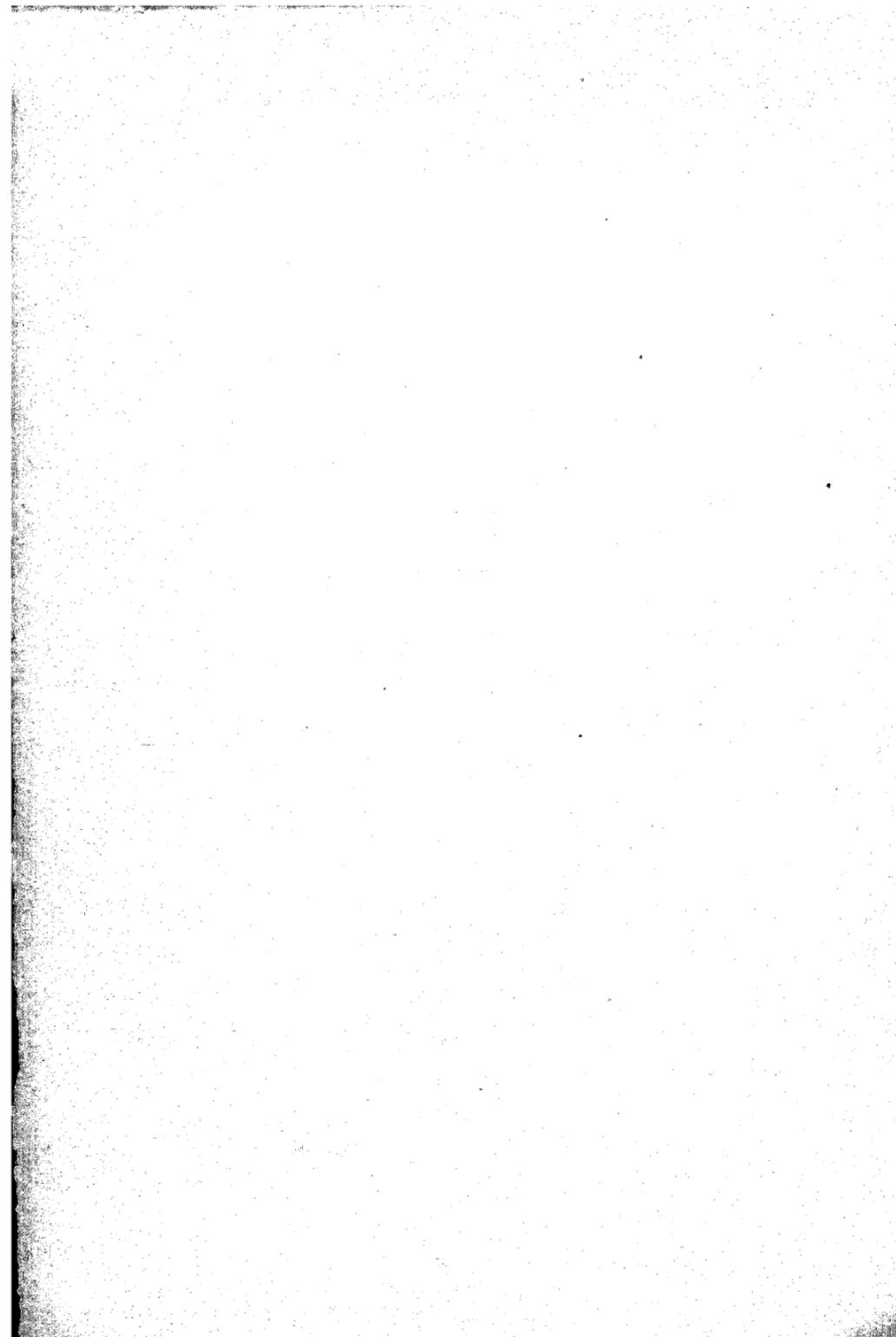
Por de pronto han servido para que Bonet empiece á convencernos de que no se ha quedado mudo. No sé las semanas que hemos estado sin oírle el metal de la voz. La primera impresión que hemos tenido de su vuelta franca á la vida, fué en el Puerto... Su rostro animábase al ver desde allí, aspirando con ansia la brisa del mar, aquel magnífico cuadro de colosales proporciones; el fondo de un solo tono azul interrumpido en una

gran curva, por el caserío abigarrado de la Barceloneta, paseo de la Aduana, las altas copas del arbolado del de Colón, medio oculto por palos, cuerdas, escalas, banderines, cabrestantes de los buques, cruzado todo, estrechándose en signos cabalísticos, recortados en el cielo como presagios indescifrables para este gran pueblo trabajador y virtuoso; pero al ver el sitio donde estábamos, aquel muelle donde todo era negro, negro el suelo, negros los hombres, negras las barcas carboneras como cuervos gigantes, moviéndose sobre las olas, y negro el humo que sale en volutas espesas de los altos chimeneones, yendo á perderse en la inmensidad esplendorosa, al ver de pronto la furia con que los peones del muelle lanzándose á los fardos, hundían en ellos sus manoplas de bronce, al ver y oír el gran concertante de girar de grúas, chocar de planchas, chirriar de cilindros, silbar de sirenas, rodar de barri-

cas, crujir de látigos y los gritos de cargadores, de carreteros, de marineros, de patronos, toda esta respiración formidable que hervía junto á él, repercutiendo en su corazón y en sus entrañas y llevando colores de salud á sus mejillas, dilatóse su nariz, respirando con brío como gigante que se prepara á la pelea, y estirando los brazos, centelleando sus ojos, crispados los puños, que hacían recordar sus fuerzas hercúleas de otro tiempo, exclamó vivamente estremecido:

—¡Trabajo! ¡Quiero trabajo!

Juana y yo nos miramos conmovidas, Bonet acababa de hablar, y hay que convenir, en honor suyo, que las primeras que habló fueron palabras simbólicas de vida. Había resurgido el hombre.





CAPITULO IX

Pajaritos del Cielo.

Muchas gracias, *Corza*; te mando otro escrito, como tú les llamas, pero no me seduces con adulaciones afirmándome que te quedas tamañita leyéndolos; demasiado torpeza es la mía y quisiera que me hubiesen servido de más, los años que pasé sobre los libros y los buenos maestros que tuve. Quisiera tener todas las seducciones, en mi ser material, como en mi inteligencia para poder admirar á mi sombra, si un día se volviese tangible. Pero ¿á qué hablar de fantasmas? ¡Oh Pepito Alcudia! Creo vivir como rodeada de un ambiente extraño, que satura mis pulmones y penetra en mis huesos; es algo cálido,

amoroso y fortalecedor, que inunda mi sangre y la electriza; creyérase que mi sueño imposible va á convertirse en real, que mi visión adoradísima va á presentarse súbitamente delante de mis ojos, corpórea y tangible. Deliro, *Corza*, y tú reirás grandemente de mis palabras y de mí.

No le hace, todo te lo consiento; eres un animalito de oro, fiel y seductor y todo hay que dispensártelo, por el privilegio, exclusivamente mío, de pasar mi mano por tu carne de seda. ¡Oh Corcita amada, qué ricos tesoros escondes bajo tus limpios y olorosos trajes de mujer pulcra y cómo apenas la idea de que Dios, artista de maravillas femeniles, más preciosas cuanto más ignoradas bajo las siete llaves de tu honradez sin alardes, de tu decoro sencillo y encantador (á pesar de tu lengua espantosa de Capitán pirata), se marchiten bajo la férula de un marido mal educado, que apeste á vino y otras su-

ciudades! Por eso, cuando me hablas de tu Poncio, hago un mohín de repulsión y me encierro doblemente en mi propósito de quedarme virgen,—no digo mártir, porque ningún martirio hay en ello,—muriéndome de vieja, si á Dios le he servido concederme larga vida, abrazada á mi visión, durmiendo, levantándome, comiendo, viviendo con ella. Lo tengo todo meditado, y resuelto; hasta lo qué haría si me encontrara á Pepito Alcudia un día, gordón y coloradote, con una mujer más ó menos simpática, y unos cuantos infantes más ó menos precoces... Ahora estarás llena de curiosidad y zozobra... Pues bien, le diría: «á Dios», al paso, siguiendo yo mi camino, entregada á mi fantasma bello y dulce... No, el fantasma *revivido*, no al material, al fantasma de veras. ¡Ah *Corza!* Pero no hablemos de eso. Tú eres el colmo de la realidad y sé, estoy segura, que tu Poncio con su blusa remendada y

sus alpargatas sucias, y tres ó cuatro palabrotas de las que suelta á menudo, vale más y es más sabroso para ti, que todas las visiones de lo infinito, por seductoras y sugestivas que se presenten.

Pero *Corza* ¿dónde estoy? ¿Qué es esto? ¿En qué laberintos me metí? Te escribo lo que sale de mi corazón, mi pensar y luego... Mira, voy á lo que nos importa.

El asunto parece que marcha como la seda. Desde que Bonet pronunció la palabra trabajo, especie de *fiat* que hizo luz para animarnos y fortalecernos á todos, las cosas van tomando distinto aspecto; las salidas son frecuentes; el ejercicio nos prueba y á Bonet en particular; los tres apetitos van despertándose á la vez con una unidad y acuerdo sorprendentes: yo devoro, Juana, viéndome comer, sonrío con un asomo de sonrisa, de aquellas, capaces de derribar un mundo. Bonet, mira lo que le rodea, con

más atención; habla alguna vez de buscar trabajo y se mezcla de tarde en tarde, en nuestra conversación, pero sin insistencia, sin apego, hay en él una reserva inconsciente, creo yo, que le impide identificarse con nosotras; yo pienso que con su fantasma tiene ya para rato, como yo tengo para rato con el mío; solo que, para mi consuelo, el de Bonet es un fantasma siniestro, enrojecido con la sangre de *Naro*; el mío, una imagen mágica con aureola de luz, como los que llenan con sus encantos los sueños de los niños.

La naturaleza reconcentrada de Bonet, es el enemigo peor contra su enfermedad del fantasma; porque esa es una enfermedad, como cualquiera otra, de más ó menos arraigo, incurable ó curadera. Por de pronto, yo sé y Juana porque lo ha observado conmigo, que su corazón no está muerto. ¿No te parece que es mucho?

De regreso de nuestra excursión nos detuvimos anteayer en la Rambla de Santa Mónica, era al declinar la tarde, la hora de los pensamientos melancólicos. Había muchas sillas en desorden por aquel sitio: la gente desfilaba en busca de la cena; quedamos solos casi. Bonet parecía pensativo. Habló luego lentamente dirigiéndose á Juana y á mí, lo he observado, sólo habla con su mujer cuando estoy yo presente.

Nos decía que las Ramblas de Santa Mónica y Capuchinos serían con el tiempo las arterias heladas de un gigante que lleve su ser, su savia, todas sus potencias á otros miembros que le sea preciso vigorizar, la vida de Barcelona se va por otro lado, hacia el ensanche. Quedó callado súbitamente, como abstraído con la gran música que los pájaros levantaban sobre nuestras cabezas en las copas de los árboles frondosísimos. Todas las tardes, sea la estación que sea,

se oye esta música original; no creas, *Corcita*, que la música molesta; al contrario, alegre ó hace meditar en cosas tristes, según la tensión de nuestros nervios. Aquellos pájaros son amigos de todo el mundo; no habrá sujeto que no se haya detenido alguna vez, para oír la deliciosa algarabía. En las tardes caniculares, el rumor es más grato, los musiquillos se esconden en apretado haz entre las tupidas ramas, las armonías ahóganse un poco, pero no por eso la música deja de ser grandiosa, imponente, como si millones de geniecillos se escondieran tras una fronda para vibrar sus instrumentos maravillosos, dirigidos por la batuta de Dios. ¿Qué dicen? ¿Se acarician ó regañan? ¿Son gritos de placer ó se ponen como no digan dueñas? ¿Son risas ó llantos? ¿Discuten á voz en cuello el albergue que han de ocupar durante la noche, ó se arrullan y acarician, buscándose los unos á los

otros el sitio mejor? No sé, ellos siguen... Siguen... Conforme las sombras cubren las ramas... van callando, después silencio... Silencio absoluto. Amanece y ya no están. Se han ido. ¿Dónde? Declina la tarde, van volviendo, los píos, los gorjeos empiezan, continúan, se multiplican, se confunden; como el cristal del arroyo conviértese con el agua de las lluvias en río que se despeña, en aquellos misteriosos laberintos de hojas, concluye el piar primero en desbordado torrente, como si á la vez aquellos millones de pájaros se hubiesen vuelto locos.

En las tardes invernales los músicos son visibles... ¡Las hojas cayeron! Las avecillas se aprietan unas á otras para calentarse sobre el ramón desnudo... Y cantan... Cantan siempre. ¿Será la canción de las hojas? ¿Serán los recuerdos del nido? Tiritan con las plumas erizadas, apriétanse... ¡Qué frío! Sin el tapiz de verdor que

los envolvía, la música llega al corazón, clara, vibrante, estremecedora; no es un ruido que ensordece, es un concertante sin igual de notas distintas, donde el corazón cree oír el beso de la madre, la risa del niño, el suspiro de amor, la plegaria del moribundo y todo ese gran número de notas sin fin que compone la armonía inmensa del sentimiento humano.

Los musiquillos calláronse poco á poco, pero permanecimos allí aún, como sugestionados por un encanto indecible. Rompí aquella sugestión, levantándome de pronto y diciendo alegremente para ocultar mis sentimientos.

—¡Pajaritos, buenas noches!

Bonet se levantó silencioso, Juana le miraba con profunda ansiedad; lo estaba observando, como lo observaba yo. ¡Bonet lloraba! Le vimos llorar después de tantas pesadumbres sufridas. Sus ojos habían permanecido secos, cuando se creyó sin honra, cuan-

do su alma hundíase en el caos, al saber que su esposa no le amaba, cuando su hermano, su ídolo, murió trágicamente, y lloraba, lloraba en aquel momento de serenidad augusta, al oír cantar á unos pajarillos!

Conmueve y hace estremecer. Los pajarillos han descubierto á los ojos de Juana un mundo. Bonet puede amar. El santuario de Bonet no está derruído. ¿Querrá?... ¿podrá Juana erigir otra vez en el altar derrocado la imagen consoladora de paz y amor?...

De todos modos, pajaritos de los cielos, que Dios os bendiga.



CAPITULO X

Nuevos horizontes.

José Bonet está trabajando; esta mañana á las seis, le hemos visto salir con su traje de obrero; la última vez que salió á la misma hora para su taller le acompañaba Naro. No nos lo hemos dicho, pero este pensamiento centelleó en nuestros cerebros é hizo llorar sangre á nuestros corazones. Me cuento con ellos para el dolor. ¡Ah, no creeré nunca que Bonet y Juana hayan podido sufrir más que yo en este memorable día, con el recuerdo del desgraciado niño!

Juana no se acostó. Parecía un fantasma silencioso, andando por toda la casa: la idea de que su marido

volvía al trabajo, después de tantos meses y de la espantosa y doble tragedia del fin de Naro y la separación moral del matrimonio, era solemnísimamente para ella.

También me había levantado; no quise hablarla ni distraerla de sus pensamientos en toda la noche. Pocos segundos antes de que Bonet partiese, la abracé, sollozante, no sólo por el estado de espíritu mío, sino por la piedad que me produce esta mujer á quien tanto amo y respeto. ¡Oh, si los milagros pudieran darse, ella, con su fervor sin igual lo hubiese esta noche conseguido! Y el milagro que pedía con las manos en cruz, de rodillas en el suelo, horas y horas, clavados los ojos divinos en la techumbre ni más ni menos que si los hubiera puesto en la misma imagen de Dios, parecía cosa bien fácil! «Que Bonet, que tendría sin duda el corazón destrozado, la hiciese partícipe de su dolor, le hablase de Narito.»

No se dió el milagro. Bonet se levantó, no tuvo que pedir nada, todo lo tenía dispuesto con solicitud desde hacía muchas horas. Pero no habló; algún monosílabo, alguna palabra indiferente, se fué al taller como se había ido en Málaga todos los días. Sin embargo (lo sabíamos las dos), era espantoso lo que se desencadenaba en aquel alma al partir, aunque se encerrara Bonet en una reserva más espantosa aún que su propio dolor.

¡Se iba!

—Bonet, amigo mío, le dije, queriendo dominar el temblor de mi voz: —buena suerte.

Me dió las gracias, con mucho afecto.—Adiós nos dijo.—Se iba...; pero Juana, en una admirable y conmovedora sacudida de fiera, se arrojó á él, abrazándole, y decía ahogadamente:

—¡Por el amor de Dios, no te vayas así!

Me retiré con el pecho hinchado

de sollozos; parecióme, por un instante, que había llegado el momento de reconciliación solemne. Pero Bonet dijo frases que no pude oír, apartando con suavidad á la desdichada. Después supe que habían sido aquellas frases:

—¿Para qué esto?

Se alejó sin volver el rostro; fué la primera vez que resurgía de la escena espantosa de la casita de la plaza de Mamely, otra escena no menos cruel. ¿Sería aquello un lazo de continuidad, como si no hubiese transcurrido el tiempo? Creo ver á Juana aún con una mano en la pared, para sostenerse y la otra caída á lo largo del cuerpo, como si el brazo fuera de plomo; creo verla con los ojos clavados en el sitio por donde el hombre acababa de salir, de pie, inmóvil como una sombra fatal, con sus hábitos de luto, caído el pelo, en magníficos bandos, como río de oro, despeñándose por la espalda, medio desnudo

el seno, de blancura diáfana, baja, fija la vista, como si contemplase no sé qué despojos de muerte, arrojados á sus pies por el destino.

¡Ni una palabra, ni una queja! Tiene un corazón inmenso. Se puso á sus quehaceres sin pensar en el descanso; y yo me guardé bien de hablarle ni llamar su atención por ningún estilo, respetando, con triste recogimiento, aquel dolor augusto.

La vi ponerse una falda nueva, echarse un mantón y coger el almuerzo de Bonet, para llevárselo ella misma. Había en su rostro, muy pálido, una dulce serenidad. Estaba soberbia en su mismo desaliño, de mujer que no tiene que endomingarse para nadie; no, no es abandono de su persona, sino abandono de coquetería femenil. He observado, y Juana es un ejemplo, que una mujer hermosa, es verdaderamente temible con esa naturalidad, arma de más filo y más temible que

todas las seducciones y todas las coquetearías.

—¿Vas tú? le pregunté con sorpresa.

—Yo voy. ¿Quién mejor?

—Pero, ¿sabes si le agradará?

A lo que contestó prontamente con una sumisión y dulzura admirables.

—¿Y si le desagrada si no lo hago?

Revela esto las vacilaciones de su espíritu en cuanto á lo que de Bonet podía esperar; pero firme siempre para lo que se le figura que es una obligación, allá traspuso.

Te escribo mientras vuelve; también busco trabajo, mi trapillo va escurriendo de un modo alarmante; los ahorros de Juana concluyeron aunque eran de importancia; la larga enfermedad, los viajes y los gastos extraordinarios, sin que éntre un céntimo por parte alguna, creo yo que es suficiente para agotar una mina.

Corza sin par, Corza excelsa, te voy á decir que quisiera hallar algún modo honrado de ganarme la vida, sin volver á ponerme delante de un telar. Hay dos cosas que me hacen repugnante este oficio; una, el recuerdo de Naro; me trastorna la idea de estar en mi telar pensando en él constantemente; creo que concluiría por arrojarme sobre las ruedas de la máquina, para que también me despedazase. Estos pensamientos desgarradores los tendrías tú igualmente, Corcita mía, pero yo estoy segura no serán tan extenuados: sé que vas á echarme un roción de los tuyos; lo recibiré con paciencia; me consuela el pensamiento de que Bonet y Juana piensan como yo: ahora tengo que pedirte que me perdones otra vez, por la segunda causa, de que renuncia á seguir en ese oficio; te lo expongo bajando la cabeza con humildad; aquí está mi cuello, para que descargues tu cuchilla, pero, con la

esperanza, Corza buena, de que tendrás compasión y me dejarás vivir, viendo mi cuello al descargar el golpe. Porque verás, Corza,—¿cómo decírtelo sin que me cueste algún rubor?—en seis meses transcurridos desde que no nos vemos he cambiado un poco; soy una real mujer (perdona la modestia), mis carnes acabaron de llenarse, y no sé cómo, pero mi piel se ha puesto más blanca, más tersa y el cuello, este cuello sobre el que vas á descargar tu cuchilla parece propiamente una preciosidad artística, labrada con mucho cuidado de una materia singular, así, como entre marfil y nieve, por un escultor de mucho genio. Cuando me desnudo para mudar de ropas y para atender al aseo de mi cuerpo, me entran ganas de echar un terno de los tuyos, de los más contundentes y sonoros, preguntándome quién diablos pudo amontonar en mí todos estos incentivos, que estarían perfectamente en una mujer que los

necesitase para algo. Te lo digo ahora que estamos lejos, porque serías capaz, si estuvieras aquí, de querer ver por tus ojos descarados y con tus formas expeditivas, los cambios que los meses de ausencia, hubieron de efectuar en mi persona humildísima.

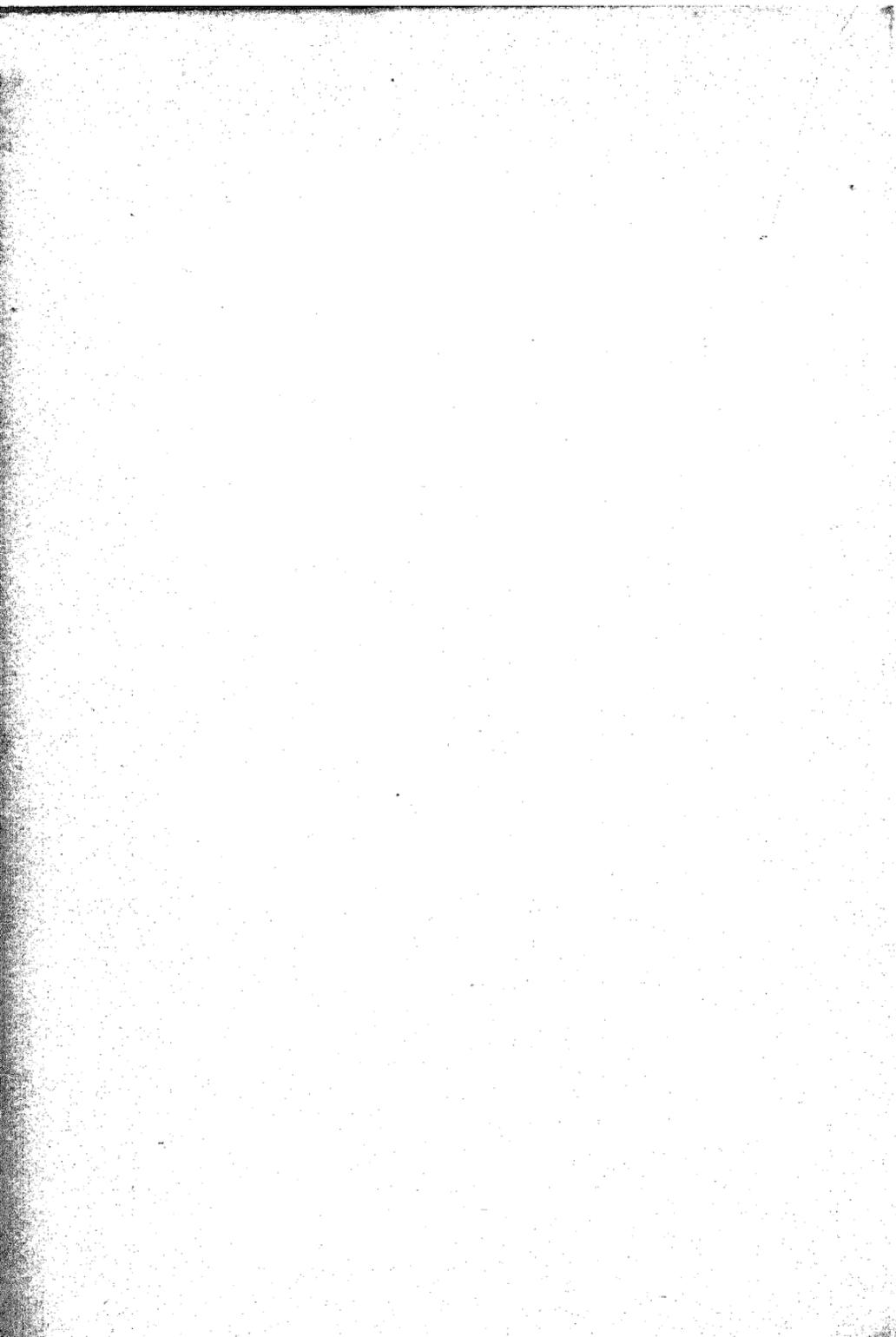
Bueno, consolada con que suspenderás el golpe, apiadada *de tanta juventud y tanta belleza*, me atrevo á decirte la segunda razón de no querer ir más á los telares. ¿Qué hago yo entre tanta hembra cerril con las que no contraeré afecto de ningún modo, ni de las que podré ser, por mil causas que á tu penetración no han de escapar, cariñosa compañera, no por mala índole mía, sino por diferencias de una índole moral solamente?

Me guardo mucho, Corza, de afirmar que no hay mujeres buenas en las fábricas, pero entre unos cuantos centenares ¿podré escoger yo la que sea digna de mi amistad y mi trato?

Tú pensarás que donde tú trabajas toda la vida sin deshonrarte, donde ha trabajado Juana, que es la honra del mundo, donde yo misma trabajé, bien puedo seguir trabajando. Será mucha verdad si me hablas así, pero yo insisto. ¡Qué quieres! Tengo distintas aspiraciones, no me gustan los telares. Tantas vigiliass pasadas, tanto estudio hecho, tanto dinero invertido en gentes sabias para poner en mi cerebro las cosas bien puestas y meter otras muy precisas, variaron un poco mis horizontes. Pues bien, hay muchas señoras solas, ancianas sin familia de suficiente posición para tener una joven que la acompañe, que la lea, que la cuide, que haga su vida menos sedentaria y estéril. Si fuera posible encontrar esto se habrían realizado mis únicas aspiraciones en el mundo, después de la aspiración magna de que mi fantasma adquiriera forma real, de que mi sombra convirtiérase en un mozo

de carne y hueso como yo presumo;
¡ay Dios, qué debería ser hoy si no ha
muerto, el hijo de Don Gabriel de
Alcudia!

Dejo de escribir. Juana llega.





CAPÍTULO XI

La señora de Lantigna.

Desde que Bonet está trabajando,—cerca ya de un mes,—todo ha seguido lo mismo. Juana no lleva la comida. Cuando la vió Bonet, el día que empezó á trabajar en la fábrica, no se mostró airado ni satisfecho; muy natural díjole:

—No vengas más aquí, no nos conviene.

Juana no sabe todavía, qué estaba sintiendo, qué estaba pensando Bonet cuando se lo dijo. Hablan muy poco, aunque Juana, con una valentía admirable, busca todas las ocasiones; pero choca siempre contra el muro frío de la reserva de Bonet. Juana es una hermosa águila real

con las alas rotas, que pugna por remontar ese muro, pero no alcanzando á remontarlo se estrella la cabeza contra la fría pared á cada nuevo intento.

Esta labor heroica de Juana produce admiración y piedad, seméjase á esos soldados valerosos que se lanzan con la cabeza baja, á tomar un reducto con la convicción fría de que han de quedar muertos al pie. ¡Oh Juana! de niña me ilustró con su ejemplo; de mujer, está admirándome con ese mismo ejemplo, de una enseñanza portentosa. ¡Cuántas veces en mis noches solitarias he demandado piedad para el gran infortunio de esta mujer! Cree un deber sagrado reconquistar el corazón de su marido, y su labor es franca, honrada, pelea de frente, sin un ardíd, sin una coquetería, sin esas astucias femeniles, que son en la mujer las armas de más fino y mejor templado acero. Aunque jamás nos hemos hallado en ese caso,

tú y yo sabemos, Corcita, cómo se atrae á un hombre; pero antes de acudir á ciertos recursos, dejaría Juana asar vivo su cuerpo, si ella misma no se moría antes de vergüenza. ¿Entiendes? Bien.

Todo va regulándose. Bonet está fuerte y rebosa salud, aunque su carácter austero se acentuó mucho en el mismo sentido. Va á trabajar, vuelve siempre á sus horas, trae los sábados buen esportillo de pesetas, porque le pagan mejor que en Málaga aún, y eso prueba los puntos que calza el sujeto en lo que toca á dominar su oficio. Yo me pongo á mi labor y cuando me canso, estudio en algún librote. La Montero va y viene hasta concluir sus faenas, cuando hemos cenado; después se sienta silenciosa, junto á nosotros; no sé cómo lo hace; acerca su silla, naturalmente, como para caer en cualquier sitio y al sentarse, queda la silla junto á la de Bonet. Bonet está ya leyendo un periódico.

dico ó un libro; no nos pide los libros, los busca, los lleva en el bolsillo siempre. No sé Juana lo que pensará, cuando alza los ojos con timidez para fijarlos en el hombre, segura de que Bonet, absorto en la lectura, no ha de observarla. No sé lo que pensará ella, al ver aquel rostro cubierto siempre de una sombra triste, severo, de facciones acentuadas y rasgos que dan al conjunto una dureza reveladora de dolores sin nombre y quién sabe también, si de odios mortales, recónditos en germen todavía. Porque yo te digo, Corcita, que Bonet no es hombre que pierda la memoria; su misma naturaleza reconcentrada, le hace mantener perenne, con más intensidad, un recuerdo, cuando es de dolor. No hay duda y puedes acusarme de precocidad; Juana ha de vencer, porque no hay manera de resistir una seducción como la suya, tan sutil, tan insignificante al parecer, como potente; pero sólo una vo-

luntad como la de Juana, sólo una hermosura tan dulce y avasalladora al mismo tiempo, sólo una discreción tan perfecta y un espíritu intuitivo, penetrante y natural, pueden conseguir la victoria, después de muchos combates, más ó menos felices.

Ella ha de vencer, aunque lo duda; ella no conoce sus armas, que por eso mismo, son más eficaces; vencerá te digo, si no viene alguna complicación, porque aquí como en las batallas de verdad, se ve venir la victoria, pero hay que contar siempre con las complicaciones.

El otro día, al atardecer, á esa hora en que los pájaros pían más alegres, á esa hora en que las penas se nos figuran más punzantes y las alegrías más vivas, vino hasta mí de pronto, muy pálida, se sentó á mis pies en el suelo, apoyó la cabeza en mis rodillas y lloró silenciosamente. Me estremecí de amor y compasión, viendo aquella figura doblada, pos-

trada por la duda de su mismo valer, para conseguir la victoria. Se abrió mi alma á un profundo sentimiento de admiración, al observar esa humilde incertidumbre en una mujer de tan soberana hermosura, de cuerpo y alma divinos. Oí estas palabras, dichas en medio de su llanto con una turbación alarmante.

—¿Será que Bonet desconfía? ¿Será que no está seguro aún de mi lealtad y mi inocencia?

Me miraba temblorosa, con sus ojos abrasados de lágrimas, ansiando, mendigando una frase alentadora y amiga.

Sentí ansias de acariciarla, como á un dulce niño: besé sus ojos que no marchitan los pesares. Se lo dije, acariciando su frente, atrayendo su cabeza, jugando con las guedejas de su nuca, admirando su torso maravilloso de piedra marfilada. Se lo dije.

—No soy autoridad para hacer en

este caso afirmaciones rotundas; pero aunque corta mi vida tuvo azares y alguna lección tomé: en último extremo, la experiencia que pude adquirir en tu misma historia cuyas páginas van pasando ante mis ojos atónitos, es suficiente para que pongas atención en mis frases: No desconfíes; Bonet podrá dudar de tu cariño, pero no duda de tu fidelidad. En un momento de ofuscación por la vil estratagema de la divina Ángeles, cuyo nombre nos estremece de horror, Bonet pudo ofenderte con la suposición odiosa; al comprender de qué modo se lanzó contra ti la calumnia; cuando apreció fríamente el anónimo recibido de la infame; cuando se dió cuenta de los trabajos viles de aquel monstruo en la fábrica, para lanzar todos los odios contra ti, y últimamente, cuando Pepa Garrido que es una mula gallega como Corza dice, pero que tiene un corazón como un templo, antes de venirnos á Bar-

celona, estando ya Bonet fuera de peligro, se metió de pronto en casa como un huracán, pidiéndote perdón á ti, por haberte calumniado, y á Bonet por haberle engañado; cuando todo esto ocurrió, Bonet tuvo que darse por satisfecho; créelo tú, Juana, yo no me engaño; á Bonet se le quitó un peso muy grande del corazón, en ese sentido ¡ojalá todo fuera así, Juana! Viviríais felices... Aquel dolor de Pepa Garrido, aquella desesperación, aquel paso de ir á tu casa, de humillarse sumisa, fueron tan grandes, tan sinceros, que llenaron su alma y la mía y llenaron la de Bonet. Bonet lo que tiene es una rémora que se lo come, el recuerdo de Narito; y tiene otra, no sé si mayor aún; el recuerdo de tus palabras: el *no te quiero*, es un cuchillo que lleva clavado siempre. Yo te aseguro que no hay más, pero es bastante.

Me miró Juana de ese modo que ella mira sin querer, que parece que

el paraíso asoma á sus ojos, y me dijo sencillamente:

—Estoy arrepentida.

—Pues bien, repuse abrazándola; no es á mí á quien tienes que decirme eso, es á Bonet.

—No puedo, es horrible, ni aun me da ocasión.

—Búscala.

—Será inútil, no me creerá.

—Repíteselo, hasta que te crea.

—¿Y será bastante?

—Pruébaselo.

Quedó un rato silenciosa, apoyada aún en mis rodillas. No lloraba ya. Me besó suspirando, se levantó y dijo con mucha naturalidad.

—Gracias, vieja.

¿Qué te parece esto, Corcita? ¿Qué piensas del camino que llevan las cosas? Tengo una impresión menos pesimista. Conozco á Juana, y tú también la conoces. Defenderá el porvenir de su hogar como un perro de presa, aunque la comparación resulte

extravagante. Lo que es hoy, creo que han de venir muy negras, muy fatales las cosas, para que estos dos corazones no se unan en un gozo supremo de amor y olvido.

Dejemos, pues, que el fruto se madure; desgraciadamente le falta tiempo, mucho tiempo, para estar en sazón; pero hagamos votos, Corcita mía, para que un pedrisco no lo arranque antes de tiempo.

Te hablaré de otra cosa; ayer fué para mí de novedades. Estoy por decir que voy á realizar mi aspiración; sin conocimiento alguno, en el desierto de este medio millón de criaturas; sin relaciones, sin amistades, concluidos mis recursos, no queriendo vivir á expensas de Bonet mientras yo tenga salud y manos para ganarlo, ya que mi saber poco ó mucho, desgraciadamente, no me servía, resolví con gran pena, meterme en una fábrica, pensando con horror que un telar, con Juana, contigo, con Naro,

era bien llevadero. Pero sin Juana, sin ti, sin Naro, ¡Dios bendito...

En fin, no habiendo otro recurso, busqué una fábrica y busqué con tal ahinco, pidiendo trabajo en casi todas las de Barcelona que pude obtener un telar; el telar, Corcita de mis ojos, está esperándome aún, porque yo no he puesto los pies en la fábrica desde que lo conseguí. No creas que estoy loca, el mismo día de haber encontrado trabajo, resignada, dispuesta á lanzarme al infierno al día siguiente, recibí una cartita. No era de ningún caballero encantado en solicitud de mi hermosura para salir de su encantamiento, era de una señora, que por lo visto se había fijado en cierto anuncio que hice poner en los periódicos, ofreciéndome para lo que sabes. La cartita era rogando, en vista del anuncio, que me presentase en casa de dicha señora, á ver si nos conveníamos mutuamente. Latió mi corazón y le supliqué á Bonet

que me acompañase. Se prestó á ello gustoso. Me puse mis trapitos y cuando debería de estar engolfada sobre la tela, hallábame en marcha con Bonet, que perdió medio día de propio intento para complacerme. El paseo fué corto; salimos á la Rambla por el Arco del Teatro, donde sabes vivimos; á los cinco minutos dábamos en la calle del Hospital; la casa de la calle del Hospital, cuyo número indicaba la carta, es de gran apariencia, y la señora habita un principal muy lujoso.

Salió á recibirnos un criado viejo muy amable. Nos introdujo, sin hacernos esperar, hasta un gabinetito de mucha sencillez. Allí estaba la señora; dos detalles muy salientes observé en esta dama al pronto; es de bastante edad, pero su voz suena con un timbre muy delicado; se peina sus cabellos, abundantes, blancos enteramente, con cierta graciosa coquetería. Me impresioné mucho, viendo

su rostro arrugado y lleno de bondad, y su mirada noble, de un reposo que parecía confirmar todo lo bueno que en su cara leí.

—Ven, siéntate á mi lado—díjome. Habló con encantadora naturalidad; nos contó que era viuda desde hacía muchos años; que era de Andalucía y malagueña como nosotros, que era Barcelona su residencia, porque estaban allí las fincas principales que componían su fortuna; que tenía dos hijas, viuda una, casada otra, las dos ausentes,—y un dolor profundo pareció estremecerla, al recuerdo de sus dos hijas.—La hija menor, la viuda, tenía ya un hijo de veintiún años... La otra...

No siguió hablando de la otra. Después de un hondo suspiro, habló otra vez melancólicamente:

—Me casé muy niña y tengo ya setenta años... Ya ves... Nietos hombres... Vivo sola con el viejo criado que has visto, su mujer, y una mu-

chacha para el servicio más rudo. No visito á nadie, ni me visitan tampoco; mi hogar y mi persona han perdido ya todas las seducciones.

Otro suspiro cerró estas últimas frases; yo estreché sus manos con gran simpatía.

—Piénsalo bien—añadió suavemente:—¿Querrás hundirte en esta soledad? No te daré quebrantos, pero tendrás uno muy triste, sólo con el aburrimiento: Tengo esas fincas, que administro á mi modo; si te conviene, llevarás mis cuentas, escribirás mis cartas, me leerás algún rato, me acompañarás á alguna iglesia, dormirás en una habitación inmediata á la mía, comerás conmigo, y te daré doce duros mensuales. Dime si te convendría.

Le contesté que sí, muy conmovida.

—Pues bien, me dirás entonces en qué casas estuviste colocada, por qué las dejaste y qué informes tienes.

Corza; sentí una emoción tan grande, que no supe qué decir; Bonet acudió en mi ayuda prontamente, con una discreción y brevedad que le agradecí en el alma. Dijo en su tono serio y reposado la verdad pura y neta: la orfandad de mis primeros años, mi soledad en el mundo con la muerte de mi abuela; contó mi entrada en la fábrica, mi afición al estudio, mi educación elemental, su ampliación, por maestros muy doctos después, y lo que tú ya sabes, *Corcita*, de haber yo costeado mis estudios con el ahorro de mis jornales de la fábrica. Se habló, en fin, de mi aspiración justa de vivir en otro ambiente. No había, pues, servido en ninguna parte; éramos forasteros en Barcelona y no podíamos dar referencia, por lo tanto. Cuando acabó Bonet, la dama sólo hizo este comentario.

—¡Interesante!

Pareció titubear; luego, haciendo

demostración de querer acercarse á mí, añadió pausadamente.

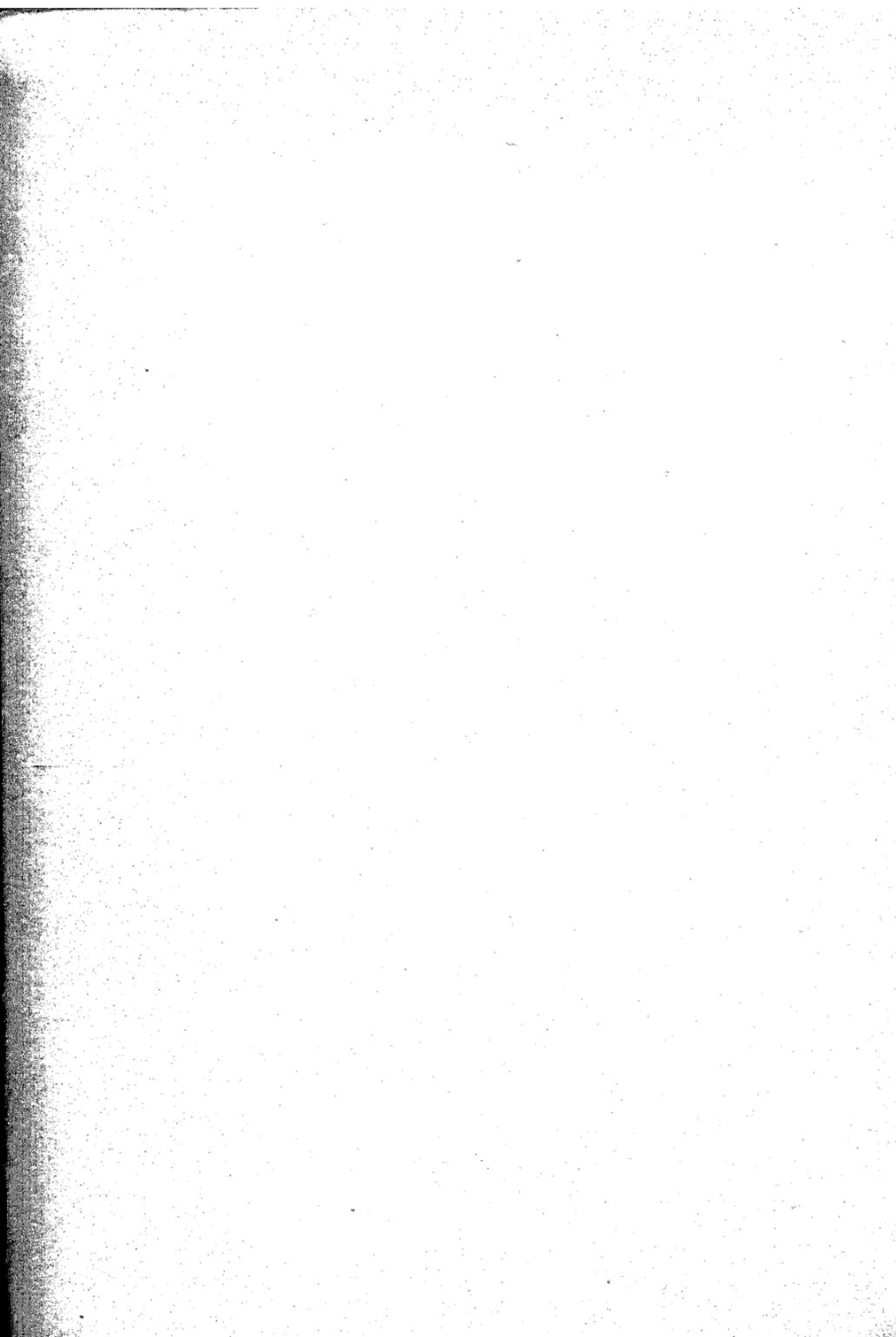
—Ven, acércate aún; mis ojos, aunque parece otra cosa no ven ya mucho; están cansados... cansados de llorar, hija mía.

Me acerqué un poco, y sin saber por qué, con unos deseos de llorar grandísimos. Cogió mi cabeza entre sus manos blancas y delgadas, y me aproximó á un balcón. La luz plena dió en mi rostro. No sé qué efecto le haría, pero quedó suspensa, mirándome. Mis lágrimas salieron entonces; no pude remediarlo.

—¿Por qué lloras?—preguntó con ternura. Te ofende que busqué los informes que no puedes darme, en tus ojos y en tu cara. ¡Qué hermosa eres: Dios te bendiga!

¿Querrás creerlo? Su voz sonaba á lágrimas; yo, cuando me ví sorprendida en mi pensamiento, me retiré confusa, á lo más obscuro. No hablé más, la conversación la sostuvo Bo-

net. Nos retiramos, después de haber dicho la señora que esperase sus noticias, de un instante á otro; y aquí me tienes, *Corza*, sin haber sabido más de ella, avergonzada y triste por el fracaso, convencida de que mis pretensiones son exageradas y dispuesta á seguir mientras viva, enredando hilos y maltejiendo telones burdos, por no tener ¡ay de mí! otro pan ni otra vida.





CAPITULO XII

¡El tumor negro!

No sé qué se ha hecho, *Corza*, de aquel ambiente de que te hablé, que parecía rodearme é infundirme alien-tos nuevos y deliciosos. Estoy más seria que una estatua y de un humor que no hay quien me resista. O tengo trabajo inmediatamente, ó tendré que empeñar ó vender mis cosillas, y tú sabes lo que esto quiere decir para una pobre muchacha de mi índole. Cada cosa que lleve al empeño ó tenga que vender, será para mí un martirio, más que por el dinero que valga, por el amor que le tengo y el dolor que me costará desprenderme de ella. Sé que es una injuria que hago

á estos nobles amigos, pero no sé avenirme, quizás por no tener costumbre, á la idea de depender materialmente de ellos, como si no fuera ya bastante, tener su amparo moral en la espantosa soledad de mi vida. En espera del aviso de la señora, no fuí al telar con tanto afán buscado; pasan días y semanas, la señora no da cuenta de sí, y cuando he querido ir á mi telar, encuentro que lo tiene otra. Busco trabajo de nuevo inútilmente, aunque me acusa la conciencia, por creer que, si no lo encontré ya, no ha sido porque no le hay, sino que yo, por la repugnancia que me inspira, no pongo empeño en encontrarlo.

Me acuerdo siempre de la señora de la calle del Hospital; me preguntó con desolación, ¿qué vería en mi cara, qué vería en mis ojos, para no aceptarme; puesto que en mis ojos y en mi cara quiso encontrar los informes? ¡Si hubiera podido ver en mi

corazón! ¡Si hubiera podido sospechar la simpatía que me inspiró desde el primer momento y los propósitos calladitos que me hice de consagrarme á ella y endulzar su vida! ¡Pero no hay que pensar... No tuve informes!

Cuando me oye Bonet hablar del asunto, se encoge de hombros, diciéndome sencillamente:

—Paca, tú no lo verás ni yo, pero algún día se *acabarán los informes*, porque no habrá amos ni habrá criados.

Me quedé mirándole; parecía imposible que un hombre de juicio pudiera sostener tan tremendo absurdo. Otro día, volvió á hablar de ello. Y le pregunté:

—Pero ¿cómo se harán las cosas los ricos?

—No habrá ricos.

—Entonces, ¿nada más que pobres?

—Ni pobres.

Corza, era para reirse. Mi curio-

sidad, sin embargo, se exaltó con sus contestaciones.

—Pero Bonet, —insistí.—¿Y tanto dinero como hay en el mundo y tantas tierras?

—No habrá dinero.

—¿Ni tierras?

—Serán de todos.

Me ponen muy pensativa estas cosas; pero no me atrevo á seguir preguntando. Bonet tampoco se presta mucho. Parece imposible que sea aquél, que con tanta oportunidad y mesura habló por mí delante de la señora de la calle del Hospital. Fuera de un caso extraordinario, como el de aquella ocasión, Bonet no es abordable; habla muy afectuoso, pero sólo cuando le hablan, lo que intimida un tanto, á mí por lo menos. Pero hay una persona que podía ampliar lo que Bonet en dos ó tres ocasiones y en distintas formas habíame dicho; esta persona es el señor Marcelo, el viejo sensato, cuya mansedumbre y

resignación conmueven. Está más abatido; la escena de la plaza de Mamey le agravó su mal; no sé cómo vive; la cabeza parece girar sobre un tronco inerte; creyérase que toda la vida se le acumula en la mirada. Su rostro de una palidez de muerto, impone; á pesar de esa palidez hay en el rostro una gran expresión y se la dan sin duda los ojos, grandes, profundos. Son los ojos de Juana, con su reposo, con una inteligencia que atraen; y este atractivo aumenta con sus cabellos, blancos, largos, brillantes, como la misma plata. Es un viejo pulcro, amable, sabio... para mí, que sé muy poco.

Me gusta hablar con él; esto es de siempre, tú lo sabes; se despertó en mí esta afición, cuando empecé á leer; cuando me daba él las lecciones, hablaba de cosas tan interesantes, para amenizar mis malos ratos, que seducía mi espíritu y me alentaba al estudio. Después, comprendí la causa

de su amenidad; es lo mucho que sabe. Este viejecito tan sufrido, tan dulce, con la cabeza baja, como si no pudiera con sus años ó con su edad, —siendo con sus pensamientos con lo que no puede,—me dijo, cuando le hablé del breve diálogo que con Bonet sostuve en dos ocasiones, que lo que había dejado entrever Bonet en sus palabras era, en efecto, la feliz utopía con que sueñan en este mundo de positivismo, bastantes millones de hombres; sueño que se ha exaltado en España, desde hace algún tiempo, con propagandas ardientes, de espíritus generosos que persiguen una locura.

—Pero yo, señor Marcelo, dije, con mucho terror, encuentro hermosa la tarea de convencernos de que no haya amos ni criados, ni ricos ni pobres, ni grandes ni pequeños; así no habrá robos, ni asesinatos, ni luchas horrendas por enriquecerse, ni crímenes en la sombra, por escalar pues-

tos, ni habrá tráfugas, ni políticos, ni habrá hambre, ni habrá, en fin, nada que no sea paz y amor; porque no habiendo nada de lo anteriormente dicho, será sencillamente porque todos seamos iguales.

—Pues bien, hija mía, todo eso... Y ya ves si eso es utopía;—y movía la cabeza tristemente.

—¿Tan malo es todo eso?—le pregunté absorta.

—No es malo, porque sería el ideal de todos los corazones grandes; ya ves cómo lo encuentras en principio, atrayente, y sugestionador; ya ves como tu pensamiento, tu corazoncito de niña, se dilatan. ¡Oh! ¡pero tiene un mal!

—¿Un mal, señor Marcelo?

—Que si hay en el mundo,—es una suposición—veinte millones de almas altruistas que ambicionen el bien general, los restantes son espíritus exclusivos, que viven para sí, que oponen el *veto* con todas sus energías; ya

ves, de este modo, si se llama con razón utopía, ese citado sueño de unos cuantos, ante el cual sonríen con desdén los que nos sueñan.

—¿Y qué nombre se le da á ese sueño, abuelito? Dígamelo por favor —exclamé conmovida.

—Socialismo.

Lo dijo pausadamente, de un modo que me impresionó mucho. Luego añadió con lentitud reflexiva:

—Esa palabra es para el pobre Bonet y para muchos que viven en el país de las quimeras, como un faro inmenso de luz blanca, que domina el mundo; á esa luz misteriosa, deben converger, necesariamente, las miradas de toda la humanidad, pero ¡ay! sólo convergen las de los desheredados, los trabajadores, los hambrientos, que miran á la altura, para bañar sus almas y su cerebro en la luz radiosa del bien, mientras los otros, los que componen el mundo de los egoístas, los del *yo* espantoso, —como

los sabios doctores los llaman mientras esos miran, á sus pies, y van con paso firme á su fin exclusivo, seguros de no tropezar, y llegan... y triunfan.

Había hablado con triste lentitud que me impuso.

—Entérate, hija mía,—añadió con desaliento; son esas lecturas á que es Bonet tan aficionado.

—¿Para qué, abuelito?—contesté, con frío en el corazón; ¡me lo ha dicho usted todo, tan tristemente y con tan pocas palabras!

Estamos bien; no tengo bastante con mi dolor por Pepito Alcudia, pensando siempre en lo que habrá sido de él; no es bastante el espectáculo del drama íntimo de este matrimonio; ni mis zozobras por la falta de trabajo, ni mis tristezas por el mal éxito de nuestra visita á la señora de Lantigna, sin contar la visión horrenda de la divina Ángeles, que turba á lo mejor mis noches con el brillo de acervo de sus ojos condena-

dos; no es bastante; hay que añadir la incertidumbre de lo que me dijo Bonet de *amos y criados y pobres y ricos* y lo que me dijo después el abuelo explicándome lo que yo por tan extraño y nebuloso tenía.

No quisiera, pero soy cavilosa. Entre tantas ideas como van y vienen en mi pobre cabeza, se fija una muchas veces y para desecharla por lo insistente y machacona, he ido al viejo, cuando nadie nos podía oír y le he dicho muy bajo:

—Pero abuelito, si los desheredados, los parias, los hambrientos, los que gimen bajo todos los yugos, son en número mayor—porque la riqueza y con la riqueza todo el bienestar de la vida están repartidos entre muy pocos y las mayorías son las que mandan siempre,—creo yo que no hay más que empezar y andando.

—Pero tú no sabes,—contestó el abuelito—riendo melancólico, que los ricos no son hombres solamente; son

ricos además de hombres; tú no sabes que, poniendo á un rico y á un pobre en la balanza, el rico *pesa* como mil, como cien mil, como un millón de pobres. Haz ese cálculo, aunque sea aproximadamente, y comprenderás la razón de que no hayan entrado los elegidos en la tierra prometida, aunque vienen luchando para ello desde los primeros albores de la civilización del mundo.

—¿Y qué esperan, abuelito?

—No lo sé. Por eso, son utopistas; por eso son ilusos; hay unos que tienen fe en la evolución de las costumbres y los tiempos, pero en esta época febril, en que la pólvora se convirtió en dinamita, y las *imbéciles* muchedumbres, en cerebros pensantes; en que las pasiones son más violentas y la vida más corta, hay, entre esos utopistas, quienes no se satisfacen con la evolución de las ideas y el tiempo, para llegar al fin; esos quieren la violencia, esos quieren

derrocar lo que existe, esos matan. Esos son los que constituyen *el tumor negro*, ese azote de Dios, castigo de las poderosas ciudades modernas.

—Pero eso es inconcebible, abuelo; —le dije horrorizada.—¿Cómo puede ser tan espantosa contradicción? ¿Cómo puede nadie pensar que la implantación de un ideal santo, hermosísimo, de purezas y fraternidades, se consiga con hecatombes sangrientas?

Lo que habló el abuelo yo no lo oí, tan impresionada estaba de aquellas breves frases que habíamos cruzado. No lo oí porque mi cabeza parecía querer estallar. Tan extraños sentimientos la combatieron. Todo el día estuve en lo mismo.

A Juana no le hablé de las ideas tristes que germinaban en mí. Las palabras de Bonet primero y las del abuelo más tarde, habían determinado en mi ser otra inquietud mortal sin que pudiera precisarla; es como

un germen yo no sé de qué, que hace de mi cabeza un caos. Ya te lo dije, y tú lo sabes; soy cavilosa y en esta ocasión las cavilaciones son tremendas; porque puedo decir con seguridad de dónde nacen, pero no á dónde me conducen. Sólo he de decirte que estas cavilaciones me han hecho olvidar las tristezas de Juana, mi pesadumbre por el silencio de la señora de Lantigna, todo lo que pueda inquietarme ó alegrarme, ¡oh milagro! y hasta me olvido á veces de Pepito Alcudia, de mi sombra adoradísima. Ya ves cómo me han puesto algunas palabras pronunciadas al acaso por Bonet y algunas otras dichas por el señor Marcelo. Estoy así dos días; anoche no pegué los ojos; te explicarás lo que te dije al principio de mi humor endiablado.

Observo á Juana ansiosa, sin que me sea posible analizar mis sensaciones; puedo decir, no obstante, que son de angustia, de una angustia pa-

vorosa, que tendrían alivio efficacísimo, si viese á Juana y Bonet reconciliados. No quiero encontrar á Bonet silencioso y taciturno siempre; lo quisiera ver amante y feliz. ¿Qué será esto? Me parece, sin saber la causa, que no sólo del triunfo de Juana depende la felicidad y el porvenir de los dos, sino de un *rápido* triunfo. ¡Quién sabe si no hay algún genio malo en acecho de la ocasión, para clavar su garra! ¡No sé lo que me digo!

Es muy tarde. *Corcita*; para concluir de escribirte me faltaba papel, salí para tomar un plieguecillo de la caja que Bonet tenía esta noche en la mesa del comedor. Creía que estaban ya acostados, pero no era así. Encontré á Bonet leyendo á la viva luz de la lámpara...; y he visto una cosa que hace latir mi corazón. Al pronto no me fijé en la Montero: la supuse en su alcoba... Pero al acer-

carme á la mesa, la vi en una silla baja deshecho el peinado, doblada la cintura en un arco incomparable, durmiendo, con la cabeza sobre una rodilla del hombre. El corsé estaba sobre el velador junto á los libros. Dormía de verdad, lo juro. La conozco, sé que no es capaz de fingir aquel sueño, para estar con Bonet en una actitud íntima de abandono. Juro que dormía y que dormía por vez primera, sin insomnios después de mucho tiempo, no obstante la violencia de su postura; que dormía de satisfacción, porque el marido no la había rechazado; ¡oh! el corsé en aquel sitio era elocuentísima prueba de que la mujer con sus temibles armas naturales, va tomando posesión de todos los puntos estratégicos, y revuélvese, arrollando al enemigo, en todas direcciones. Allí estaba el corsé frente á los libros. Allí estaba el amor con su cabeza bellísima apoyada sobre Bonet como combatiente denodado

que duerme sin miedo sobre el fuerte muro que ha de reducir.

Tuve un consuelo inmenso; mis ideas lúgubres aclaráronse; cobré valor y me acosté tranquila. ¡Oh Bonet, amigo mío! Si Juana te coge en su formidable y sutil cadena ¡qué difícil te será volverla á romper, y qué á gusto y qué lindamente pasarás tu vida en esos brazos de diosa, y bajo esa voluntad dulcísima de acero!



CAPITULO XIII

El triunfo por el dolor.

Corza, Corza, todo lo que me dices es muy verdad; lo que sale de tu hociquito gruñón es siempre juicioso y hay que tenerlo en cuenta. Es cierto que la señora de Lantigna fué algo exigente en lo de mis informes y es más cierto aún, que yo no he tomado ninguno de ella. ¡Qué quieres! A los pobres, ni se nos permite escoger amos, son los ricos los que han de escoger siempre. Yo estaba alegre aún así; lo que la experiencia y la edad de esa señora no pudieron ver en mi cara y mis ojos, este engendrillo mísero é inexperto, lo halló en aquella cara, cada una de cuyas arrugas es un rasgo precioso de bon-

dad y amor; y como ví en su mirada serena, un alma bien templada, el alma de los buenos que han sufrido mucho.

¡Y haber perdido eso, Corza! Por más que digas no me consolaré nunca.

Corza, dile al gran Gutiérrez que he recibido las botinas y me las he puesto inmediatamente. El viejo malísimo y bigotudo me tiene *pervertida por los pies*; me enseñó desde niña al calzado bueno y si ahora tuviera que ponerme el que en realidad me corresponde, sería para mí muy triste, pero en esto del calzado, mientras el gran Gutiérrez me viva estoy descansada. Te aseguro, Corza, que no me atrevo muchas veces, en días malos, á alzarme el vestido un poquitín; tengo miedo de que algún Tenorio de estos ladrones se sorprenda al ver cómo las gasto en lo tocante á los pies y me suelte un exabrupto, creyendo con razón que una mujer

modesta no puede haber adquirido por vías legales estos zapatos de princesita real. Pero no es posible que, después de tantos años dé yo á mi gran hombre el tremendo disgusto de quitarle el título de proveedor de la reina, como él dice. ¡Viejo mío! Le escribiré expresamente una larga carta, hablándole de su último obsequio. Si lo pongo aquí para que se lo digas, no le satisfará; él necesita una carta larga, muy larga, para leerla muchas veces y llevarla en el bolsillo y leerse la á la vecindad.—«La reina me ha escrito;—te dirá tembloroso, en cuanto la reciba, atusándose el bigotazo fantasmón, mientras se pierde en él una lágrima. ¡La reina me ha escrito!»—

Pero en verdad te juro, Corza, que las botinas del hombre de la república, son un lindo regalo. Del mal lo menos; si vienen torcidas las cosas, no andaré descalza. ¡Pobre viejo, cómo me ha enternecido lo que me

escribe! ¡Si algún día pudiese yo corresponder á su amor de padre, con algo más práctico aún, que mi cariño! Hay ocasiones en que sueño con la idea de traerle á mi lado ó irme yo al suyo, y vivir los dos juntitos como padre é hija; y cuando él no pudiera trabajar, dedicarle yo mis cuidados y mi existencia. Pero salir de aquí, desertar de mi puesto, abandonar á Juana, en estos instantes críticos, los más solemnes de su vida desde que se casó, sería duro para ella. ¡Además, la ocasión es á propósito, ahora que dependo de ellos exclusivamente! Me asusta pensar lo que sería de mí ahora, sin trabajo, sin pan, expuesta á ser empujada y arrastrada en este torbellino de vida, donde el espíritu desolado, cree caminar por un desierto... ¡Ay, Corza, y las tentaciones abundan!... ¡Pero no quiero meterte en un cuidado más, hablándote de esos porquerías de hombres!

En fin, Bonet y Juana viven, me amparan, me vives tú, Corcita, me vive el hombre de la república y todo esto inspira deseos de vivir también; y mucho más, cuando empieza á figurárseme que estos mozos se avivan y aprietan un poquito el paso, para acortar el sendero que los lleve á la dicha. En él no se conoce nada la variación, exteriormente al menos; pero Juana no llora, Juana va y viene con una animación que hacía mucho tiempo no le advertíamos; sus labios se colorean, en sus ojos hay un brillo que hace pensar en aquellos tiempos en que no conocía á Bonet. Bonet sale con menos frecuencia, concurre á esas reuniones de obreros, á esos *mitins* que tanto le preocupan, aficiones que tienen aquí ancho campo de cultivo; los músculos de su cara, parecen más sueltos y creyérase todo él, aunque apenas se le advierta, un nudo de cáñamo endurecido por soles

y lluvias fuertes, aflojado de pronto, por mano misteriosa, invisible. Me acuerdo suspirando de aquel corsé, como enemigo valiente preparándose á arrollar á sabios economistas, moralistas sociólogos, toda esa gente sabionda que alimenta el espíritu de Bonet con pasto intoxicador; y pensando entonces en las palabras que le oí al señor Marcelo, me acometen ansias de gritarles, para dominar unos secretos terrores.

— ¡Más aprisa! ¡Más aprisa!

¡Ah, pero hacen lo que pueden; trajo el río mucha agua, pasó el aluvión, pero quedan remansos que no es posible desecar tan pronto; las aguas de esos remansos, no todas son cristalinas; es muy difícil conseguir que Bonet reaccione tan rápidamente en la forma que anhelamos, para la propia felicidad; podrá desterrar ella al enemigo, quitará la cizaña que crece alrededor del árbol nuevo, no lo dudo, pero hay una malisi-

ma hierba; el recuerdo de la muerte espantosa de Narito; y si Juana consigue adormecerlo en el corazón sombríamente desgarrado del hombre, si lo endulza, si lo alivia hasta el punto de que Bonet pueda vivir nuevamente, pueda amar, pueda sonreír á una imagen grata, habrá merecido una corona. Púes bien, alégrate, ánimo. Respira, corazón jubiloso. Juana va á conseguirlo.

Aquí no se habla del ayer; todo es presente y me atrevo á pensar que es porvenir. El acuerdo tácito de no hablar de catástrofes y miserias que no tienen remedio y que produjo en nosotros durante la enfermedad y convalecencia de Bonet, aquel mutismo de que yo quejábame amargamente, y del que hoy me alegro, porque hablar entonces, hubiese sido del tema único,—de historias horren-
das que ya pasaron y que podrían con una sola frase dicha imprudentemente hacer estallar otra vez las

tormentas aun no extinguidas,—aquel acuerdo tácito, digo, dió frutos ópimos. Juana empezó su labor, acariciando el pensamiento de que la resurrección física de Bonet implicaría la de su espíritu, un espíritu nuevo que nada tuviera *que ver* con las calumnias de las mujeres y los hombres de la Aurora con las maldades y arrepentimientos de Pepa Garrido, con los celos, las dudas, las cóleras espantosas del Bonet de otros días, ni con la tragedia sin nombre de la muerte de Naro. Era otra vida la que se iba á vivir, otra vida aclarada dulcemente con un encanto nuevo, que valía tanto en un sentido, como todas las penalidades anteriores, en otro; con el encanto del amor de Juana. Esto es, Corza, lo que viene sugestionando poco á poco á Bonet. Bonet, receloso, hosco, quisiera defender contra ese yugo invisible, blando, dulce, que coge su corazón y lo aplana. Bonet, es indudable, se

resiste, pero va sometiéndose al seductor misterioso. ¿Me equivocaré, asegurando que Bonet estará convenciéndose con una amarga desolación, de que Juana, realmente no le amó antes, al comparar, el amor,—este verdadero amor de la Juana de ahora,—con aquel otro que Bonet tenía por amor? ¡Divina virgen, Juana amando! Bonet es hombre, Bonet no resiste el imán fascinador, omnipotente, sutilísimo, de esta delicia. Pero hay una cosa que me extraña y que he procurado que la misma Juana me explique. Si no amaba á Bonet, ¿por qué le ama ahora? ¿Es que tu corazón, le he preguntado preocupadísima, es esclavo tuyo? ¿Es que tu voluntad ordena y él obedece? ¿Cuándo, Juana mía, ha habido ejemplo de que el corazón no sea el único déspota, el tirano único? Tú no le amabas, es innegable; buenas pesadumbres te costó lanzar á los vientos tan horrible verdad. Tú le amas ahora, es inne-

gable también; otra verdad que no tiene duda. ¿Cómo puede haber ocurrido transformación tan rápida y tan profunda?

Y Juana, me contesta en una frase de piedad sublime.

—¡Ha sufrido tanto!

¡Salve Bonet! ¡Flores simbólicas embellezcan tu frente! ¡Las divinidades te exaltaron á su trono! ¡Eres mi elegido! ¡Triunfaste!

¡Has triunfado por el dolor!



CAPÍTULO XIV

El arbolito de la reconquista.

¿Te has enterado, Corza? Pasan los días y desde lo último que te escribí, todo sigue su curso lógico; todo va liso y corriente; quien no recobra la tranquilidad soy yo; no la recobraré mientras no encuentre trabajo en alguna parte. Hago lo que puedo por conseguirlo, pero no creas, tiene también sus inconvenientes el ir de casa en casa en solicitud de que nos den á ganar un pedazo de pan, aunque sea en Barcelona, donde el obrero es una institución respetadísima; tiene sus inconvenientes, cuando se trata de una mujer de diez y nueve años que viste con mucha pulcritud aunque sea

modestamente y que usa calzado de princesa real... y cuando después de todo lo que dije, el físico llama la atención bastante más de lo que ella misma quisiera.

No, Corza, no te rías, estoy triste, me preocupa mucho... ¿qué sería de mí, si este amparo de Bonet me faltara? Claro es que no moriré de hambre... ¿No viven los pajaritos del cielo? Viviría como los pajaritos, de la voluntad de Dios, son pensamientos que desmenuzo para prestarme bríos yo misma en mi tarea penosa de encontrar trabajo. Bordar no sé, coser... para mí solamente. Tengo que volver al telar de nuevo aunque me violenta. En realidad, no es el telar lo que temo, es la gente de los telares. No lo querrás creer, pero en los meses que estuve sin ir á los telares, creyérase que se ha abierto un abismo entre las fabricantas y yo. Quedamos, Corcita, en que tú no eres fabricantas para mí, tú eres mi bonita

Corza, mi alegría y mi amorcillo bueno.

Para que tú veas, y no sabes con qué afán al acostarme todas las noches, digo, cerrando los ojos: «—¡abuelita, anda por favor; ponte con los santos á ver si mañana encuentro un telar! Pero Frasquita Cielos no se ocupa del asunto allá en las alturas, y yo creo que tampoco quiere que vaya á los telares,—porque de otra manera, ¿no me lo hubiese conseguido ya?

Oculto delante de Juana esta tristeza; no quiero turbar de ningún modo la íntima satisfacción de que está poseída; su arbolito crece, crece; lo cuida con el esmero que puedes suponer; es su única preocupación; no sé si estará mal, pero se olvida de su hijo, pensando tal vez que nó son los brotes los que ahora hay que mirar, sino el tronco; me parece que no está mal. Hay en todo lo que hace Juana un sello tal de justicia y recti-

tud que admira y conmueve. No es exageración mía, tú lo sabes; no hay jamás un sentimiento egoísta en ella; estoy segura, lo juro, me daría de testarazos con la frente en la pared, si no fuera cierto. Su ambición legítima y ardiente de reconquistar al marido, no es por la felicidad de ella, sino por la del marido mismo. Si logra su objeto,—y esto no es ella quien lo piensa, que soy yo,—y alcanza su parte correspondiente de esa felicidad, será una recompensa muy merecida.

El abuelo, no habla, piensa, piensa siempre, pero sus ojos son reflejo de sus pensamientos. Observa mucho, ve á Bonet, ve á Juana y me parece que se anima, reflexionando quizás que pueda darse el caso de que vengán días más serenos. Alguna vez, sus ojos tan expresivos se nublan. ¡Quién sabe! Quizás piense como yo, en algunos momentos; quizás piense que el arbolito de la reconquista está

plantado en un terreno por donde suelen precipitarse aguas de aluvión; quizás á él, como á mí, le parezcan los minutos siglos viendo crecer, viéndose robustecerse el árbol. ¡Ah! si no echó fuertes raíces para cuando el primer aluvión se desborde, no hay duda, el pobre arbolito será arrancado por las aguas y arrastrado al mar.

Pero estas ideas pesimistas no son oportunas hoy. Bonet aparece más despejado y comunicativo; siente, sin poder desprenderse de él, el influjo amoroso y suave; se mezcla en nuestras conversaciones sin ser requerido á ello directamente; entabla polémicas con el abuelito, cuya voz vibra sonora y cuyos ojos se inflaman, no por el calor de la discusión.—¡Ah, viejecito malo, tú no me engañas á mí!—sino por el gozo que le produce la transformación, que va observando en Bonet. Juana entonces va y viene, ligera como tú, Corcita mía; se sienta, poniéndose á la costura, se

levanta para acercarse á los que discuten, sin sonreír, pero con el rostro radiante de vida, una vida íntima, misteriosa; se aproxima á mí luego, me abraza sin saber por qué, me habla de ti constantemente, advirtiéndome muy seria como si no pensara en otra cosa: «Dile á *Corcita* esto; no olvides decirle...» Y queda callada, de pronto, pensativa. El nombre de Naro, no se pronuncia. Tal vez por eso, pensamos más, todos, en la criaturita santa. Cuando se queda ella absorta en momentos de bienestar tranquilo, figúraseme que piensa en él, que le pide por Dios ayuda para reconstruir el hogar tranquilo sobre sus propias ruinas.

Bonet se ha ido dando cuenta de que hay un arbolito muy tierno al que es preciso cuidar mucho. Ha visto pensativamente que ese árbol del amor no lo ha puesto él solo, que Juana le prestó gran ayuda, es decir, lo que ha partido de Juana, lo que

Juana ha hecho, se figura que es obra de él; lo cierto es que cuidan los dos del árbol inconscientemente, y que se encuentran á menudo estos dos corazones á su pie, ó entre sus hojas nuevas diminutas, con una frecuencia que les seduce, y al abuelo y á mí nos emociona extraordinariamente.

El viejo no me habla del asunto, ni yo á él tampoco; pero nos entendemos como dignos camaradas, que sólo tienen que mirarse para caminar á una. Ayer le dije muy bajo:

—¿Qué le parece á usted, abuelito? Sólo contestó estas palabras.

—¿Será posible?

—Pero la expresión de sus ojos fué mucho más importante que su respuesta. Había en sus ojos, dudas, esperanzas, terrores...

Terrores, sí, pero ¿por qué? ¿Teme lo que yo temía antes? ¿Teme que el tronco no arraigue con fuerza? Le dije consoladoramente.

—Abuelo, hay que confiar también en Dios; pero movió la cabeza suspirando.

—¿Por qué desconfiar? Sin duda el abuelito, clavado siempre en su sillón ó en su cama, no hace ciertas observaciones que yo hago forzosamente, por discreta que quiera ser; no observó que Bonet y Juana sostienen ya algunas conversaciones tímidamente como dos niños que quisieran contraer amistad; no observó que Bonet no espera ya á que Juana se haya acostado para acostarse; no observó que se levantan juntos cuando Bonet lo hace para irse al trabajo y que Juana sin que él proteste le acompaña hasta la puerta; no observó como yo, que Bonet, creyendo no ser visto, aunque velan en la sombra mis ojos y mi corazón avizores, estando ella adormilada con la cabeza en sus rodillas, aparta lentamente los ojos de la lectura para fijarlos en aquel semblante que parece esculpido, al que la

paz del sueño préstale una idealidad excelsa, contéplala embelesado y acarician sus dedos temblorosos, la maraña de oro finísima de su pelo en desorden; no observó, en fin, que ella despiértase y sonrío tímidamente, valiéndole esta sonrisa, tan tímida, tan dulce, que Bonet cierre con suavidad su libro y lo ponga con los otros, dejando á la cáfila de sabios con su sabiduría helada, arreglar el mundo como puedan. ¡Ay, arbolito, crece, crece! Paca Cielos daría su sangre para enriquecer tu jugo, enriquecerlo á toda costa, para que tomes vigor, para que agarren tus raíces, para que resistas impávidamente los huracanes.

¡Oh, qué alegre, qué orgullosa vino ayer Juana con su noticia! Bonet nos convidaba á merendar al campo, solos. solitos, donde nadie nos viera.—«Dice que quiere sacarme á respirar un poco»... Y la criatura de Dios se echó en mis brazos

llorando de gratitud por esa palabra afectuosa de Bonet.

Todo lo arregló Bonet prontamente; ya que por desgracia, el abuelo no nos podía acompañar, se quedaría la mujer que le sirve,—una mujer de nuestro país, muy seria y hacendosa—al cuidado del niño y acompañando al viejo. Yo quise quedarme con el abuelito y el nene, pero no lo consintieron. Parecían los dos como con ansias de que alguien contemplase la felicidad que iba entrando en sus corazones, lenta, dulcemente y tomando posesión de todo, sin dejar un hueco, como en los huequecitos y sinuosidades de la tierra, van metiéndose las aguas de las inundaciones.

Claro es, tratábase de un día de fiesta; era domingo; salimos á las tres, cuando esta población—dominguera porque es trabajadora—llenaba las calles, saboreando su día de asueto. Subimos por la Rambla de las Flores; me acuerdo, Corza, de mi

tierra, de mis flores, y de ti. Juana, ¿á qué decirte? Va radiosa. Se paran los hombres y las mujeres para mirarnos. Este es un sitio, Corza mía, que respira gloria y que sonríe al sol, este sol de Marzo que aprieta ya. Estamos en la rambla famosísima, dice Bonet, que alguno que conozca Madrid, al ver el gran movimiento y el carácter de las Ramblas de Barcelona habrá pensado en la puerta del Sol. La puerta del Sol tiene también un carácter singularísimo, pero ¡cuán diferente! La puerta del Sol se abarca con una mirada; la observación de la Rambla hay que hacerla á pedazos, como sus distintos nombres y aspectos distintos. La puerta del Sol tiene diez ó doce calles, casi todas populosísimas, que vuelcan en ella el hervidero de la gran multitud, y Barcelona vuelca sobre sus Ramblas este mismo hervidero por otras tantas ó más. La puerta del Sol tiene su atractivo en sí misma, *porque sí,*

como la mujer á quien se les desbor-
da la gracia y que atrae con su gra-
cia más que con la hermosura; pero
la puerta del Sol no tiene templos, no
tiene árboles, no tiene mercado de
flores, y la Rambla de Barcelona tiene
todo eso, y además... todo lo que
tiene la puerta del Sol. La puerta del
Sol, creyérase como que se hunde en
sí misma, porque se basta con ella
para cautivar; no tiene horizontes, el
alma, en la puerta del Sol, se que-
da allí; por eso se penetra más de
todo lo que la rodea; no puede esca-
parse, no puede flotar; la Rambla
tiene, por una parte, el mar inmenso,
por otra el ensanche, flor poderosa
de la vida, que de cada hoja engen-
dra cien calles, y de cada germen un
palacio..., y la montaña después,
aquella montaña que recrea los ojos,
vivifica el espíritu y robustece la
sangre.

Esta es la Rambla famosa; la Ram-
bla de la Rúa, la de los Tres Toms,

la de las Caramellas, la de los entierros, la de las cargas de caballería y el punto señalado tácitamente para toda clase de manifestación popular, política ó de costumbres. Procesión cívica, procesión religiosa, marchas militares, palizas, tiros, todo ha de ser en la Rambla, ha de partir de ella ó en ella ha de parar; un alboroto, un desequilibrio cualquiera del organismo de Barcelona, repercute en la Rambla, y la Rambla lo extiende otra vez, como la sangre va al corazón, y sigue su paso con más fuerza, para volver de nuevo.

Me gusta la Rambla de las Flores, con sus mesas artísticas, los grandes *bouquets*, puestos como en adoración en sus pedestales de hierro, las garbosas muchachas, como acólitos para ayudar deliciosamente á los oficios de aquellos altares, las guapas hembras y las damas ó hijas del pueblo, que á este mercado acuden á buscar flores, como la juventud busca sonri-

sas, los señoritos—¡ay Corza!, los señoritos... detente pluma—como en éxtasis á la contemplación de las bellas mujeres, los tiestos de flores que exornan el entarugado, los obreros que pasan y miran con ojos adustos á los capitalistas despilfarradores, los estudiantes, los mandaderos, las criadas, que se contonean del brazo alguna vez, como señoronas, y allá, más arriba, por otra parte, en la Rambla de los Estudios los pájaros bellísimos, pero no en sus nidos de las ramas como en la Rambla de Santa Mónica, sino en jaulas, en cárceles más ó menos lujosas, tristes, silenciosos, pensando tal vez, en sus tiempos de libertad adorada.

¡Bonet nos ha comprado flores! Juana y yo nos miramos enternecidas. Vamos Rambla abajo, para dar un paseo antes de subir al tren. Al llegar al llano de la boquería, al ver aquella aglomeración de criaturas, yendo, viniendo, cruzándose, aquel

mundo de tipos distintos, aquellas bocacalles que arrojan á las Ramblas un desbordado torrente humano, aquellos edificios pintorescos con sus muestras distintas, medio ocultos por las ramas de los árboles, cubiertos ya de hojas, Bonet, dice con un ardor que nunca le hemos conocido, ni aun en sus tiempos más dichosos.

—Barcelona es símbolo del trabajo y del amor; es gigante emblema de inteligencia y poder; en todas partes se oye y parece llegar á nuestra alma su respiración de coloso; en la Rambla de las Flores se ve su eterna juventud y su alegría de mujer sana y fuerte; en el casco antiguo, ciñe su túnica legendaria de matrona; en el Ensanche su vaporosidad y hermosura, su espíritu de hembra de fin y principio de siglo. ¡Me acuerdo de mi madre, barcelonesa como yo lo soy! «Ama á Barcelona,—decíame— admírala donde quiera que estés, en el puerto, en las Ramblas, en el

Ensanche, donde tus pies pisen; donde tus ojos se pongan; respétala, invócala; que te dé su fe, que te dé su constancia, que ilumine tu espíritu, que vigorice tus pulmones con el aliento dulce y oloroso de su boca.»

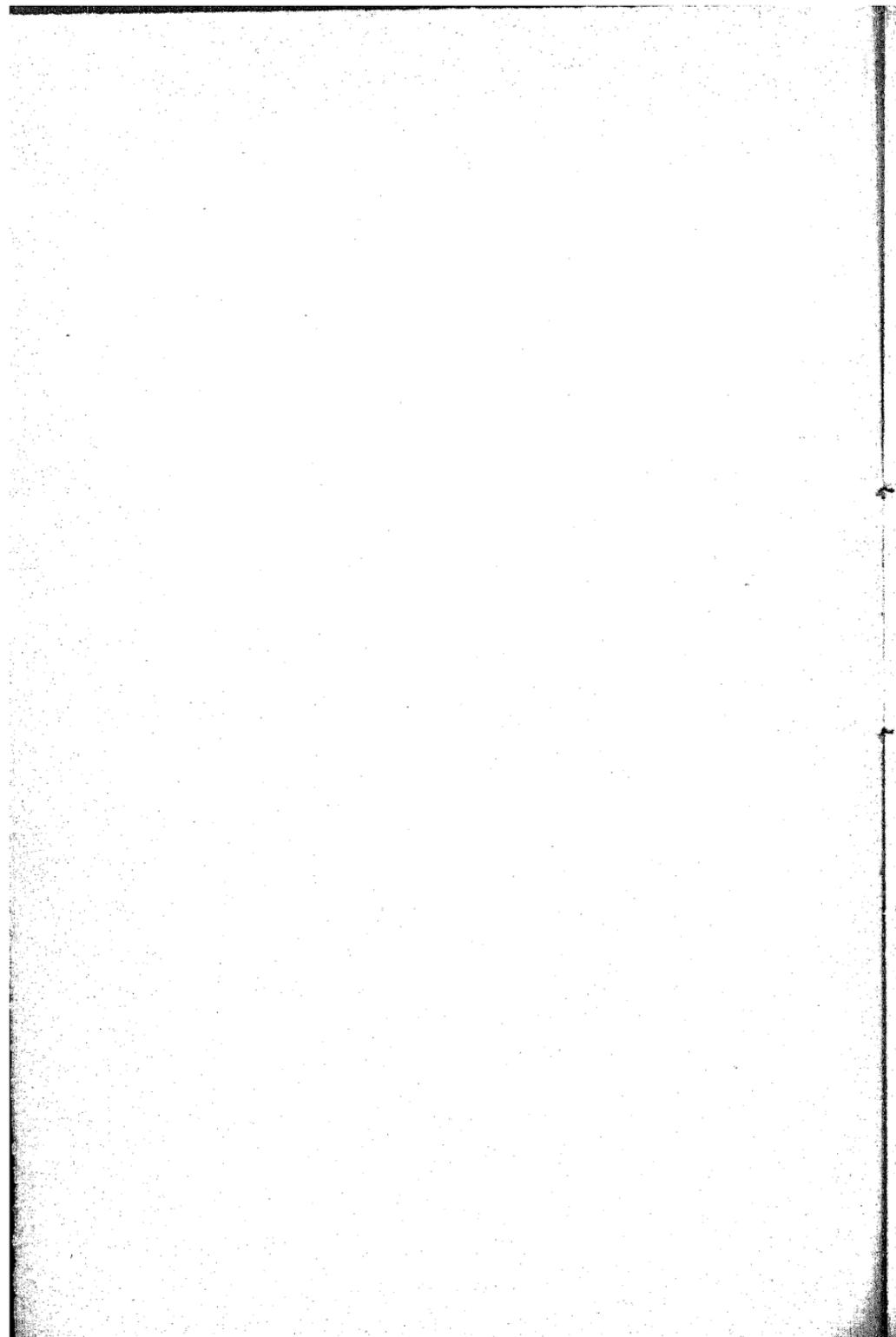
¡Oh, allí, estaba el alma de Bonet! Allí reaparecía sin nubes desoladoras, sin lutos que la ocultasen. Si le hubieras visto y oído, Corza, ¡cómo le hubieras dado gracias á Dios! Juana le miró feliz, conmovida... ¿Por qué no decirlo? conmovida y enamorada.

Pareció confuso al verse así observado, como muchacho á quien descubren una travesura. Continuamos lentamente hasta pasar por la Rambla de Santa Mónica. Bonet se ha cogido maquinalmente al brazo de Juana, como cuando servíale de apoyo en su convalecencia. Los pájaros cantan enloquecidos; es una tremenda algarabía; parecen frenéticos, vibran, se revuelven, charlotean,

suspiran, lloran, cantan. Yo creo que es uno de sus más gigantescos concertantes, en honor de la primavera que viene: Juana y Bonet se miran al pasar por allí. ¡Se miran y sonríen!... Y yo, Corza, digo con tristeza.

—Vivid, sí; amad, los que no amáis una sombra.

Es verdad, la primavera nace; todo se engalana en honor suyo, el sol es nuevo, el aire es nuevo, el cielo es nuevo, la sangre nueva, todo está sin servir, el crespón verde que cubre los árboles, el matiz de oro pálido del sol, y los diamantes de que se adorna la campiña, claro rocío, lágrimas de dolor tal vez, de la madre tierra, al desgarrar sus entrañas para el alumbramiento grandioso de la virgen adoradísima... ¡Oh, amor dulce y bello amor!





CAPÍTULO XV

Aquí está su forma...

¡Oh Corza! Para estar como estábamos al principio del matrimonio sólo falta un imposible; ver con nosotros á Narito. El abuelo me ha hecho esta tarde una pregunta cuando yo le contaba misteriosamente las peripecias de nuestra excursión de ayer.

—¿Han hablado de Naro en alguna ocasión? Me lo preguntó, marcándolo mucho, como si le diese importancia suma: Quedé pensativa.

—Creo que no,—dije; nos lo hubiera dicho Juana.

No añadió más, pero yo, hoy mismo, le hice la misma pregunta á Juana.

Se quedó mirándome, blanca como la cera; contestó lacónicamente.

—Nunca.

Después de una pausa, continuó temblorosa, sin mirarme, con los ojos bajos, como si la pobre hiciese la confesión de un desliz.

—Ni de aquellas palabras que yo le dije.

—¡Ay! pensé tristemente; ¡el *no te quiero* y la muerte de Naro, están en pie!

—No ha habido explicación ninguna, confieso que soy yo la culpable. Hablándole de Naro, entendía yo que su corazón se hubiera abierto á la confianza más ampliamente. Explicándole también las palabras injustas que le dije, se hubiera convencido más pronto de mi arrepentimiento, por habérselas dicho; pero no ha provocado nunca estas explicaciones, al contrario, las rehuye cuidadosamente; he creído bien no provocarlas yo, y lo sigo creyendo, pero me espanta la

idea de que pueda desagradarle. Aun desagradándole, lo quisiera hacer, con la esperanza de que me ayudará Dios á salir airosa; pero no ha habido coyuntura aún, ó mi cobardía no supo encontrarla.

A esto último, Corcita, no supe qué decir. Quedó callada, reflexiva. Después me explicó así sus pensamientos.

Es para vacilar, Paca; creo, estoy segura casi, de que Bonet teme esa explicación; no sé penetrar las verdaderas razones, pero lo temo; mi corazón me dice, que prefiere ver en mí, con lentitud, prueba sobre prueba, todo lo contrario de aquel sombrío *no te quiero* que le lancé á la cara. Tal vez tenga el temor de hacerse ilusiones—hay que recordar su carácter—pero, ¿qué más da ahora ó después, si yo estoy segura y ha de convencerse de que esas ilusiones son una realidad y me consta que ha de llegar á ella?

Le contesté prontamente, inspirándome en las palabras del señor Marcelo.

—No da lo mismo después que ahora.

Me miró irresoluta, hallándose tal vez, en el fondo de su conciencia, de acuerdo conmigo.

No siguió hablándome, temiendo oír de mis labios lo que ella estará diciéndose á menudo. «Mientras no haya desaparecido hasta el último asomo de duda, mientras una franca explicación no surja, mientras Bonet no reciba á corazón pleno la luz ardiente que le ilumine y le envuelva, no hay que darlo todo por alcanzado.

El abuelito quisiera siempre saber á qué atenerse; Juana, absorta en su sueño, no penetra hasta el corazón del buen hombre. ¡Me mira él de un modo tan expresivo y suplicante! No me habla nunca de ella, pero me lo pide con los ojos como una limosna.

Le he dado noticias y ha hecho esta observación, que terminó como un suspiro.

Mientras Bonet oculte su dolor por la muerte de Naro como un sentimiento ilegítimo, mientras no nos hable á todos de él, como los enfermos hablan á todo el mundo de su enfermedad, el alma de Bonet no estará sana. Mientras las palabras que ella le arrojó al rostro en mal hora en un momento desesperado no salten, no vibren otra vez, no se pongan de relieve entre los dos para aquilatarlos, desmenuzarlos, convertirlos en polvo y hacerlas desaparecer para siempre, la situación de los dos, por muy feliz que la encontremos nosotros, por muy feliz que ellos la crean, no tendrá base, será falsa.—Movi6 la cabeza y a~nadi6 pensativa:—sería peor a~n haber vuelto á probar la felicidad, para verla morir nuevamente. No, no, Paca, el arbolito que estás viendo crecer, robustecerse, según

me has dicho en tantas ocasiones, resultaría sembrado en arena. Lleva cada uno su muerto en el corazón; Juana el *no te quiero* mortal. Bonet la sangre de Naro y aquel mismo no te quiero. Juana debió partirse la lengua con los dientes, no como la famosa griega, por no hablar, sino por haber hablado... Esos muertos, Paca, no hay que cubrirlos de flores, aunque sean flores brillantes de la primavera nueva; olerán mal siempre; hay que enterrarlos de una vez, y apisonar mucho la tierra encima.

Me producen estas palabras una impresión enorme: le digo con gran consternación.

—Pero ¿por qué se levanta entonces el arbolito, abuelo? ¿por qué se vigoriza?—Y me responde con tristeza:

—Hay cuerpos saludables, robustos, pletóricos al parecer, pero es hinchazón bofa de la sangre, y los

tegumentos, próximos á descomponerse.

¿Qué voy yo á hacer ni decir ante la triste experiencia de un viejo como el que pronunció esas frases?

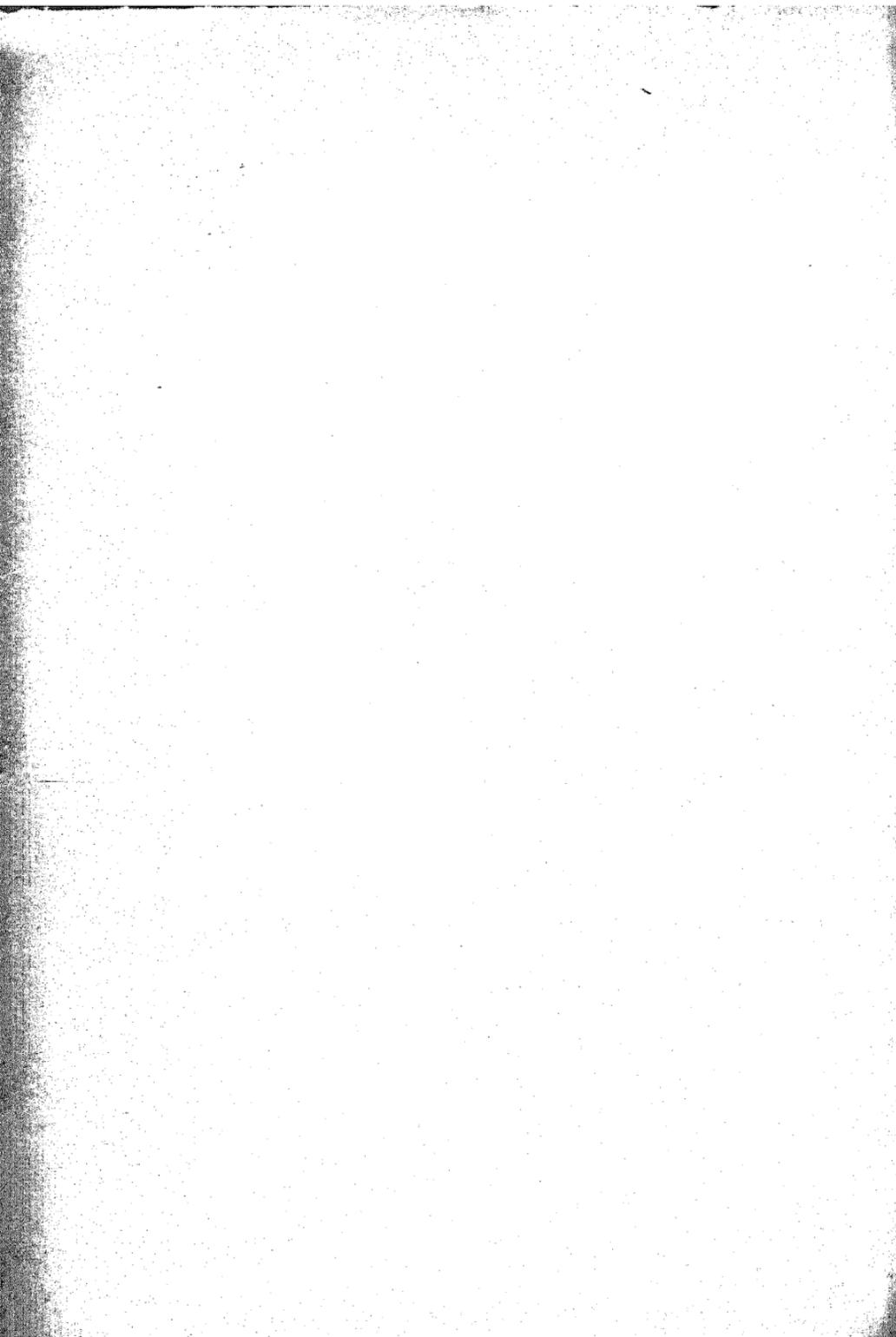
Consuela, sin embargo, que el matrimonio nos dé un mentís tan terminante y expresivo. Creyérase que acaban de casarse, con una variación ahora, que debe ser el feliz delirio del hombre. Juana no amaba antes: Ahora ¡sí!

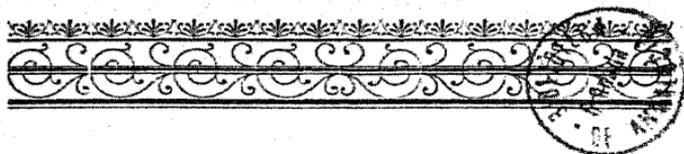
Hablando de otro asunto, Corza, tu noticia estupenda, me apartó un poco de las continuas incertidumbres en que me ponen tantos extremos. ¿Que voy á recibir una gran sorpresa...? ¿Quién me habrá escrito desde Alemania según el cartero ha dicho al gran Gutiérrez? ¿á mí que no me escribe nadie de ninguna parte? ¿Y por qué lo habrán hecho á la antigua casa de la calle del Tiro, de donde

faltó hace ya años? Dices que será cosa de interés cuando la carta está certificada, y me explico la inquietud con que el gran Gutiérrez dejaría ir al cartero. En fin, como le dió las señas en Barcelona, mañana, hoy mismo tal vez, acabarán las dudas. Estamos aquí, con el corazón pendiente. ¡Qué conjeturas, qué cábalas... ¿No es verdad, Corza? Me figuro al gran Gutiérrez; Bonet dice que se acuerda del tío José. ¡Estaría bueno al cabo de medio siglo! No sé qué pensar; Juana piensa igual que Bonet, eso ya se sabe; piensan ahora lo mismo que haya escrito. Poco á poco me voy inclinando á lo que ellos presumen, pero hay que tener en cuenta que los tíos de Ultramar, aunque éste, si fuera él, resultaría en Alemania, sólo aparecen en las comedias, y aun del teatro los han arrojado ya por lo cargantes y sosos, á vuelta siempre con sus patacones. Descartando el tío José, tengo yo alguien que me pueda

escribir... Corza, el vello se me eriza, mis ojos se nublan... ¡Qué inquietud, Corcita! Nos va á entrar fiebre á todos.

¡Corza, Corcita de mis ojos—han llamado; la criada abre.—Carta, gritan en el portal; señorita Paca Cielos. «Se me pone un nudo en la garganta». Me parece que me ahogo; Juana corre, haciendo temblar el piso con sus andares de buena moza... Le dice que suba. ¡Sube! firmo, se va, abro la carta, Juana, Bonet están delante de mí muy pálidos. Corza, Corza de mi corazón, ¿qué es esto? ¡ay de mí! El cielo descende hasta tocar mi cabeza, las estrellas todas se introducen por mis ojos. ¡Señor, Dios divino! ¡Me falta la luz! ¡Me falta el aire! Me caigo... Me muero. Aquí está la carta... ¡Aquí está su firma! Es de Pepito Alcudia.





CAPITULO XVI

Paca Cielos reza, Paca Cielos evoca.

Corza mía, recibo tu carta por la cual veo que el gran Gutiérrez y tú estáis como Juana, Bonet y el mismo abuelo, en gran inquietud. Por mi parte no sé cómo estoy, yo sólo sé decir: «¡Pepe Alcuía me ha escrito!» Y no tengo corazón ni alma para otra cosa.

¡Oh, pero ¿por qué me escribe para poner tan lejos el día en que nos veamos? Porque la carta dice muy claramente: «Del día dos á tres de Agosto pondré el pie en España después de una ausencia larguísima.» Desembarcaré en Barcelona. El sabía que yo estaba aquí, pero no donde podría verme, por desconocer mi

dirección. Me escribió á la calle del Tiro anticipadamente, para que me remitieran la carta, y lo hizo con tanta anterioridad á la fecha de su arribo á Barcelona, para vivir seguro de que la carta llegaría á mi poder con tiempo. ¡Es para perder el juicio! Pero ¿qué adelanto con romperme la cabeza de este modo? Así dicen Juana y Bonet. Así digo yo; pero ¿quién manda en la imaginación cuando empieza á hacer de las suyas? Yo también quiero rezar como lo hace Juana; no soy una hereje, pero me pongo á ello y al dar principio con mucho fervor, comienzo á ver visiones; el altar empieza á dar tumbos y quédase parado á lo mejor, patas arriba; sin saber cómo, véome en el altar acurrucada como un avechucho agorero; la iglesia sube y baja como un navío en mar furioso; veo andar sobre un blandón volcado, unas figuritas pequeñas como la uña, que representan clérigos, monjas y

muchas gentes de todas clases, que van y vienen á saltitos por el blandón hasta que caen y ruedan para ponerse en pie y subir de nuevo y andar, andar por allí, como por un palo tendido de cucaña, en cuyo extremo estuviese la dicha. Quiero rezar y veo de pronto la figura liliputiense de Pepito Alcudia, allá, en la extremidad, mirándome con ojos que relucen, tendidas las manos hacia mí, pidiéndome auxilio. Voy sobre el blandón volcado, con las puntas de los pies, con mucha lentitud, y cuanto más avanzo, la figurilla adorada parece más pequeña y más distante; mi cuerpo bamboléase, avanzo enloquecida, porque voy á caer, porque voy á rodar al vacío, sin llegar á la meta, sin poner mis labios en aquellos ojos que me miran calenturientos, sin poner mis labios en aquellos labios que vibran implorando misericordia; arriba al fin, triunfante, respirando ardientemente la felicidad del triunfo

y al rodear con mis brazos, enternecida y radiosa la cabeza de mi dulce amigo, encuentro en su lugar un monstruo con apariencia de mujer: es la divina Ángeles, corcobada, huesosa, de rostro largo, cetrino, granujiento, con toda clase de pústulas, de ojillos flamígeros, que arden con todas las pasiones viles, riendo, riendo con risa infame de demonio; risa que brota de su mella negra y sus labios delgados, torcidos, amarillentos, húmedos, con el agua blanquizca que expelle su sangre liviana y gangrenosa...

¡Ah, Dios, quiero rezar...! «Padre nuestro que estás en los cielos...» Y se me presenta el gran Padre divino de las cosas, con la barba blanca, inmensa, que le cubre el pecho y le cae hasta las rodillas; por cada una de aquellas hebras plateadas, veo subir ahora un enjambre de seres abigarrados, como la multitud del blandón caído del altar; buscan todos la

meta, sin llegar ninguno, sin llegar, porque se derrumban antes de conseguir el ansiado término; se derrumban y caen con ruidos medrosos... Y así continuó; cada palabra del rezo es un motivo para mí de ideas inconcebibles y estrambóticas. «Santificado sea tu nombre.» Y la silueta de Pepito Alcudia surge otra vez, bella y radiante, su nombre está escrito sobre su frente con una aureola de luz maravillosa. Sigo rezando sin saber donde estoy, ni qué palabras pronuncio, estática ante la visión de mi vida. «Santificado sea tu nombre...» Toda la iglesia llénase de cirios, en pie ahora, largos, inmensos, de luces de color de sangre; en el centro de la llama de cada luz hay una pregunta... una, otra, otra. «¿Por qué me escribes desde Alemania?» «¿Por qué estuvo tantos años sin dar noticias?» «¿Qué pensará de mí?» «¿Vivirá sin madre?» «¿Por qué se fueron sin avisarnos?» «¿Qué irá á decirme?» «¿Se

habrá casado?» «¿Será soltero?» «¿Qué representará en el mundo?» ¿Me querrá como antes?... «Dios te salve... Salve...» ¿Me querrá como yo ahora? ¡Salve...! ¡Salve! ¡Ah Dios!—Le digo á Juana que rece sola y me salgo de la iglesia porque me ahogo y mis sienes van á estallar.

¡Mes y medio. Qué vida tan lenta! No tengo ganas de hablar con nadie. Me encierro en mi habitación, paso las horas mirando los recuerdos de mi amigo. Tienen ahora más encanto y más expresión. Quédome absorta largos espacios en el recuerdo que más me conmueve; es una estampa litográfica; siempre que la miro se agolpa la sangre á mi corazón, sacudiéndole con formidable latido... Me la regaló Pepe Alcudia el primer día que le ví; la guardo con otras cosas de mi amigo en la cajita negruzca que el viejo me legó al morir.— ¿Para qué conservo yo este cajoncillo destartelado y sucio?—te pregunta-

rás admirada. Lo conservo porque en cierta ocasión puse en él provisionalmente los recuerdos de Pepe Alcudia y es ya para mí sagrado. Guárdole también por respeto á la muerte y en el cajoncillo desmedrado quedaron los recuerdos, como el mueble mejor.

¡En cuántas ocasiones mis ojos, ciegos de llorar la desaparición misteriosa, han creído ver moverse estas damiselas danzarinas de la estampa de Pepe Alcudia! ¡En cuántas ocasiones he creído verlas deslizarse del neceser del viejecillo para venir á ponerse en mis rodillas, entre un tropel confuso de imágenes misteriosas! En estos días, á la contemplación de los recuerdos adorados, del dulce rey de mi niñez y de mi vida, creo ver destacarse ante mis ojos, como figuras que alientan y viven, los hombres que encontrábamos en el camino de Torrox á Málaga, aquella noche de esplendorosa magnificencia; oigo el

rumor de las olas, cantando baladas tristes, el otro rumor del agua rozando sigilosa las orillas como besos cambiados entre la tierra y el mar; y allá á lo lejos, como gemidos de parias encadenados, suena el chirriar de las arandelas del galerón. El mar á la derecha, extiéndese como una llanura sin fin, de donde surgen de vez en cuando destellos silenciosos.

Ya llegamos á la posada... Ya llegamos á la mansión de los señores de Alcudia, el zangón con el presente de moniatos delante, Frasquita Cielos detrás con su vestido de coco y su mantón de merino, y yo detrás de Frasquita, como perrillo husmeante y atisbador, con mis calzapollos blancos, mi faldilla rameada y mi moñito de pelo en el occipucio como el rabo de un derviche. El alma, la vida parece que se van entonces de mí en un suspiro y dígame con inquietud— ¡Pepe Alcudia vive...! ¡Le voy á ver...! ¿Qué me reservará la suerte?

En nuestras conjeturas, nos acordábamos del tío José que estará enterrado ya en el otro mundo, ó cargado de dinero y rabiando con su negra. ¡Válgame Dios, la negra qué horrible será y más ahora, con el tiempo transcurrido, desde que el tío José se enamoró de sus cafetales! Nos acordábamos también de la señora de Lantigna y á nadie se le ocurrió pensar en mi sombra, en mi visión adorada... No es verdad, pensábamos sobre todo y ante todo en Pepe Alcudia, pero, ¿quién iba á atreverse á pronunciar su nombre siquiera?

Mi nerviosidad, mis zozobras, mis imaginaciones, no me impiden observar á este par de mozos que no se ocultan de nadie para desplegar al mundo su bandera blanca de paz, bandera blanca con lazos de fuego, indicadores de que no es de paz solamente la divisa; que es también de amor. Hay que reír de mis aprensiones; hay que reír de las

del abuelito; hay que pensar en la profunda filosofía de las enseñanzas que el tiempo trae, ejemplos que serían aterradores, si no los viésemos y analizáramos con el escalpelo de nuestra ilusión y bajo la gasa dorada, no realmente de lo que es, sino de lo que quisiéramos que fuese. ¡Narito despedazado por la máquina! ¡Juana y Bonet felices! ¡Yo, guardando sobre el corazón una carta de Pepe Alcudia!

¿Es todo eso un sueño? En fin, estoy loca de felicidad, soy tan feliz... que se hiela mi sangre en algún momento y me acometen unas ansias frenéticas de gritar... de gritar mucho pidiendo socorro.



CAPITULO XVIII

¿Triunfa Juana?

Bien, Corza, no me exaltaré, no me alarmaré, lo que tú quieras, lo que querráis todos, porque Juana, Bonet, el abuelito, el gran Gutiérrez, todos me aconsejáis lo mismo; pero es como el doctor que aconseja ante todo y principalmente paseos higiénicos cuando el paciente por precisión tiene que hallarse en su oficina para ganar el pan de los suyos... el dichoso y sobado pan de todos los días; ó cuando receta tranquilidad á toda costa á quien acaba de perder en un incendio su fortuna, su mujer y algún vástago si lo tiene. ¡Gran Dios! Pero estáis todos muertos.

Juana y Bonet no son egoístas; cantan su dúo, pero se acuerdan de mí. ¡Con cuánto cariño me propusieron ayer, pues era domingo, pasear un poco! Gracias, que procuran distraer mis inquietudes piadosamente, compadecidos de esta atroz infelicidad en que mi vida envejece, esperando el 2 de Agosto.

Hemos estado en la Barceloneta, que es un barrio de marineros; el caserío es igual, las mismas puertas, los mismos balcones, el mismo número de pisos; de aquí su monotonía. Esta uniformidad se debe, sin duda, á que el barrio fué hecho por militares; las calles parecen compañías, las casas soldados; Corcita, la comparación te parecerá absurda tel vez, pero es exacta, pero es cierta.

Dicen los libros, y dice todo el que lo sabe, que la Barceloneta la mandó construir en el siglo pasado, el Capitán general Marqués de Mina, y que dió la traza para eso el Coronel de

Ingenieros D. Francisco Paredes. Pero, no obstante, lo que dije de la uniformidad de las calles de este barrio, perdió ya mucha parte de su rigidez por haberse permitido más adelante á los dueños de las casas levantar en ellas otros pisos.

Lo que pierde por la monotonía de sus construcciones, lo gana en su vecindario, singularmente típico. En los días caniculares, precisamente, la Barceloneta tiene un carácter especial con el abigarramiento de los hombres, con sus trajes pintorescos y su pipa, chupa que chupa, con las mujeres sentadas en las puertas, zurciendo y dándole á la lengua; con los chiquillos que corren y dan tumbos; con los trapajos que ondean en los balcones, contrastan de un modo vigoroso los tranvías cargados por la multitud, de más ó menos fuste, según la hora que va al baño. Quien quiera hacer observaciones interesantes suba al imperial del

tranvía; allá, en el techo, que viene al haz casi de los balcones de las calles de la Barceloneta; las calles son angostas, queda poca distancia entre el interior de cada uno de los pisos y nuestros ojos traidores, que buscan al pasar, lo más velado y lo más recóndito; allí hay masa abundante donde clavar el cuchillo afilado de su retina; allí verá tipos extraños, allí verá escenas íntimas que pasan como un relámpago, pero del cual el observador saca la esencia pura; cuadros verdaderamente dignos de la familia y del hogar; alcobas, por cuyo menaje sólo se piensa estar viendo á quien allí duerme, si es mujer, si es hombre, si es un matrimonio, si son viejos, si son amantes; camas con dos tablillas y un jergón; otras muy aseadas, con altos colchones y cubiertas de percal; otras, legendarias, de caoba denegrada, venerables, donde reposó la generación entera de una familia, desde que el tal ingeniero Paredes

dió por terminada la Barceloneta, hasta hoy; se ven carnes cobrizas, blancas ó morenas, de mujeres que hacen su toilette; se ven otras mujeres que guisotean delante de su fogón, en su cocina de muros cargados de cacerolas brillantes, como reliquias que á las imágenes se cuelgan, puestecitas allí á mucha gala para orgullo de los moradores y para que nos regodeemos con su vista al pasar nosotros los míseros; se ve la madre que pega á sus demonios de chiquillos; la nieta, en refajo peinando á la abuela, con su toalla blanquísima en los hombros y en las manos el mechonzuelo de pelillos blancos ó grises; el borracho que duerme la mona, mientras la mujer, canturreando amamanta á su infante; se ven pescadores, se ven pimpis, se ven granujas; se ven colilleros, se ven señores del hampa; y entre tantas escenas diferentes y tipos distintos, al paso rápido del coche, se ve también, por el

hueco de alguna ventana, una habitación modesta, una mesita con mantel muy limpio y alrededor una familia de honrados pescadores, dos angelillos rubios ó morenos que charlotean como dos canarios, una mujer que va y viene y entre los dos angelillos, morenos ó rubios, un viejo de chamarreta y barretina, de barba blanca y ojos serenos, que corta el pan y lo besa antes de empezar la comida.

Para el dos de Agosto faltan veinte días; han pasado doce desde que tengo sobre mi corazón la carta de Pepito Alcudia. Me hace en la carne el roce del papel una impresión tremenda; congojas de placer me acometen, de un placer que punza y da frío de puro hondo; cuando recibí la carta, según la cuenta hace doce días, pero la eternidad de ese tiempo pesa ya sobre mí, como pesaría un mundo sobre una florecilla

del camino. ¿Cómo hay naturaleza ni edad que pueda resistir? Me miro al espejo, y el espejo me engaña, porque no está blanca mi cabeza, ni mi rostro lleno de arrugas. Mi cara, rebosando salud me parece la de otra mujer parecida á mí. Mis ojos, son los míos, los conozco bien, pero tiene una cosa nueva, algo de particular, muy hondo, muy dulce, de mucho misterio, que yo no les había encontrado nunca; pero no me admira, yo sé lo que es; Pepito Alcudia existe, no es ya un fantasma, es un ser corpóreo. Mi corazón muerto ha resucitado, al convertirse el fantasma en hombre; ha resucitado y están mis ojos en espera de una mirada de los suyos ¡oh, quedan tres semanas aún! ¡Cuánta vida!

Tengo por fuerza que pensar en otras cosas, porque enloquecería. Procuro hablar con el abuelo naturalmente, como si no hubieran pasado doce días por mí, ni tuvieran que

pasar veinte. Hablo con Juana y tengo bastante lucidez, porque le he explicado por Dios varias veces que me jure que no es todo un sueño, y me lo ha jurado solemnemente; tengo bastante lucidez para enterarme de que sus asuntos marchan dulcemente como barquillo velero por una mar serena. Se pone blanca, encarnada, no sé de cuántos colores, como si quisiera hablar de una cosa y no se atreviese; está bien, hay secretito; pero lo que es yo, no estaré muy loca ni tendré el juicio muy vuelto, cuando me es posible hacer todavía ciertas observaciones: Juana es feliz. El sol en su magnitud podrá destellar con todo su poder, caldeando la tierra, pero el alma infinita de Juana, abrasada de amor y juventud satisfechos, centellea en sus ojos y en su corazón, con más poder que el sol en los espacios.



CAPITULO XVIII

Horas tormentosas.

Verás tú, Juana; anoche, con su aire dulce y modesto, le suplicó Juana á Bonet que le permitiese ir esta tarde á comprar unas cositas. Marcó mucho estas dos palabras, mirando á Bonet. Sorprendí un cambio de miradas en los dos y como un principio de sonrisa en él, á la vez que Juana mirábame confusa. Bonet contestó:

—Si queréis ir de noche, yo os acompañaré.

Juana agradeció mucho su deferencia. Sabe dar tanto valor á una palabra suya, á una inflexión de la voz, á un gesto, el más imperceptible, con una seriedad, con una sencillez en todo ello, tan impregnadas de

su ser mismo, su ser, esencialmente femenino y acariciador que encanta y cautiva; mucho más en un hombre como Bonet tan apasionado de ella.

Iremos los tres, quedará como otras veces, la criada con el infante; el abuelo se habrá acostado; estaremos tranquilos, porque la mujer es de mucha confianza. Nos vestimos Juana y yo, hablando muy animadamente, yo porque no desecho este estado febril que me saca de mi modo de ser usual; ella porque siente una alegría comunicativa y bulliciosa. La escucho, sonriente, recordando el tiempo que estuve sin verla así.

Concluimos, y nos miramos á la vez sin hablar, pero pensando que Bonet no habría llegado aún; sin embargo, no se inquietó; algunas noches se retrasaba un poco. Guardándome bien de decírselo, pensé con extrañeza que aquella noche precisamente se retrasase, cuando tan eficaz era para todo lo que á Juana concernía. No

hacía falta, por otra parte, que se lo dijese; ella lo estaba pensando como yo. Sin embargo, no le advertí mucha inquietud.—¡Bah! llegaría de un momento á otro; esto era lo más probable, lo seguro, pero ¿por qué nos mirábamos con una expectación tan incomprensible? ¿qué había de particular en aquello? ¡Cosa extraña! Ni por un segundo se nos ocurrió que hubiera sufrido en la fábrica algún percance.

Dieron las ocho, las ocho y media, las nueve,... Juana se asomó al balcón á ver si venía y se mantuvo allí largo rato; no sé qué me pasaba; cogí un libro, el que primero tenía á mi alcance; no pude leer, pensando en ella. Me dió la idea de que estaba en el balcón más todavía que esperando á su marido, escondiéndose para que yo no advirtiese su consternación.

Las nueve y media. Bonet no había ido. Las diez. Bonet no había ido. Yo leía sin haber vuelto una página;

estaba en la misma siempre; creía ver en ella una figurita como un grabado de Cayot, que me cautivaba de un modo maravilloso; era Pepito Alcudia; allí estaba, delante de mí, en proporciones mínimas, muy estirado, con un gorro de papel echado atrás en la cabeza, blandiendo un sable, y dando voces de mando á un soldadillo de calzapollo de cuero, faldita rameada y morrión enorme, como una tapadera hundiéndose hasta los hombros, que ocultaba el rabo de pelo y todas sus demás incomparables y nunca bien contadas perfecciones; era inútil volver páginas; en todas hubiera visto lo mismo. Un enervamiento suave me invadía; no sé qué punzante hábito de jazmín penetraba en mis pulmones, trayéndome noticias calladas, misteriosas de país remoto, del cual no parecían separarme, sin embargo, en aquel punto, los mares dilatadísimos y las tierras desconocidas.

Pero sonó la hora y salí de mi éxtasis para pensar en Juana; ¡las diez y media! Juana se retiró rápidamente del balcón.

—Ahí está, dijo; pero lo dijo con el aliento, fija la mirada en la puerta de la escalera, que se distinguía desde el sitio donde se detuvo. Yo la miraba, pensando con horror en los estragos que puede hacer en mi rostro una espera de tres horas. Preguntábame inconscientemente: ¿No estoy yo esperando doce días, no estuve esperando antes muchos años, no he de esperar veinte siglos? ¡Es sin duda que hay esperas distintas!

Bonet había entrado; no habló, pero al vernos vestidas, pareció muy confuso; conocíase; hubiera querido excusarse, y no encontró tal vez palabras para ello. Juana, como adivinando lo que le sucedía, se acercó á él, hablándole solícita; nunca, jamás su voz fué tan suave; sus palabras parecían suspiros, arrullos blandos.

—¿Te han detenido? Me lo figuraba, pero no le hace; lo mismo es otro día: ¿no es verdad, Bonet?

Creí que Bonet se conmovía hondamente. Pero Juana no le observaba en su misma emoción, ó con sublime maestría, fingió creerle tranquilo. Se guardó bien de hacer la más sencilla pregunta. ¡Ay! pero él no dió tampoco explicación de ninguna clase.

Observé á Bonet con particular insistencia; habló muy poco, cenó rápidamente sin fijarse en los platos. Es sobrio hasta la exageración; no prueba el vino ni en la comida.

Ella mirábale ansiosa, su palidez de una intensidad que infundía terror, aumentaba el cerco obscuro de sus ojos, contrastando con las centellas doradas que arrancaba la luz á sus cabellos.

Nos quedamos en la mesa, cuando Bonet hubo concluído. Se habló de cosas indiferentes; la naturalidad de Juana se imponía. En los momentos

difíciles el tacto de Juana es admirable; por nada del mundo consentiría que Bonet viese en ella algo que no fuera lo que á todas horas. Se figura, y con mucho fundamento á mi juicio, que de otro modo contribuiría á agravar el mal, en vez de atenuarlo. ¡Oh, si todas las mujeres pensasen como Juana, no habría un hombre desgraciado...! Es decir, me equivoqué; habría uno siempre, Bonet.

De las cosas indiferentes, llegaríamos sin duda, como de la mano á la explicación del hombre; pero Bonet, sin fijarse en nada, desdobló con calma un periódico que tenía en el bolsillo, y se puso á leer. Me entraron unos deseos atroces de arrancarle el periódico y hacerlo añicos. Juana, cosía mansamente. Nos acostamos al fin, sin haber logrado saber la razón de que nos dejase compuestas y sin novio. Ni lo sabemos aún.

Pero en cambio, la noche siguiente, si bien no vino tarde, no dijo una

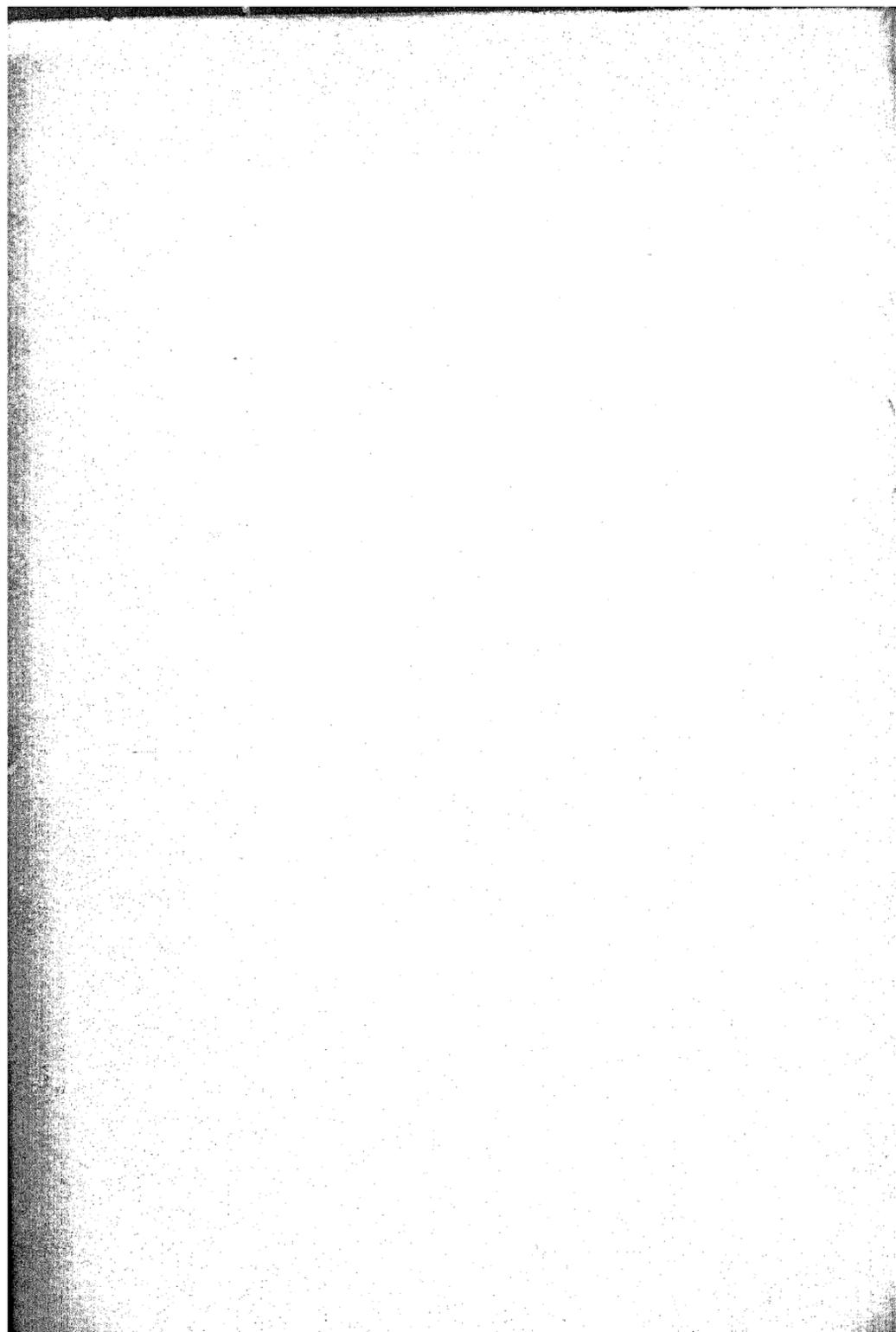
palabra de salir. Hizo, no hay que dudar, esfuerzos inconcebibles para dominar el negro humor que le aquejaba; tiene una condición; no finge nunca; no sabe. Habló de Barcelona... Después de larga ausencia, había encontrado mucha gente que le conocía, amigos de su padre en general—también he encontrado otros, pero *son amigos particulares míos*. ¡Amigos! ¿Por qué subrayó singularmente aquellas palabras?

Alzó Juana los ojos inconscientemente como corcel batallador al sentir el clarín de guerra. No había duda, fué un amigo quien le detuvo la anterior noche y recibió de él una gran amargura. ¡Ah! pero ¿sería un amigo realmente? ¿No sería un enemigo? Estas reflexiones creí yo columbrar en los ojos de la mujer.

No se habló más del asunto, porque llamaron á la puerta. Abrió la moza, y nos quedamos suspensos al oír á alguien preguntar por mí. La-

tió mi corazón violentamente, pareciendo que sus latidos golpeaban el papel de Pepito Alcudia. ¡Gran Dios! No pude moverme, me faltaron alientos. Sin embargo, no era nada de Pepito; era otra cosa; eran noticias de la señora de Lantigna. Había regresado aquella tarde, me suplicaba, que fuese á verla al día siguiente.

«Está bien». Así se le dijo al criado; y esta nueva y los comentarios consiguientes, sirvieron de excusa á Bonet para no seguir hablando de cosas desagradables quizás, y á Juana, para ocultar en lo posible el dardo venenoso que le atravesaba el pecho.





CAPITULO XIX

¡En Alemania!

Corza, quisiera que estuvieses á nuestro lado; hay días en que el cielo creyérase que cae sobre nuestra cabeza y nos aplana. Ahora que debería ser yo más fuerte, con el pensamiento de Pepito Alcudia, no lo soy; me acuerdo con pesadumbre de mis animosas iniciativas cuando estábamos juntas.

Supongo que con mi carta anterior quedarías inquieta; no te he escrito antes, porque el estado de mi espíritu me lo impidió; me conoces bien, sabes ¡ay de mí! que la meditación es una segunda naturaleza mía, y muchas veces me lleva á conclusio-

nes muy tristes; de Juana, ¿qué voy á decir? Le ocurre con poca variación, lo mismo, con la variante de que le toca de más cerca, porque estas lucubraciones pesimistas, ya lo habrás comprendido, se deben á la actitud de Bonet.

Sin embargo, en los dos días que han transcurrido, todo encuéntrase en su estado anterior; él está solícito y afectuoso como nunca; tiene instantes melancólicos de abstracción meditativa, pero habla, sonríe, se mezcla en las conversaciones, lee á ratos, á sus eternos arregladores del mundo y nos lee á nosotras libros amenos, cuya lectura, sabe bien lo mucho que nos agrada. Creyérase, en fin, que lo de la otra noche, fué una casualidad sin trascendencia, pero él no ha dado explicación.

Juana no parece recordar su espera de tres horas; estoy segura, Bonet no se lo advierte, pero yo sé las tormentas que hay en su corazón

aunque sólo una ligera palidez es nuncio de su sobresalto y pavora. No me dice nada, pero sé que es para no atormentarme continuamente con sus lamentaciones; además, podría estar en un error—tal vez lo piense así— ¡Quién sabe! lo ocurrido la otra noche ¿ha de influir forzosamente en la hermosa reconciliación de estas dos almas? ¿Va á tener forzosamente consecuencias inquietantes para la dicha de los dos? Hay que hacerse cargo de la inmensidad del corazón de Juana; un corazón así, no se rinde; en el fondo del abismo, por negro y espantoso que sea, ha de ver siempre una risita de Dios que le dé bríos para esperar otro golpe más violento aún, que tampoco la rinde. Es admirable la fe de esta criatura.

Y ahí tienes el secreto de su fuerza para sentarse junto á Bonet y ponerse á su costura, con una serenidad que destrozaría tu corazón si lo vieres. Me oculto, para que no vea mis

lágrimas. Ella no llora... Cose tranquilamente, en la boca de su precipicio, esperando una palabra ó una mirada do Bonet. Creo, Dios me perdone, que si Juana no fuese así, Bonet se hubiera vuelto ya loco.

Logran estas cosas apartar á ratos mi pensamiento, aunque nunca del todo, de una fecha que parece alejarse fatalmente, misteriosamente, cuanto más días transcurren. Pero ¿por qué no he de esperar yo tranquila la felicidad cuando veo el ejemplo de esta admirable mujer, esperando con reposo divino la catástrofe?

—¡Qué locura! He ido demasiado lejos; perdona, Corcita; ya sabes cómo se conduce conmigo la loca de la casa; conoces igualmente mis exaltaciones actuales. Pon atención ahora, que quiero hablarte de otro asunto:

Quisiera saber profundizar más las cosas; quisiera tener talento para definir qué analogía puede haber entre un individuo y otro aunque

no se hayan visto nunca: entre un objeto y otro, aunque no se parezcan nada, ni sean de materia igual, ni sirvan para el mismo uso, ni fuesen confección de la misma mano. Una de las cosas que me explicaría entonces—ya ves que te pongo un ejemplo—es el motivo de que me encuentre yo, junto á la señora de Lantigna, con la misma tranquilidad que al lado tuyo y que esté en su casa como creo estaría en la mía, si la tuviese.

Porque supondrás que habré visto á esta señora; no me atreví á suplicar á Bonet que me acompañase, ni juzgué oportuno sacar á Juana de su triste absorción; salí yo sola sin que ella, metida en su cuarto, se apercibiese hasta mi regreso. Tuvo palabras de queja porque me fuí sin decirle nada; pero yo no tenía corazón ni pensamiento para otra cosa, que para sentir y recordar lo que en labios de la señora de Lantigna había oído.

Los comienzos, Corcita, no pudieron ser más sentimentales. Al verme se levantó para salir á mi encuentro; yo apresuré mi paso y se lo impedí; me acogió en sus brazos, y me habló gozosa; me conmoví mucho oyéndola excusarse, porque oyéndola, reflexionaba yo, que eran excusas de pura bondad. Si no le hubiesen salido del corazón, ¿para qué había de darlas? ¿Cuándo se ha visto que un amo se excuse dulcemente con un criado? ¿Tiene jamás un criado razón? ¿Puede cometer torpezas un amo nunca? Todo esto sirvió para que la señora de Lantigna conquistase mi alma de una, entrando en ella por asalto.

—«La misma noche del día en que estuve en su casa con Bonet, recibió un telegrama muy grave, que la obligó á ponerse en camino inmediatamente. Algún día, exclamó suspirando, sabrás tal vez el contenido de ese telegrama. Dijo esto tan suavemente, que me conmovió bastante».

«Había estado en Alemania; allí la ocurrieron cosas solemnes. No tuvo tiempo ni idea para escribirme... No tuvo tiempo para otra cosa que para sufrir... para sufrir mucho. A su regreso, lo que hizo ante todo, fué avisarme».—Y bien, hija mía, concluyó, con incertidumbre.—¿Estás resuelta? ¿Te quedarás conmigo?

Figúrate, Corza, ¡en Alemania! ¿No es eso singular? No pude dominarme y quedé pensativa un segundo, fijándome á la vez con más atención en la señora. Es increíble que en tan corto tiempo haya declinado de una manera tan notable; los surcos de su cara y su frente son más hondos; hasta su hablar lo creí menos firme... Y yo seguía pensando «¡en Alemania!»

—¿Vacilas?—dijome dulcemente, equivocando la causa de mi indecisión.

—No, nunca, contesté al punto; soy de V. ;...de V. para siempre!

Ella se mostró muy animada, y habló de nuevo, con aquella suavidad y tono dulcísimo, que constituyen para mí su principal encanto:

—No creas ni por un momento que yo haya podido dudar de lo que dijiste ni del amigo generoso que te acompañaba; no me ofendas, suponiendo que yo haya podido pedir á nadie informes tuyos; desde que empezaste á hablar te estimé, y me alegré de conocerte; pensaba que en ti había encontrado tal vez un apoyo y un consuelo en mi ancianidad.

Figúrate mi emoción, Corza. Besé sus manos con tierna solicitud y tuve valor para decirla.

—He sufrido mucho con su silencio; yo también, desde el principio, me ofrecí solemnemente á mí misma, hacer su existencia más dulce y amable.

Lloró desoladamente. Se eriza el bello. Corza de mi alma, al ver llorar á una anciana respetable como

ésta, desdichas misteriosas. La consolaron mucho mis palabras sinceras, sin afectación ni estudio.

—Sólo he de hacerte una advertencia, dijo al fin, estrechándome las manos; si estás conforme, has de venir en mi compañía, poniéndonos en camino muy pronto, á Sevilla... á Málaga... quizás al extranjero.

¡Ah, qué golpe! Un dolor, un terror sin nombre se apoderaron de mí; lo comprendió al punto y quedó mirándome suspensa. Yo sostenía un combate cruel en mi corazón. No dudaba en lo que tenía que decir; mi resolución estaba tomada desde el primer momento, pero costábame un sacrificio penoso exponerla.

Me instó á que hablara, y no me atrevía. Tengo bastante entereza, pero al lado de esta mujer venerable, vibran en mi pecho, no sé qué misteriosos resortes de respeto y amor.

—¡Oh! dije, sin poder resistir sus

instancias y besando sus manos bellísimas,—no puedo.

Mirábame atónita, y no sé cómo fué; no sé qué me impelió á contarla todo el idilio de mi vida desde que ví al muchacho moreno junto á la puerta del señor de Alcudia, hasta que desapareció de Málaga misteriosamente con su madre. Por una discreción, que todavía me extraña, reservé el apellido de esta familia y por inadvertencia, no por discreción, no dije la calle donde habitábamos. Como ya sabía mi historia contada por Bonet en muy breves frases, lo dije todo, hasta la carta que tengo sobre mi corazón y la fecha en que he de verle.

—Te comprendo, exclamó pensativa; me explico ahora algunas obscuridades de la relación de Bonet; me explico las causas de tu decisión de ilustrar y cultivar tu espíritu para que te hallase digna el dulce amigo si os hallabais de nuevo en el mundo.

Revela en ti eso, no sólo un amor heroico, sino un carácter que me admira. A tu confianza voy á responder con todo mi corazón: Aunque es un sacrificio sin nombre para mí, suspendo mi marcha, hasta después que hayas hablado con él y entonces, al día siguiente sabré lo que resueles; sabré si me dejas sola en el mundo ó si te unes á mí durante el resto de mis días.

No tuve arrojo para extenderle mis brazos y estrecharla sobre mi pecho; temí que lo considerase como una confianza excesiva; pero ella lo hizo y salí de allí teniendo otra persona á quien amar en el mundo. No tengas celos, Corcita adorada; yo no quitaré de mi iglesia diminuta, esta iglesia que llevo dentro de mí, el altarillo donde está tu imagen con luces y flores; Santa Corza, Virgen, es mi santa de mi corazón; Santa Juana mártir, es mi otra santa excelsa y sigue á continuación desde hoy

en mi corto calendario nuestra señora de Lantigna, que no será virgen, que no sé si será mártir, pero mi corazón responde de su santidad. De Dios ¿á qué os sirve que te hable? Aludo á mi Dios de aquí abajo. En cuanto al de arriba, sólo tengo que decir una cosa: ¡que nos ampare á todos!

Y así estamos; el mundo marcha; se suceden los siglos, y yo continuo como una reina de piedra á orillas del mar, oyendo los cantos de las sílfides y esperando el bajel de plata donde ha de arribar el viajero misterioso que me desencante.

¡En Alemania! ¿Pero, no veis, Corcita? ¡Bah! ¿Qué quimeras son estas?



CAPÍTULO XX

¡El enemigo!

Cuando me dí cuenta otra vez de la vida y lo que me rodeaba, encontré á la Montero con mucha animación; me dijo aparte de las quejas de que ya te he hablado, que Bonet estaba muy contento y parecía dichoso. No hizo mención de sus pasadas zozobras; como si no hubiesen existido. Le dí cuenta de mi conversación con la señora de Lantigna y quedó mediatubunda; luego habló 'amorosamente.

—¡Te irás de mi lado!

Yo le contesté con verdadera desolación.

—¿Sé yo tampoco lo que va á ser de mí? ¿No depende de un día que nunca va á llegar?

He pasado una semana en mortal suplicio; me ahogo, los segundos del tiempo se me figuran culebras enroscadas en mi garganta; cada segundo transcurrido, cae una serpiente á mis pies; es un reloj fatal que mi calentura ha creado, y que no puedo apartar de la imaginación ni de los ojos.

No me ha sido posible escribir una palabra, Corza; mi cabeza sufre todos los tormentos; hago memoria de algo que se le asemeje en aquellos tremendos días de mi aprendizaje en la Aurora: ¡Pero qué es aquello! He ido varias veces á casa de la señora de Lantigna; he pasado alguna tarde con ella; me he metido otras veces en mi cuarto, abstrayéndome, encerrada allí, con los recuerdos de mi amigo; leí su carta mil veces, mientras tenía aquellos recuerdos venerados al alcance de mis ojos; he leído algunas noches; he oído leer á Bonet otras; he hablado grandes ratos con el abuelito, de asuntos que te contaría si mi

ánimo estuviese para ello, me he dedicado horas mortales al niño, y con tanta cosa no pude conseguir mi propósito; no pude matar el tiempo; el tiempo me mata á mí.

Bonet vuelve á leer sus libros dichosos, pero Juana creyérase que concluye por no enterarse, ó no querer enterarse; hay que conceder algo también á los sabios: los librotes han vuelto á la batalla, pero sin ganar terreno; el amor, más humano que sus utopías, que sus enrevesamientos, que sus indecisiones y obscuridades, os consiente avanzar hasta un límite, compartiendo su trono con vosotros, pero sin permitir jamás que le derribéis, como él logró un día derribaros.

Dispone Bonet de un cuartito, donde se mete á leer muchas veces; cae á un callejón; hay en el callejón una imprenta; este cuartito es su santuario; muchas noches se queda allí, entregado á sus lecturas, al son monótono

de las máquinas de imprimir; no sé dónde puede encontrar Bonet tantas revistas y folletos; no hay ninguno español, son todos infames traducciones que hacen, por lo general, más incomprensibles y oscuras esas páginas. En ese cuarto, enfrente mismo de la puerta ha ido pegando retratos de los padres graves del socialismo y hasta de sus impugnadores, recortados pacientemente de libros y periódicos; les llama *su galería*, pero en su galería hay también un retrato de mujer, un retrato magnífico de su mujer como ampliación fotográfica; es este retrato un modelo; está ella tal como es, sin afectación en el peinado, en el traje, ni en la postura; está como salíamos los domingos á dar nuestros paseos por los barrios de la Trinidad y el Perchel; con su vestido de buen corte, su magnífico mantón de Manila, y su par de claveles puesto en el pelo, pero no he visto nunca mantón de Manila *echado* más gentilmente sobre los hom-

bros, ni claveles enredados al pelo con un arte más natural; conoces á Juana como yo, y sabes lo que digo; hay una dulzura en aquel rostro, una diafanidad, un misterioso anhelo en aquella mirada, un cierto aire de reina y diosa en toda ella, mezclado con no sé qué, de humilde y sumiso, que son sus cualidades más salientes, y no dudo que los ojos de Bonet, estando en su cuarto á solas, se alcen un poco más, cuando vaya á contemplar á sus arregladores del mundo, para quedarse fijos en aquella criatura encantadora, tan mujer y tan del cielo.

Con el abuelito, ya te lo dije, hablé del gran problema, aunque con mucha zozobra; supo la reconciliación por mí, pero de la tremenda nube que apareció después, nada le dije; algo notó, no obstante, pero vive pendiente de la mirada de su nieta; no hablo con él ahora, porque me asusta; y no me asustan tanto sus palabras, como el tono en que las dice.

Como á esos barruntos de pesimismo estoy yo por inclinarme también, y no hay motivo en realidad, aparentemente al menos, mejor es no mortificarle con mis discursos sobre tan triste tema, ni mortificarme yo misma.

Y es que á Bonet, pese á todo su amor á Juana, pese á sus deseos locos de demostrárselo, le ocurre algo anormal; algo que no se explica, pero que se nota en la desigualdad estu-
penda de su conducta. Pasó lo de aquella noche en que nos dejó vestidas, sin salir, no siendo esta trivialidad lo que á Juana alarmó, sino su taciturnidad y reserva, durante unos días; salió el sol nuevamente, un sol brillante que todo lo iluminaba y caldeaba, y hoy mismo precisamente, á la hora del almuerzo, porque es fiesta y estaba en casa, sin el menor motivo, lanzó á su mujer algunas frases duras y se levantó airado, encerrándose en su demontre de galería.

Juana se quedó suspensa, con los ojos clavados en mí, como si se hubiese muerto. La sangre afluyó á mis ojos; me cegó por un segundo la indignación; aquello había sido brutal; ocurrió el incidente á las diez, y estuvo encerrado hasta las cinco, siete horas mortales en que Juana creía enloquecer con los ojos febriles fijos en la puerta dichosa; no pudo hablar hasta que oyó el ruido de la llave; hasta que salió Bonet.

Cosa extraña; parecía otro; lo era ciertamente; había en sus ojos fatigados, en su semblante descolorido, cierta turbación, habló con suavidad, como queriendo hacer méritos para que olvidase Juana su anterior *salida*; no sé qué de súplica entreví en sus ojos entonces, que sentí súbitamente una profunda piedad. Cuando Juana me dijo aparte, rápidamente, que le había pedido el perdón, y que le contestó ella, echándole los brazos al cuello, que no debía pedir quien era

dueño y señor absoluto, la abracé ardientemente.

Nos fuimos á la calle, porque Bonet lo dispuso; Juana iba contenta, absorta como una criatura en todo lo que veía á su paso. Subimos por el paseo de Colón hasta llegar al Parque; y Bonet, muy complaciente nos obligó á encaramarnos en el aljibe; pero en la Rambla, en el Parque, encaramados en la altura, oyendo decir á Bonet que el aljibe era cosa de mucho mérito,—oyéndole asegurar que nadie sospecharía, que aquello, semejante á una gran terraza, sobre un extraño palacete con sus cuatro pabellones angulares, fuera un albercón, un lago inmenso, con embarcaciones y todo,—yo no dejaba de mirar á Bonet furtivamente, pensando para mí sola: ¿Qué te pasará á ti? ¿Qué intermitencias serán las tuyas?

El panorama desde allí es magnífico; por fondo el cielo, el mar á un

lado, las montañas á otro, enfrente Montjuich. Por el mar, luz, por la montaña tonos grises; son amagos de nieblas; por allí viene la noche. En la parte del mar, la red de palos y cuerdas de los buques y el caserío blancuzco; como saliendo de la misma falda del Montjuich, la estatua obscura de Colón, con su puntito de oro á los pies; luego, el camino amarillento que al Montjuich conduce, como la raya abierta con un peine formidable en la melena de un cíclope; y más acá, en todas direcciones, los campanarios de los templos, baluartes denegridos, vetustos, centinelas perennes de la fe; en segundo término, más bajo, para que el fondo resalte, la gran masa de edificaciones de la ciudad, y á mis pies, en fin, el arbolado del parque. Dejo á la derecha el mar siempre, y encuéntrome al otro lado la parte derecha del ensanche y su límite confundido con el caserío pintoresco de San Martín de Provencals,

cuya población figura dar la vuelta á mi espalda hasta bañarse en la rompiente de las olas. La noche llega: acá y acullá se encienden algunas luces; son del alumbrado de la calle de Sicilia; parecen las luces desde aquí, puntos de oro, á los que arranca la luna suaves destellos; con el vientecillo de mar, los árboles se inclinan para saludar con ceremonia á la noche que llega. Allá, en lo profundo, arde otra luz, como una esperanza; es la farola: las torres de los templos, parecen en este punto, grandes fantasmas, parados en las azoteas de los edificios; y los millares de chimeneas de las fábricas de Barcelona y San Martín—que acaban de suspender sus labores,—inmensos cirios apagados, humeantes aún, cuyas siluetas se pierden en la sombra.

Volvíamos á casa hablando apaciblemente. Obscurecía. La animación era enorme; pero yo me fijaba sin saber por qué, en detalles nimios;

nos sentamos en la puerta de una cervecería; pasaba la multitud rozando y aún pisando nuestros vestidos; no podíamos estar allí, porque la gente nos molestaba mucho; pagó Bonet y tuvimos que cruzar con esfuerzo la Rambla de Santa Mónica en busca de la calle del Arco del Teatro; Bonet nos dijo entonces de pronto, en la misma esquina:

—Seguid vosotras, que yo iré al momento; he de hablar con uno en el café próximo.

Nos detuvimos un instante, viéndole ir, entró; íbamos á entrar también en la calle, y Juana no había quitado los ojos aún de la puerta donde perdió á Bonet de vista.

—Vámonos ya, dije.

—¡Mírale, mírale allí! exclamó ella de pronto. Me asusté. ¿Qué voz había empleado para decir aquello? No ví nada, pero la miré á ella; estaba desencajada, lívida, sus ojos vidrio-

sos; ví vacilar su cuerpo, y tuve que sostenerla.

—¡No quiero vivir! ¡Que me maten! decía desgarradamente, retorciéndose los brazos.

La gente deteníase; yo, aterrada, iba á correr en busca de Bonet.

—¡Mírale, mírale! Gritó de nuevo señalando con dedo rígido.

Miré ansiosa, y un sudor de muerte bañó mis carnes; Corcita de mi alma, las piernas se me doblaron y estuve á punto de caer con ella. Ví á un hombre entrar rápidamente donde acababa de entrar Bonet. Le ví como un relámpago; pero le conocí al punto. ¡Era *Caparrota!*



CAPITULO XXI

**El ábrego silba... ¡Pobres arbolillos
nuevos!**

Corza, cuando estés leyendo ésta, se habrá decidido mi suerte. Desde mi última carta se han pasado seis días; no quise ni pude escribir, coordinar mis ideas, me pareció tan absurdo, que no lo intenté. Y luego ¿no es pronto siempre, para comunicar nuevas dolorosas á un alma amada?

Pero conforme se fué acercando el día solemne, no sé por qué extraño fenómeno mis nervios fueron aquietándose y pude pensar en mi situación, con ánimo más frío. Estoy dispuesta al gran suceso que mañana se ha de realizar en mi vida. ¡Oh, pero qué sola voy á estar mañana!

Con Bonet no puedo contar; con Juana tampoco. Juana, desde el triste suceso de la esquina del teatro, agravado después con otros incidentes que me atrevería á llamar fatales, no da cuenta de sí: A Bonet, que se había separado de nosotras para reunírsenos al punto, le vimos entrar después de las dos de la madrugada. ¿Qué hubieras hecho tú, en vez de Juana? Yo no sé lo que hubiera hecho; Juana es un carácter bien distinto del tuyo y del mío; Juana dobló la cerviz sin una palabra más, después de las que pronunció en la calle y esperó á Bonet, muriéndose con una calentura que daba miedo.

No quiso acostarse, y al ver á Bonet, sólo sintió la gran alegría de saber que estaba allí. Al día siguiente no pudo levantarse; Bonet perdió medio jornal, por permanecer á su lado, con una solicitud y un afecto que conmovían.

—Bonet, dijo la infeliz dulcemente;

ya me doy cuenta de lo que nos perturbó; es Caparrotta; anoche fuistes en su busca.

—No, repuso él, sumiso; yo no le busco, se llama mi amigo, nos encontramos alguna vez. No fui á verle, era á otro; entró él luego y me distrajo.

—Pues óyeme, te lo suplico; no creas en esa amistad; ante tus ojos está el ejemplo; puedo contar las veces que te he visto llegar á casa disgustado, después de haberte esperado muriéndome, por las que estuviste con ese amigo desde la noche que te esperábamos para salir. Tenlo presente, Arteaga desea nuestro mal; si no fuera más que tu tardanza, yo me resignaría; lo peor es el daño que te produce, el rastro que en ti deja; es la primera vez que me permito hacerte una observación; estoy segura, no tendré ánimos para volvértela á hacer. Escúchame esto para concluir: escúchame, que es lo último; si no

tienes fuerza de voluntad para que no se apodere de ti, nos mata ese hombre.

Bonet quedó silencioso, muy preocupado. Yo estaba á los pies de la cama, observándoles; Bonet á la cabecera, con los ojos bajos, pensativos y una mano de Juana entre las suyas. No pude resistir mis impulsos de hablar aunque ahora, no estando tú conmigo no me siento con mucha resolución para mezclarme en sus cosas; pero la pena de ella y la misma actitud de él, obligáronme y dije y repetí lo que tú tantas veces y con tantos detalles nos has dicho y repetido de Caparrota.

—Acuérdese usted, acabé ardientemente, de lo que la Corza le dijo un día de ese hombre; ella no mintió nunca, y usted tiene memoria; pero si usted es tan ciego que no ve el abismo que tiene delante, nadie tendrá la culpa más que usted, porque todos hemos procurado conseguir que lo vea.

Se fué al trabajo sin hablar y á su regreso por la noche, encontró á Juana lo mismo, lo que le preocupó mucho. No quiso salir, no se acostó, hablándola dulcemente, y estando solícito á cuanto le ocurriera. Tarde, muy tarde, cuando ella quedó rendida, un poco despejada de calentura, echó la cabeza sobre la almohada, permaneciendo así hasta la hora del trabajo. Ese mismo día llamé á un médico; Juana se alivió mucho con lo que le recetaron; la noche la pasó mejor. Bonet mostróse muy alegre.

Por la mañana, á la hora de irse al trabajo, estaba yo de pie para hacer lumbre y preparar una bebida. La mujer no viene tan pronto. Ví á Bonet despedirse de Juana con gran ternura. Llegó por la noche ansioso, con la duda de si su mujer seguiría mejorando.

—Sí, estoy bien, —dijo ella sonriente, con una mansedumbre que partía el alma.

La medicina que tanto le alivió se había concluído; Bonet se ofreció al punto, pidiendo la receta para ir á la farmacia. La ví á ella vacilar. ¿Por qué vaciló? ¡Quién sabe! No supe explicarlo nunca ella misma. Le pidió que no saliese, podía ir la mujer, pero salió apresuradamente diciendo:

—Quiero ir yo, déjalo; me parece que la medicina te hará más bien así.

Sonrió Juana, y durmióse á poco; despertó dos horas más tarde; cosa estupenda; Bonet no había vuelto. No eran más que dos horas, pero ¡por cuántas valían, en aquel trance! cuando despertó y preguntó por Bonet, creí que la tierra me tragaba; me pareció morir; antes que confesar á Juana que Bonet no había regresado, no sé lo que hubiera preferido.

Tuve una inspiración y la dije muy tranquila.

—No te quisimos despertar, por-

que el sueño te hace mucho bien; como duraba tanto, conseguí que se acostara; está en el sofá del comedor. ¿Quieres que le llame?

Le hice esta pregunta, con una ansiedad de muerte.

—No, no, repuso ella presurosa. ¡Tiene que ir tan temprano á la fábrica! Dame la medicina.

Las piernas se me doblaron, me apoyé en la mesa de noche. Contesté muy resuelta.

—Pasó la hora... mejor es un disco. Calmará tus nervios y dormirás perfectamente hasta el amanecer. ¡Dulce criatura! Tomó el disco y se durmió apacible.

¡Cuánto padecerás al saber estas cosas! No sé cómo puedo ni aún recordarlas. Ardía mi frente. Odiaba á Bonet en aquel instante con todo mi corazón; considera lo que padecí aquella noche al lado de Juana, espantado su sueño sin querer que despertase y esperando á Bonet que

nunca llegaba, como un tributo que pagué anticipado por la felicidad próxima. ¡Oh, Corcita! Yo creí que sólo transcurrirían las horas tan lentamente para mí, esperando á Pepito Alcudia; aquella noche horrible me olvidé de mi amigo, y de mí misma, esperando á Bonet; te lo juro, creí volverme loca, con los ojos fijos en el minuterero del reloj que saltaba locamente, metiéndose en mis ojos, como un acero encendido á cada salto.

Miraba á Juana anhelante, retorciéndome las manos de incertidumbre. «¡Ah, si Dios quisiera! ¡Si viniese Bonet, antes que despertara!» Iba á amanecer pronto, no me atrevía á dar un paso, ni á respirar; hubo un momento en que Juana suspiró removiéndose un poco. Créeme, en aquel punto hubiera dado de puñaladas á Bonet, yo, yo misma; tan odioso, tan miserable me pareció. Juana sudaba, movíase inquieta, iba á despertar de un momento á otro.

Era casi la hora de ir á la fábrica; sentí entonces abajo el rumor de una llave; salí con gran sigilo al comedor, cogiendo antes de la mesita la caja de fósforos; busqué la escalera á oscuras; había dejado entornada, de propio intento, la puerta del piso; encendí luz, cuando bajé unos peldaños. Sí, era Bonet. Estaba lívido, los ojos centelleantes. Tiré el fósforo, no quise seguir viéndole; pero dije ardientemente en voz baja:

—¡Eso es vil!

No contestó, y tuve piedad; continué rápidamente.

—Va á despertar, suba usted, no lo sabe.

Le oí respirar fuertemente, como si sus pulmones se dilataran. Subimos y entramos, temblorosos, con gran cautela, como asesinos que fuésemos á matar á Juana.

Pero al entrar en el comedor, alumbrado por la luz de una palmaria que *yo no dejé allí*, retrocedimos

aterrados. Habíamos visto en el sofá sentada, inmóvil, desnuda, como una tremenda visión, con los ojos fijos en nosotros, ansiosos, agonizantes y la cabeza erguida como la de un galvanizado, aquella cabeza divina y gentil, trágica entonces, para Bonet y Paca Cielos, más espantosa y trágica que la de Medusa.

Había despertado, me llamó, no le respondía, y se arrojó de la cama inconscientemente para ver á Bonet. No le vió en el sofá, corrió á la *galería*, no estaba en ella, anduvo por el piso no hallándole, volvió al sofá y allí se sentó, desnuda, descalza, á esperarle, sin pensar en mí, sin pensar entonces que yo existiese. Bonet cayó anonadado en una silla, yo corrí, con un grito de angustia, á cogerla en mis brazos, obligándola á volver á la cama.

—¡Déjame! ¡Quiero verle! ¡Dile que venga! Decía estertorosa.

—Sí, sí, pero tranquilízate.

—Bueno, me tranquilizaré. ¿Pero no le llamas? ¡Bonet, Bonet!—exclamó como loca.

No respondió nadie.

—Bonet, repetí, venga usted.

El mismo silencio. Salí al comedor prontamente; no estaba. Busqué en todas partes, no estaba. Corrí á la alcoba y abracé á Juana, olvidándome de todo y queriendo morir con ella en aquel punto.

No sé contarte la desolación espantosa de esta mujer. Cuando estuvo convencida de que Bonet se había marchado, su cara, sus ojos, su ser entero expresaban solamente un horrible estupor. Dos horas permaneció con los ojos fijos en la puerta de la alcoba, esperando verle entrar. Se levantó súbitamente, se vistió sin oirme, sin hacer caso de mí, ni de la criada, que la instábamos á que se tranquilizase, por su hijo al menos, por el abuelito, ya que no por ella.— ¡Por Bonet! Hazlo por Bonet que tan-

to te necesita;—le dije con un dolor que me ahogaba.

Sí, por Bonet,—murmuró.—Y no hubo medio de impedir que entrase y se pusiera á arreglar el almuerzo para el hombre.

Cuando volvió la mujer con el almuerzo intacto de la fábrica, cuando dijo que no le había tocado siquiera, quedó silenciosa, como un loco que sintiera pasar súbitamente, una idea singular, vivísima, por su cerebro vacío.

—¿Por qué se fué Bonet? Mi cerebro estallaba también haciéndome esa pregunta. No quería hablar con ella, segura de que no había de contestarme. Parecía una idiota, ó una sonámbula, yendo de un lado para otro, sin saber, me parece á mí, á lo qué iba ni á lo qué venía.

No almorzamos. ¡Para almorzar estábamos!—Al empezar la tarde, hallábame á vueltas aún con mi pregunta. «¿Por qué se iría?» Juana no

había desplegado los labios, desde aquellas dos frases dichas cuando se levantó.

—¿Por qué no te acuestas; le pregunté? Lo juro, Corza, estaba yo para acostarme lo mismo que ella. Pero no me oyó, no me habló tampoco. ¿Lo creerás? Se sentó como de costumbre, en ausencia de Bonet, junto á los cristales del balcón, y se puso á continuar una blusa que le estaba haciendo.

Viéndola tan segura de sí misma, fuí al cuarto del abuelito. Aunque no quería producirle alarma, se lo conté todo; se me hubiera saltado el corazón si no se lo cuento.

—¡Ay Juana!—dijo el abuelo desoladamente. ¡El arbolito fué sembrado en arena!

Yo hice entonces la pregunta que estaba abrasándome toda la mañana.

—¿Por qué se iría? ¿Es por desdicha que no la quiere ya?

—Es todo lo contrario, respondió el

abuelo con hondo dolor; es que ha hecho un mal y le aterra ver el efecto que produjo; fué tanto su terror, hijo del afecto, que pudo más que el afecto mismo.

Por primera vez, desde que salí de Málaga, pensé en la dolorosa experiencia que tú y yo adquirimos, de una condición fatal de este hombre; su debilidad—hablaré claramente—su cobardía para resolver de un modo rápido en momentos críticos de la existencia. Estarás acordándote sin duda de sus espantosas indecisiones para abandonar la fábrica, y sustraerse de una vez á aquellas hembras horribles, que se desquitaron con calumnias contra la pobre Montero, de los desaguisados que anteriormente les causó su marido. Esta indecisión, esta cobardía de Bonet, trajo el drama, cuyo desenlace hubiera sido la muerte de ella, sin la trágica aparición de Narito despedazado. Naro salvó á Juana después

de muerto; no lo dudo. ¡Cosas de Naro!

No hay, pues, que hacer más cábalas, la situación no será agradable ni mucho menos, pero es clarísima. Del mismo modo que Bonet no pudo entonces sustraerse á aquel chismo-
reco femenino que le mataba, atizado y jaleado por la divina Ángeles; aquel espantoso engendro, mitad mujer y mitad sátiro,—y fué preciso que viese á Naro despedazado por la máquina y que él mismo cayese moribundo, para que concluyera aquel influjo inconcebible que le atraía como atrae el abismo y como atrae la duda,—así ahora, encuéntrase cobarde también para romper el encanto maléfico con que Caparrota empezó á dominarle y que fué creciendo á medida que fué el mismo Bonet, dándose cuenta del yugo que sobre él se uncía. Pero si antes ocurrió todo aquello para que el encanto se rompiera, si murió Naro, si estuvo á

punto de morir Juana, si el mismo Bonet ha estado moribundo, ¿qué tendrá que ocurrir hoy para que el encanto se rompa? Me acuerdo de las palabras dichas tan recientemente por Juana á su marido y un hielo mortal paraliza mi sangre. «Si no tienes fuerza de voluntad para que no se apodere de ti, nos mata ese hombre».

Bonet llegó por la noche con una tristeza y taciturnidad que me desarmaron; Juana le acogió amorosa; aunque la fiebre le había vuelto, mostróse animada en la cena, hasta comió para hacerle creer que su salud era inmejorable. Bonet no habló, ni la miró. El viernes fué al trabajo y al regreso, de noche, no salió una palabra de su boca. Parece increíble, pero es así. Hoy marchó al taller como de costumbre, y no vino al concluir el trabajo; es la una y media de la madrugada, hora en que te escribo; la cena está sobre la mesa desde las siete de la tarde y Juana está con

una calentura que asusta, sin hablar, sin llorar, sin hacer comentario alguno.

Me despido de ti, Corza mía, sin saber definir en este instante mi sentimiento; me trastorna el dolor por el giro que han tomado las cosas en este malhadado hogar, y me trastorna la alegría al pensamiento de que he de ver mañana á Pepe Alcudia. Mi corazón, por muy templado que esté para resistir todas las sensaciones, no puede soportar esas dos, tan violentas y contradictorias.

Mis nervios aniquilados, piden reposo, un reposo absoluto, á que no me es posible entregarme, con el espectáculo de esta desgraciada amiga; pero en medio de mi pesar por su pena inmensa y no obstante mi aniquilamiento moral y físico, borbota de mi corazón, de mi sangre, de mi ser todo un sentimiento de felicidad divina. ¡Perdón, Juana! ¡Perdón, Corza! Es la idea de mañana impo-

niéndose como amante acariciador y absoluto. ¡Adiós, adiós! Ahora mismo, mi corazón se oprime como si se despidiera de ti por mucho tiempo. ¡Por mucho, para un viaje largo, muy largo!

¡Adiós, Adiós! Piensa en nosotros, piensa en mí.



CAPÍTULO XXII

El desastre.

Al volver á la vida, Corza de mi alma, me encuentro en el mundo sola, sola como en el hueco de un ataúd. Siento mi cabeza llena de fantasmas, como mi corazón lo está de sollozos, que no se convierten en llanto desgarrador porque mi sangre muerta, mis nervios abatidos, me quitan alientos para llorar.

Puedes tranquilizarte; en los veinte días transcurridos, desde lo último que te escribí, pasó el aquilón sobre nuestras cabezas; se nos habrá llevado el alma y las entrañas, pero Juana vive, yo vivo también. ¡Yo vivo! ¡Pobre Corza, perdóname! No es mi soledad tan grande, te tengo á ti;

tengo al gran Gutiérrez, tengo á la señora de Lantigna; pero, ¿qué importa? El luto negro, negro me envuelve.

Saca bríos. Por muchos que tu corazón tenga, más te harán falta para ir viendo el monte de ruinas que he de poner delante de tus ojos, producto terrorífico de dos catástrofes. No pienses, por Dios, en la catástrofe mía, como yo no quiero pensar, para que pongas tu corazón y los dolores de tu corazón en la de Juana.

Al volver en mí después de la enfermedad peligrosísima, que me postró durante cuatro semanas, sin pensar en el desgarramiento de mi corazón, sin cuidarme de esta honda y enconada herida, mi primera idea fué para los dos seres desgraciadísimos, entre los cuales el vil Caparrotta se interpuso para ejercer sobre ellos su influencia infame; para llevarlos á la ruina, la desesperación y la muerte, contando con la horrible

ingenuidad de ese Bonet, con su debilidad innata y su corazón propenso á fantasmagorías sociales que van á enloquecerle.

Yo sé que tú dirás, como yo me digo, que si consiste todo en el influjo y atracción de una persona sobre otra, acaso Juana, ¿no la puede ejercer sobre su marido con más potencia y más facilidad que Caparrota?

Pero á eso no sé qué me dicen el abuelo y la señora de Lantigna, de que entre dos influencias el corazón humano, por una misteriosa ley de propensión al mal, se inclina á la peor, porque es la peor indudablemente, la que le ayuda á seguir sus impulsos. Además, Juana es una naturaleza cándida. Tú y yo tal vez, en idénticas condiciones, nos atreveríamos á asegurar que al fin de la partida, el vampiro, por mucha sangre que hubiera chupado, no sería toda; y que á sus armas viles hubiéramos opuesto otras, nunca de peor ley,

pero que Juana no sabe esgrimir, y aunque supiese que se esgrimen, jamás las esgrimiría. Tú sabes, Corza, cuáles son estas armas, mucho más fácil de sacar de sus fundas, y hacerlas blandir y centellear á los ojos del alma del hombre, cuando amamos á ese hombre y estamos seguras precisamente de su amor.

Juana, jamás. Juana muere, cumpliendo con su deber sin una coquetería, sin un detalle estudiado, de esos millones de detalles que el instinto femenino sabe crear sin perder su pureza, ni su castidad para seducir, no á un hombre, sino á un marido. ¿Pero en qué divagaciones me meto, con lo que hace ella ó haríamos nosotras? Cada alma humana tiene sus profundos, recónditos secretos. ¡Quién sabe si tú y yo, aun no pareciéndonos á ella, no haríamos en idéntico caso, lo que ella hace!

Es lo cierto, Corcita, que lo primero que supe por boca de la señora de

Lantigna, aunque te parezca increíble, fué que Bonet se había quedado sin trabajo; que habían despedido á la sirvienta y veíanse ya en situación tristísima. ¡En cuatro semanas! Me quedé mirando á esta venerable señora presa de profundo estupor.

—Te lo he dicho, hija mía, añadió afablemente, porque Juana no deja de venir y ha de decírtelo ella. Diciéndotelo yo, estarás algo preparada para que te impresione menos vuestra primera entrevista.

No quiso añadir más, pidiéndome que guardase silencio; yo no quería hablar tampoco, y lloré calladamente la catástrofe de Juana y la mía. ¡La mía, Corza!

.Tranquilízate. Estarás leyendo esto en un mar de confusiones y con el corazón aterrado, después de esperar mis cartas con tan viva ansiedad, durante tanto tiempo; todo lo que me dices en las tuyas, breves, angustiosas que me entregaron ayer, me lo

explico. ¡Todas preguntándome por Juana! ¡Todas hablándome de Pepito Alcudia! ¡Oh, no quiero hablar de lo mío, enloquezco de horror, todo da vueltas delante de mí; el vértigo del espanto me acomete y pienso que voy á ser presa otra vez del delirio. ¡Oh, espera, Corza, necesito tranquilizarme; necesito descansar. ¿Puedes hacerlo? ¿Estarás tranquila? Porque ya sé que la misma Juana te ha telegrafiado, diciéndote que estábamos bien y que esperases mi carta.

Continúo escribiéndote, después de haber visto á la Montero; ha estado aquí sentada á mis pies, apoyada en mis rodillas como otras veces. He visto con el alma muerta sus ojos hundidos, sus pómulos descarnados, sus mejillas sin aquella tersura suave. Me pareció toda ella una triste hoja de otoño caída á mis pies; la

abracé muerta de dolor, las lágrimas me ahogaron.

—Juana, dulce Juana, le dije. ¿Eres tú aquélla?

—¿Y tú? ¿Eres tú? Preguntó llorando en mis brazos.

Era verdad, Corcita; yo soy una sombra de la Paca Cielos hermosa y gallardísima que conocíamos hace un mes.

Los que en un principio parecieron hechos aislados en Bonet, que tanto dolor, no obstante, habían producido á Juana, convirtiéronse rápidamente en un modo de ser nuevo del hombre; faltar de su casa con frecuencia, pasar las noches en claro sin parecer ante ella, no dar explicaciones, manteniéndose en una taciturnidad huraña y triste, fué ya cosa común en Bonet; y que Juana, criatura infelicísima no hablase, no levantase su grito de protesta, fué también cosa muy natural; á esto se añadió pronto una nueva agonía; Bonet

empezó á mostrarse refractario á la fábrica; perdía horas y aun jornales enteros; pasándose las noches en vela, —no sabía Juana de qué modo,—iba rendido al hogar; el sueño, el cansancio, le impedían después levantarse á hora oportuna; al faltar una hora al trabajo, encogíase después de hombros; «lo mismo daba ya medio día». Costábale luego Dios y ayuda, empezar por la tarde, no habiéndose puesto á la tarea desde por la mañana.

Aquella conducta extrañó mucho á su Jefe; Bonet había dado pruebas no sólo de ser un trabajador muy hábil, sino un hombre serio y puntual; se le había tenido consideración, por lo tanto, pero no era posible que las cosas continuasen así; no daba explicación nunca; aparecía serio y taciturno unas veces, muy pensativo otras, pero con una indiferencia y un desprecio de todo, que hacía á Juana enloquecer.

—¿Está usted enfermo? le preguntó su Jefe una tarde. Movi6 Bonet la cabeza negativamente.

—¿No? ¿Por qué se conduce usted de esta manera entonces?

Como se encogiese Bonet de hombros, la conclusión fué inmediata; le despidieron.

El invierno viene, Corza, el frío empieza; no conocen aquí á nadie; lo economizado es poquísimo, porque además de lo que te dije, Bonet, en contra de la costumbre que le conocíamos, en un mes ha gastado en *cosas suyas*, que no sabe Juana cuáles son, más dinero que haya podido gastar en su vida; es horrible; Bonet en la pendiente, ya no hay duda de que ha de rodar; Juana, se pone como loca, su atonía es inmensa, su impresión más exteriorizada es la del asombro. No concibe que Bonet haga eso, y es que olvida al demonio infame que el mísero tiene junto á sí.

En una palabra, figúrate á una

débil mujer, logrando elevar en semanas, en meses, con agonías formidables, un bloque gigantesco á la cúspide de un monte encrespadísimo; ese fué el trabajo de Juana para la reconquista de Bonet; pero figúrate también á la triste, viendo súbitamente, en un segundo, despeñarse el bloque y rodar al abismo; así ha visto descender á Bonet, así le ha visto rodar y ella se quedó en la cúspide como una figura desolada que abandonaron los cielos.

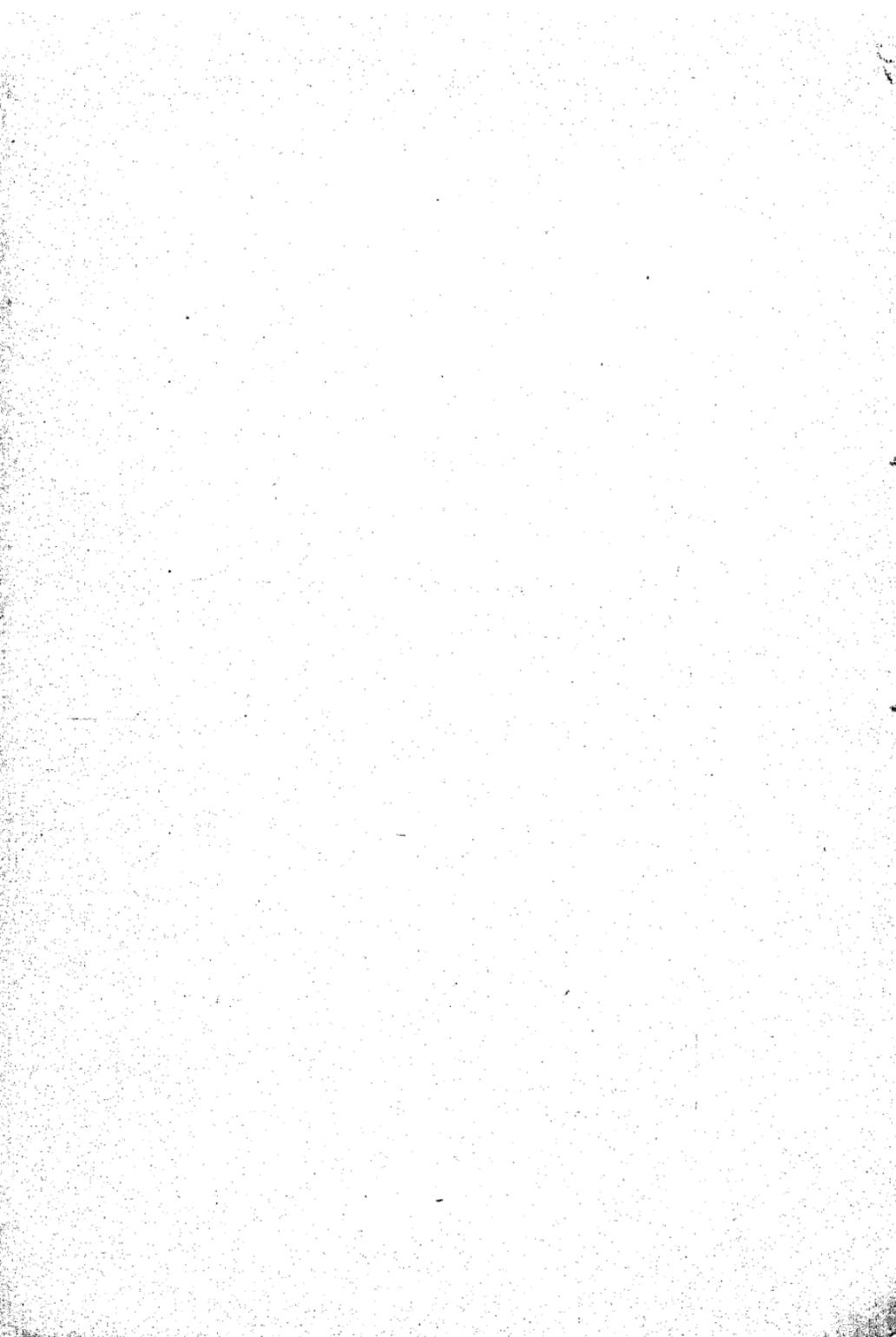
¡Con qué resignación hablaba!
¡Con qué suavidad, sin una queja y sin un reproche!

—¡Pero tienes fiebre, Juana mía! le dije sollozando. Me echó los brazos al cuello y no quiso oirme, ni quiso otra cosa que saber de mí. ¡Oh, tenía atención aún en medio de su desdicha, para consolar la de los otros!

Se sonrió, cuando le dije esto, como á ella únicamente la he visto sonreir en el mundo.

—Como tú,—dijo; porque tú sufres, Paca, y has pensado en mí ante todo. Háblame, cuéntámelo, hija mía.

Se lo conté, pero no tengo valor para contártelo á ti ahora; será en otra ocasión, será otra vez mañana seguramente. Pero tú, con lo que dije de Juana, tendrás ya motivo bastante para perder la cabeza. Así estarás prevenida para saber lo *otro*. Corza, me muero... ¡Me muero!





CAPÍTULO XXIII

¿.....?

Cumplo mi promesa y te escribo; lo hago ocultándome, porque mi carta de ayer me dejó extenuada, y la señora de Lantigna se alarmó extraordinariamente; por nada del mundo le quisiera producir una pena; pero te lo ofrecí y lo hago con el propósito irrevocable de no volver nunca más en esta vida á concebir una ilusión y á confiarme á la esperanza, aunque esté viendo que se convierte en realidad.

Me exalto mucho, es una agitación nerviosa que me anonada y me hace estremecer violentamente; miro en torno y es necesario que me dé

cuenta bien con propósito firme de dármele, para no estallar en gritos de horror y no precipitarme como loca á la puerta para huir aunque mi cuerpo convulso se estrelle contra una pared.

Lo recuerdo todo; no me había acostado, mis nervios estaban excitadísimos; llegó Bonet á las siete de la mañana y llegó luego para mí la hora tremenda. La Montero no había podido levantarse; Bonet se acostó en otra habitación; dejé á la infeliz amiga muy recomendada á la mujer; conduje al abuelo á su alcoba, y le dejé cómodamente en su sillón junto á la cama; él sabía bien lo que en mi corazón pasaba, le abracé y me bendijo.

No pensé en ataviarme; me pareció un sacrilegio; iba como cuando salíamos con Bonet ¡como cuando salíamos! Parece que transcurrieron muchos años desde entonces; pero sin ataviarme, yo lo sé, Corza, iba de-

cente y digna, como corresponde á mi pobreza. Al llegar al desembarcadero, lloraba aún, no sé si por lo que en el hogar había dejado ó por la emoción de lo que en el muelle esperaba.

Al preguntar por él «Mercurio» á un carabinero que paseaba delante de su caseta, díjome sencillamente y esta fué mi primera impresión, extraordinaria, enorme, que *había arribado dos días antes*; creí caer muerta. Pepito Alcudia no sabía la dirección de nuestra casa, íbamos á estar los dos en Barcelona sin saber uno de otro; era cruel, nunca hubiera podido sospechar esto; tuve lucidad, no obstante, para reflexionar que él andaría buscándome; luego, pensé también que me habría escrito con toda seguridad, por el mismo conducto de la calle del Tiro, para que llegase su carta á Barcelona y supiese yo de él.

Pensé también de pronto, que habiendo llegado él antes y no pu-

diendo verme por no saber mi dirección, el mismo día que hubo señalado en su carta, para el arribo, iría sin duda al muelle á buscarme; pero ¿me conocería él? ¿Le conocería yo, con los años que han pasado? Tendí la mirada inútilmente á todas partes; palpitaba mi corazón, hasta creer que se rompía; me apoyé en la caseta, porque todo empezó á girar delante de mí; el carabinero me ofreció su banquillo, con mucha solicitud; yo hablaba maquinalmente de mi decepción, y un hombre, con apariencia de obrero que estaba cerca, me oyó sin duda, y dijo, aproximándose:

—El «Mercurio» no se hizo á la vela. ¿Por qué no va usted? El sobrecargo quizás tenga noticia.

Era una débil esperanza, pero ví el cielo abierto; en un instante estuve en el «Mercurio». Cuando dije mi nombre al sobrecargo y me presentó una carta sin que yo acabase de hablar, sentí contraerse mis labios y go-

titas de sudor frío salieron á mi frente; era la letra de la primera carta; decía Pepito Alcudia, que llegaba enfermo.

La vista se me nubló; después de un rato acabé de ler; era muy breve, me daba las señas del sitio donde iba á vivir, calle del Hospital... lancé un grito de estupor, era la misma casa, el mismo cuarto de la señora de Lantigna.

¿Tú creerás, Corza, que corrí desalentada á la calle del Hospital? ¡No! me senté; pasó mucho tiempo antes que pudiera moverme; mis piernas parecían de plomo; sentí los latidos de mi corazón en la garganta, unos golpes lentos, grandes. ¿Qué relación había entre Pepe Alcudia y la señora de Lantigna? Recordé entonces que esta señora había ido á una torre que tiene en San Gervasio, y estaba en la creencia de que permanecía allí. No puedo explicarte mis sentimientos, ni la gran conmoción de que era pre-

sa; sentía frío en la boca, ardor en los párpados y así, como desfallecimiento en el estómago, cual si no hubiese comido nada en mucho tiempo. Pregunté á la portera si la señora de Lantigna había regresado y contestó que nó. No tuve ánimos para preguntarle otra cosa.

Cuando sentí vibrar el timbre de la puerta después de haberlo yo apretado, creí que era un ruido de mundos desplomándose. Abrió el viejecito de que ya te hablé; recuerdo como un sueño fantástico y horrible lo que en seguida pasó; el rostro del viejo parecióme lívido. ¡Cosa extraña, no pensaba entonces en Pepe Alcudia! Al preguntar maquinalmente por la señora, pues sabía yo demás que no estaba, contestó aquel viejo de rostro de cadáver:

—La espero.

Pasé al saloncito donde tantas veces había estado ya, y quedé inmóvil, mirando en torno, sin salir de mi

sueño. ¿Y Pepe Alcudia, dónde estaba? Me pareció entonces distante, muy distante, en el confín de los espacios, parecido á una estrella, ora reluciente, ya apagándose, como el parpadeo misterioso de un fantasma de la inmensidad.

Sentí entonces pasos muy apagados, como de alguien que se acercaba sigiloso; en mi extraña sensación de sueño, volví momentáneamente á la realidad de las cosas, en una inmensa sacudida. Dándome cuenta del motivo que allí me había llevado, mi sangre paralizada ardió y circuló de pronto como en latigazos fieros, aflu-yó á mi garganta, á mi cabeza y vibró en mi pecho con latido gigante. ¿No estaba allí por Pepito Alcudia? ¿No era Pepito Alcudia quien se aproximaba? Avancé, como si un resorte mágico me impeliese. ¡El venía! Corrí hacia la puerta, esperando ver su imagen en el dintel... La imagen real, tangible... sin pensar entonces

que no había salido Pepe á mi encuentro, que no le había visto en el salón, aguardándome, que la portera afirmó que la señora estaba ausente y que el viejo, al abrir, afirmó, por el contrario, que la señora me esperaba...

No había señora para mí en tal punto, no había noche ni tiempo, no había mundo ni seres, no había corazón ni alma, no había más que Pepito Alcudia acercándose á la puerta á que yo iba á llegar... Llegué, la abrí, pero me hice atrás inconscientemente, loca de terror, porque no había sido Pepe Alcudia quien se presentó en el dintel, Corza; había sido la divina Ángeles.

Por muy animosa que seas, te harás cargo de toda la inmensidad de mi horror en aquel punto. ¡Oh, pero no le dí el espectáculo de mi miedo! Quedé de pie, muerta, más que muerta, considerando mis dos catástrofes; Pepito Alcudia volvía á su condición de fantasma; no me había escrito, ni

existía como no fuese sobre la enorme llaga de mi corazón; y no siendo bastante, resurgía en cambio, aquel monstruo, delante de mí, como una burla sangrienta.

Porque ella, con su risilla aguda de sonos metálicos, con su aliento inmundado, silbándole al salir de su boca enorme por la feroz mella negra, me lo decía con una espantosa expresión de gozo en su cara de pergamino reseco y en sus ojillos infames, viles, centelleantes como chispas venenosas.

—Bien te sorprendí. ¡Cuánto candor para caer en la red, Paca Cielos! Todo estuvo admirable; la idea de escribirte, sacando á relucir á Pepito Alcudia, la de mandarte la carta á la calle del Tiro, lo de que no nos viésemos en el muelle, y mi segunda carta, para conseguirlo. ¡Ah, creíste que yo no tenía noticias de tu locura por Pepito ni de esa familia fantástica! ¡Ah, si tú supieras!

Y rió calladamente, con su risa horrible, que acabó con un aullido. Sin que mi espanto decayese, frías, heladas mis carnes, como las de un muerto, estuve mirándola, hasta que empezó á hablar; y entonces, al oír sus palabras, aquel terror fué trocándose en una pena silenciosa, augusta, más horrible que todos los espantos y todas las muertes.

Tiré la carta que me dieron en el vapor y que había conservado en la mano, sin pensar; saqué del seno lentamente aquel otro papel que había tenido sobre mi corazón tantos días y lo hice pedazos... ¡Oh, qué cosa más grande pasó por mi alma al verlo caer á mis pies! Había yo tenido sobre mi carne, había acariciado con su latido, había besado, había contemplado con adoración aquella carta escrita por el monstruo con sus manos infames. ¿Por qué no morí de verdad entonces?

Ella me miraba, y su voz hería

mi corazón y mi carne. Pude comprender en tan tremenda hora, la profunda maldad de aquel corazón que no se conmovía al presenciar el daño que su fuego lúgubre había hecho en el alma sin experiencia de una infeliz mujer.

¡Conmoverse! ¿No estaba ella diciéndolo con una fruición en su rostro macabro, de ojillos viles, de párpados sin pestañas?

—Es dulce como la miel, poderte martirizar sin matarte, ¡Paca mía! Es dulce como la miel, poderte martirizar con algo que sea peor, muchísimo peor que morir. Porque yo no te puedo matar; te lo dije otra vez... Pero considera lo que yo habré gozado allá, en remoto país, considerando á mi vez, tus delirios, tus ilusiones, tus fantasmagorías, con la carta de Pepito Alcudia sobre tu corazón, con la carta que yo había ideado y escrito, rugiendo de envidia, pero libando mis deleites, al pensar

también en todos los deliquios que iban á transportar tu alma, loca de amor, durante el poema de tu espera. ¡Maldita! ¡Cuánto le quieres!

Intenté dar un paso para salir.

—Espérate, añadió, alargando para detenerme sus manos huesosas de larguísimos dedos ganchudos, aquellas manos que se paseaban en días no menos horribles, sobre mi cuerpo medio desnudo, como arañas enormes, haciéndole temblar de horror.—¡Espérate!

Su aliento se hizo estertoroso, y sus labios repugnantes se dilataban con aquella sonrisa pavorosa, como de bestia apocalíptica; una risa, horriblemente refinada al mismo tiempo, risa, en fin, con todas las brutalidades y todos los más exquisitos pensamientos de no sé, ¡ay Dios! qué aspiraciones supremas de aquel corazón de demonio.

—¡Déjame verte! Déjame ver tu cara, tus ojos, tu boca, tu cuerpo,

todas las perfecciones que acusan en verdad la existencia de Dios, de un Dios infame para mí, que creó la belleza y la armonía del mundo, de los seres, de las cosas, de todo lo que alienta y vive, desde la florecilla del suelo hasta el luminar de los espacios; que creó en mí la intención de lo bello y dióme un exterior monstruoso; que admirando, que amando la belleza, hace huir de mí lo que amo, lo que admiro, como huyes tú, como mi pensamiento que centellea, quisiera huir de mí misma. ¡Ay—rugió, retorciéndose como una pantera!—¿Por qué? ¿Por qué? Si Dios hizo de mí un monstruo, ¿por qué me dió un cerebro para crear, por qué me dió facultades de pensar y sentir? ¿Por qué me admiran y me enloquecen todas las bellezas, las que mi pensamiento potentísimo descubre, internándose en los corazones, como tu amor, como el deber de Juana Montero, y toda hermosura externa,

el cielo y el mar, una flor y un niño, una perfectísima silueta humana de hombre ó mujer, y más me admiran y enloquecen cuanto mayores el contraste de la belleza con mi deformidad espantosa de monstruo? ¿Por qué no puso también la noche en mi inteligencia, por qué no secó á la vez la fuente de mis ternuras, las de mi alma y las de mi cuerpo? ¡De mi cuerpo!—repitió en un aullido lamentoso.—¿Por qué todos me han odiado, todos me han despreciado, todos me han burlado, todos me han cerrado las puertas de su corazón, todos han huido de mí, como de la gangrena ó de la peste, desde las niñitas bellas que yo amaba en el colegio, hasta el tío Salvador, el hermoso y brutal marido que quise comprarme, para tener alguna vez algo bello, que me perteneciese aunque la belleza estúpida, grosera, ya que no podía ser otra; como el mancebo soñador al crearse el fantasma de una princesa castísi-

ma, dulce, y no encontrándolo á mano en sus exaltaciones plásticas de hombre la busca entre las mujercillas del burdel?

¿Sientes mi horror, Corza? ¿Penetra en tu alma? ¿Penetra en tu sangre? ¿Penetra en tus huesos? Yo estaba de pie aún, inmóvil, con la espalda en el muro, caídos los brazos, desencajados los ojos, fijos en aquel ser que se retorció, que se hacía pedazos delante de mí.

Vino á mí de repente, con los brazos atirantados, echados atrás, el cuello, la cabeza, el cuerpo hacia mí, distendidos, los músculos caídos en sucias guedejas los pelos grises, con chorros de lumbre terrorífica con sus ojillos tenebrosos, la nariz dilatada, agrandados horriblemente los agujeros de sus nazales, lívido el rostro; una lividez de tintas azules muy marcadas, como la de un muerto, en descomposición,—torcida la boca dejando ver todo el horror de la mella

de sus dientes negros, cayéndole por las comisuras el virus blanco de que siempre guardé tan horrenda memoria... Vino hacia mí de este modo, y habló otra vez, quemándome, salpicándome la cara con su veneno:

—Pero en ti está todo; en ti lo concentré. ¡Eres el divino ideal de belleza! Yo predije lo que serías cuando fregabas los suelos en el casuco de la calle de la Jara. Tu corazón, tu rostro, tu carne han de rendir y esclavizar á muchos hombres en el torbellino del mundo. Arderán las almas, junto á ti, en fuegos fantásticos, infernales, como los fuegos en que se consume la mía. ¡Te amo! Te aborrezco además de amarte, porque eres mi imposible. Hombre ó mujer. ¿Qué importa? La belleza no tiene sexos. Yo vivo en el infierno de mi amor, retorciéndome en sus brazos sin morir de una vez, maldiciéndote y adorándote, sin valor para herirte, pero hiriendo, destruyendo lo que te

rodea. Déjame destruirlo todo ya que no puedo herirte, ya que no puedo echar abajo de golpe con estrépito de altares que se derrumban, esos divinos tesoros de tu cuerpo, esas divinas transparencias de tu carne, ese trabajo gigantesco y sutil, inspiradísimo, de tu forma.

Acercó más su rostro al mío, la sentí jadear, llegó á mi cara más vivo, su vaho pestilente y el contacto helado de las viscosidades de su boca.

—¡Apártate, por piedad!—exclamé moribunda, queriendo tender las manos y alejarla de mí.

Pero cogió mis manos y apretándolas, apretándolas, dijo roncamente:

—¡Te dejaré, si me besas! Si me besas una vez sola sin repugnancia, suavemente como un alma cual la tuya sabe besar, como si besaras á tu madre, como si pusieras tus labios amorosos sobre una florecilla de la tierra. ¡Bésame!... y hasta seré buena,

hasta seré capaz de hacer bien desde ahora mismo.—¡Se acercaba!

—No me toques,—grité, en un espasmo de horror.—¡No me toques! ¡Mátame primero!

Soltó su risa helada, sus manos aflojéronse.

—¿Lo ves?—prosiguió en tono horrible, de sarcasmo y maldad.—No importa, haré pedazos todo lo que te rodea, no respetaré nada, ni aún á mi madre. ¿Sabes tú quién es mi madre?—Y su boca se dilató al reír, como una descomunal herida de bordes azulados...—Pero antes de irte— aulló aún la espantosa criatura, soltando, desgarrando mis ropas con sus dedos de acero agudísimos,—antes de irte, déjame abrasarme en la contemplación de tus bellezas que me matan, déjame saciar mis ojos en los tesoros inmaculados de tu cuerpo maldito.

—¡Piedad!—grité retorciéndome, debatiéndome. ¡Socorro!—Y clavé mis manos en las tuyas; pero mis

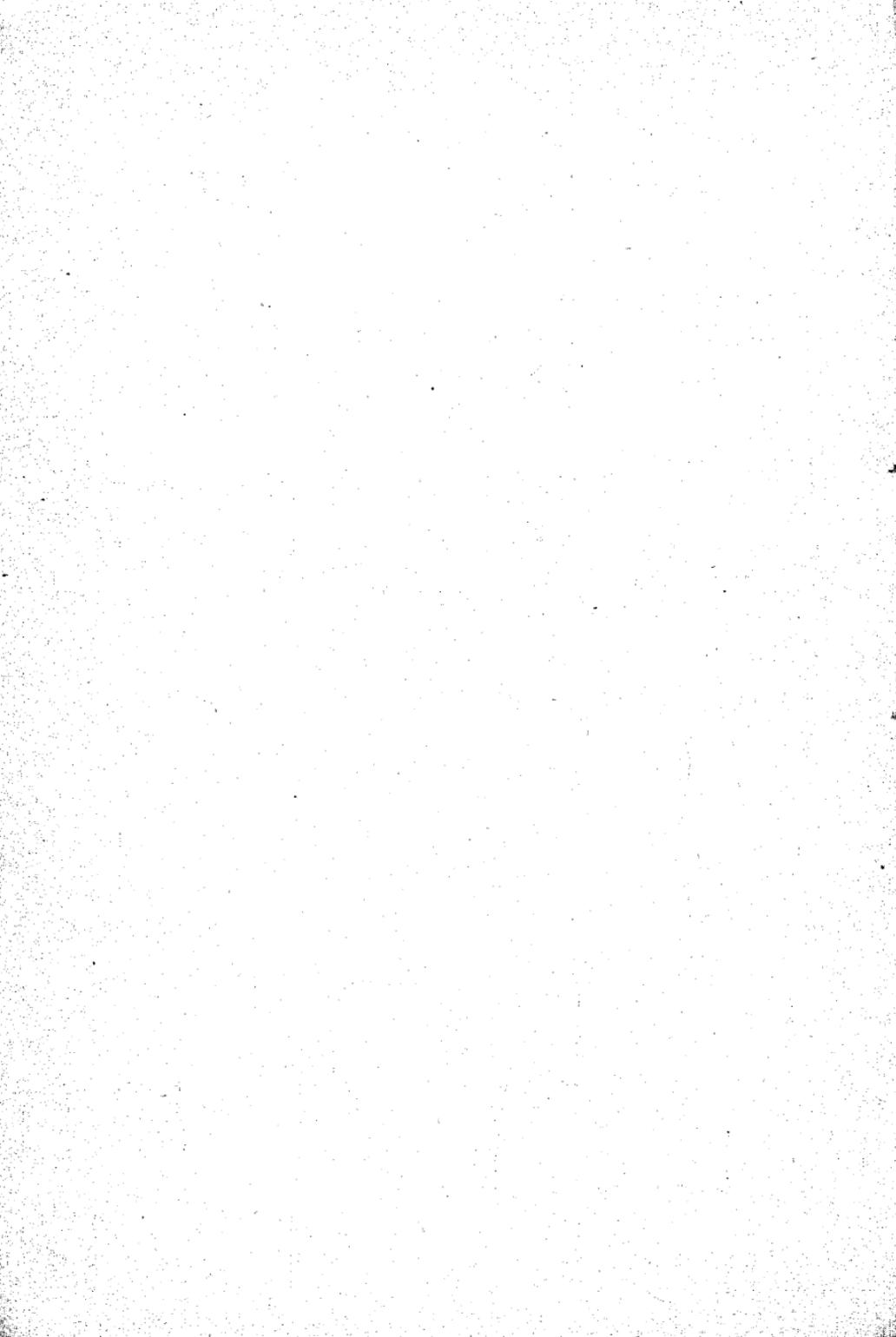
fuerzas aniquiladas no pudieron luchar con las de aquel demonio. Sentía sus palabras aún, entrecortadas, rugientes, como lenguas de fuego de un volcán que lamieran mi rostro; sentía crujir, rasgar mis ropas con la feroz acometida; sentí, con los ojos nublados, como en la última percepción de las cosas en el instante de la muerte, el frío de mi carne desnuda; mi pensamiento, en aquel segundo formidable, fué á Dios. Y entre las congojas del síncope, sostenido mi cuerpo sobre la pared, no por mi voluntad, no por el esfuerzo propio de que carecía, sino por la misma violencia de la zaga, furiosa, sentía aún sus palabras silbantes, feroces, de hieles, fuego y virus.

—¡Grita cuanto quieras! ¿Qué importa? ¿No es lo mismo todo?... ¿Todo menos tú? No hay más poder ni más Dios que tu belleza suprema idealizada por mí misma, cumpliéndose la maldición que llevo sobre mí. ¿No te

lo dije? ¡Ni á mi madre respetaré!
¡Ah! ¡Tú no lo sabías! ¡Tengo madre
y así y todo Dios me maldijo! Y tú,
sola, infeliz engendro que abortó el
acaso, sin madre, sin nadie en el
mundo... ¡Oh, Dios! mátame; máta-
me de una vez.

Hablaba, hablaba... Yo moría...
pero la ví echarse atrás súbitamente
como un tigre y caer sobre la alfom-
bra, retorciéndose en espantoso ata-
que de epilepsia, á la vez que tuve la
sensación de mi cuerpo al doblarse,
de mi cabeza al caer y rebotar en el
suelo. Cerrábanse mis ojos, apagába-
se mi inteligencia, y la veía aún
retorcerse, como á través de una gasa
tupida; y la oía rugir aún.—¡Madre!
¡Madre!—Volviendo los ojos horri-
bles, desencajados, fuera de las órbi-
tas, á la puerta de la habitación, invo-
caba todavía el nombre sagrado:—
¡Madre, madre!—Volví también los
ojos vagamente, en lo que me pareció
fin de mi agonía, y pude ver en el

umbral como una forma lejana, pero destacándose maravillosamente, la figura de la señora de Lantigna.— ¡Madre!—rugía el monstruo, revolcándose, retorciéndose, con silbidos, con aullidos lúgubres. Perdí la vista dulcemente. No ví ya, no sentí, no sufrí. Y en la quietud fría y solemne del no ser, creyéndome muerta, creyendo á mi alma elevándose á las alturas infinitas, oía aún, lejos, muy lejos, allá, como en lo hondo de la inmensidad misteriosa y solitaria: ¡Madre! ¡Madre!





CAPÍTULO XXIV

Compensaciones.

Corza, ¡qué inesperados serán para ti estos renglones! No es de Juana de quien quiero hablarte; ella camina por su calle de amargura; va á su calvario con la cruz á cuestas; si la Virgen Santa no interviene con un milagro estupendísimo, en su cruz morirá, cumpliendo así no sé qué misión, en la que yo pensaba sin saber cuál fuese, cuando la veía al pie de su telar, como una diosa delante de su trono.

No es de Juana, no; es de mí todavía: pero no tiembles; por muchas pesadumbres que tenga que contarte, ¿podrían ser mayores que las que ya

te conté? Si una puñalada parte el corazón, ¿qué le importan al corazón otras cien heridas?

Hablemos de mí, y aunque te parezca lo que ahora voy á decirte, producto de mi espantosa pesadilla pasada, quiero que te prepares para recibir una impresión... Una gran impresión de alegría.

—¿Es posible?—preguntarás, seguramente.—¿Una alegría, Paca Cielos?—Lee y verás: ayer, después de haberse marchado Juana con su niño, —porque Juana, á pesar de la atroz pesadilla que la está desgarrando toda, tiene aún serenidad para venir á consolarme;—después de haberse ido la señora de Lantigna, sentada en el mismo sillón que la Montero había ocupado, exclamó desoladamente:

—¡Pobre Juana; cuán poca fué su fortuna! Esta exclamación sincera no la extrañé; le ocurre á la señora de Lantigna, como á todos los corazones

bien templados: siente las pesadumbres de los demás, hasta el punto de no pensar en las suyas.

Le expuse toda mi gratitud por aquellos sentimientos que Juana causábale; pero no parecía oirme, extendiéndose en angustiosas consideraciones acerca de las vanalidades de la vida; era increíble que aquel hombre que con tan alta nobleza se había expresado la vez única que estuvo en su casa fuese quien había traído á su hogar, en tan escaso tiempo, la desolación y la ruina.

—Pero salgamos por un instante de ese abismo,—añadió con su manse-dumbre usual,—para que nos confortemos á su borde con un rayo de sol. Dejemos á Juana para hablar de otras cosas.

Sentí un estremecimiento de muerte. ¿Qué cosas serían aquellas? ¿La divina Ángeles tal vez? Como si adivinara mis terrores, se apresuró á tranquilizarme.

—No es lo que has pensado, hija mía; no es de *ella* de quien te quiero hablar.

Estrechó mi mano con amorosa expresión y en medio del trastorno en mí producido por el recuerdo de la divina Ángeles, tuve valor para articular estas palabras.

—Sin embargo, es hija de V.; yo la oía perfectamente; no fué que me lo inspirara la calentura.—¡Madre! ¡Madre!

—¿Y por qué he de negarlo?— exclamó la infeliz mujer, irguiéndose con dignidad suprema.—¡Es mi hija sin ventura! Dios lo quiso, pero no me creo culpable porque naciera de mis entrañas un ser así. No me creo con culpa tampoco porque mi corazón la ame.

Lloró amargamente largo rato, sin que yo me atreviera á profanar con una palabra aquel dolor de dolores. ¿Hay acaso en el mundo pena más digna de respeto que la que su-

fre un padre por la maldad de sus hijos?

—Señora,—dije al fin, tristemente, —perdóneme V. por mi ingratitud.

—No, Paca; estás en tu derecho al quejarte y yo estoy en el deber de contártelo todo; pero déjalo hoy; permíteme este respiro á una infeliz anciana que tanto sufre. ¡Es verdad; ese espantoso engendro de mujer es hija legítima mía y de mi pobre marido, que fué á la tierra por fortuna suya, antes de que esa hija se mostrara cual hoy la conocemos! Ocasión ha de haber en que podamos hablar de la desventurada; cuando estés más fuerte; cuando confíes un poco más en la vida, para que soportes con menos trabajo la impresión tremenda.

—Bueno, amada señora; no sufra usted, yo se lo suplico.

La besé en los ojos con toda la fe de mi alma; y dijo la triste como en un estertor agónico:

—¿Por qué la hija sin ventura no se

parece á ti? ¿Por qué no se parece á su hermana, infelicísima también por causa de ella? Dios de mi vida, todo lo asoló á su paso, todo lo convirtió en ruinas; las desgracias de los Bonet, las desdichas tuyas, las de su hermana, han sido ejemplo de su perversidad sin nombre; pero no,—añadió prontamente con desgarrador sollozo,—no es perversidad, es locura, está loca y no hará más daño.

Me trastornaba aquel dolor supremo. No supe qué decir... Lloré con ella.

Se serenó un poco y dijo entrecortadamente, que la divina Ángeles había sido reclusa en una casa de salud con consentimiento del tío Salvador, que permanecía en Málaga...

—Pero no se hable más ahora de Ángeles, ni de nada que le concierna; ya te lo supliqué; de ti quiero hablar y de otras personas.—Y mirábame entonces con una particular atención.—Fíjate bien, Paca Cielos, en lo que

voy á decirte: tú conoces á mi otra hija.

Quedé mirándola atónita, devorando con mis ojos aquel semblante venerado, que entonces parecíame de una placidez incomprendible.

—¿Que yo la conozco?—pude hablar al fin.

—La conoces y la amas.

—¿Y sabía V. que la conocía cuando yo tuve la suerte de conocer á V.?

—Lo he sabido hace poco; durante tu enfermedad.

—¡Por Dios!—exclamé azoradamente,—¡dígame V. el nombre de su otra hija...! ¡Dígame pronto!

—Te lo diré, pobre Paca, y es una compensación que te debo.—Mirádomede de una manera intensísima, añadió estas palabras con lentitud:

—Su nombre es Magdalena.

No caí al suelo porque la anciana, con poder sobrenatural, sostúvome; creí morirme. La señora de Lantigna se aterró.

—¡Por Dios, Paca!—dijo temblorosa.—Y respondí con el aliento más que con la palabra.

—Pero yo no he conocido en el mundo nada más que una mujer que se llame así. La mujer de D. Gabriel, la madre de...

 Mi vista anublóse; mis dientes entrechocaban.

—Esa es, hija mía; pero repórtate, cálmate; de lo contrario no podré decirte otras cosas que te interesan mucho.

—¿No son desgracias?—exclamé tan desgarradamente sin duda, como la señora de Lantigna había hablado antes para expresar su dolor:

—No,—y la dulce mujer rodeaba tiernamente mi cuello con sus brazos.—Dios ha querido premiar en la tierra tu constancia, tu fe, tus resignaciones.

—Yo no tuve mérito alguno, ¡por Jesús crucificado, compadézcase usted de mi ansiedad!

—¿Te ha parecido poco educar tu inteligencia? ¿Transformarte intelectualmente para ser digna de la amistad de un hombre, á quien, en resumen, considerabas como un fantasma?

—¿Vive la señora de Alcudia?—interrogué ardientemente—¿vive y es dichosa? ¿vive y se acordó por casualidad de mí, en alguna ocasión?

—Vive y no es dichosa.

—¡Ay, Dios!

—Vive y tiene noticias tuyas; vive y te quiere... Te quiere mucho; pero tranquilízate por la Virgen, ó no continúo... Vas á recaer; anduve muy ligera al iniciar esta conversación; son muchas cosas las que he de decirte y te has puesto de un modo que no me podrás oír.

El corazón se me hinchaba; no podía hablar, no podía llorar; la señora de Lantigna me abrazaba fuertemente para contener mi temblor.

—Vamos, hija mía; no turbes esta hora de consuelo para mí, impidiendo

do darte una alegría. Tú eres valerosa; no desmientas tu fortaleza; si una hija mía fué mala para ti, ten valor para oirme hablar de otra que es por el contrario muy buena, y será para mí un gran consuelo.

¡Cuánto amor, cuánta caridad, cuánta delicadeza en esta mujer infeliz con la nieta humilde de Frascquita Antúnez! Sólo la amenaza de no seguir hablándome de aquellos amigos míos,—atiende, Corza, que no decía aquella amiga, aludiendo á doña Magdalena, que decía *aquellos amigos...* ¡Luego había otro!—sólo aquella amenaza, pudo lograr que me dominase, que pudiese hablar, que pudiese llorar...

Entonces, cuando me dí cuenta un poco de mí misma, cuando las lágrimas aliviaron mi pecho, la bendije. ¡Quién había de creer que esta señora fuese madre de Doña Magdalena, y quién primero me hablara de mi sombra adoradísima como de un

ser corpóreo, tangible, un hombre, en fin, de carne y hueso! No puedo seguir, te lo juro ¡ahora que ha pasado todo! la idea, aquel instante, parece que me anonada y me pongo á temblar, pensando, aunque estoy muy despierta, que todo ha sido un sueño... Un sueño de ilusión.

Viéndome más animosa, díjome en tono plácido:

Yo sabía que amabas... tú me lo confesaste; pero yo no sabía á quién era; hoy lo sé. ¿Quieres también que te lo nombre?

Sentí agolparse impetuosamente toda mi sangre á mi cara, á mis ojos; detúvose mi respiración, no supe hablar, no pude. Ella seguía.

—¿Tienes fuerzas para andar un poco? Levántate, apóyate en mí.

Lo hice; estaba otra vez muriéndome; llegamos á un salón próximo, amueblado con gran sencillez y gusto; yo no había estado en él nunca, ni sabía que existiese. Desde la misma

puerta, señaló un cuadro, que había con otros dos en el muro de enfrente.

—Míralo, ese es el hombre de tu amor.

Corrí al cuadro sin saber de donde salieron mis fuerzas; aquél no era un hombre, era un niño.

—¡Pepe Alcudia!—exclamé como enloquecida: Era un retrato de Pepito, de la misma edad que cuando le conocí; era aquel niño alborotador é impetuoso, de índole generosa y apasionada. Quedé mirándole en éxtasis; lágrimas deliciosas bañaron mis mejillas. Pensé en mi abuela, pensé en la sala de los juguetes, pensé en el patio de flores de la calle del Tiro.

La señora de Lantigna habíase acercado á mí lentamente. Poniendo con suavidad una mano sobre mi hombro, díjome al oído en un murmullo inefable.

—¿Te acuerdas?—Y señalaba otro cuadro con dedo tembloroso.—lloré; allí estaba doña Magdalena con su

frente pensadora, y sus ojos magníficos, de una benevolencia, de una serenidad admirables. Al lado suyo, ví también á don Gabriel; no pude ya resistir; mis piernas se doblaban y me postré, juntas las manos, como en adoración piadosa de aquellas imágenes.

—Ea, basta, dijo la señora de Lantigna; vámonos; ya vendrás siempre que quieras á rezar á los santos de tu altarcito. Ven, hija mía—y me ayudaba á levantarme. Luego, enjugó mis lágrimas con su pañuelo amorosamente.

Pero yo no podía andar, no me podía mover. Le eché los brazos al cuello y permanecí con la cabeza apoyada durante algunos minutos sobre aquel corazón generoso.

Sin embargo, adquirí fuerza extraordinaria, cuando agregó en ese tono mimoso con que se contenta á los niños:

—Ea, cálmate. Piénsalo bien; si

no te calmas, no podré decirte lo mejor; lo que te interesa más que todo.

—¡Más aún, madre!

—¡Más, mucho... Lo más bueno!—

Y habló así, cuando volvimos á sentarnos:

—Escúchame, Paca; los delirios de la locura de Ángeles, los delirios de tu fiebre durante la enfermedad, hicieronme entrever que el fantasma adorado, norte de tu juventud y de tu vida, era mi nieto Pepe. Hablé con tu amiga Juana, que suspiró de felicidad en medio de sus pesadumbres, cuando supo que tu visión, tu divinidad incorpórea, habíase hecho carne. La viva conmoción que me produjo tu odisea de amor y felicidad, indújome á poner mano inmediatamente á un pensamiento que había concebido; el pensamiento de darte la feliz nueva, cuando salieses de tu enfermedad, si Dios permitía tu salvación. Esto era un gran consuelo

para mí, ya te lo dije; satisfacía á mi alma, contribuir de algún modo á tu felicidad, porque la simpatía que te tuve, desde la vez primera que hablamos, habíase convertido en amor ardiente al saber cómo te habías elevado y ennoblecido por mi nieto y la adoración divina, más que humana que consagraste á la memoria suya.

Oyendo esto, Corza, sentíase mi corazón traspasado de una felicidad tan honda, tan punzante, que creí perder el sentido. Besé sus manos con religioso fervor y sus caricias reanimáronme... Sólo dije:

—¡Ay, madre! ¿pero es verdad todo esto?

—Es verdad; y también lo es que Juana escribió prontamente á vuestra amiga la Corza, y que estoy más prontamente aún, le remitió cuantas cartas tú le habías escrito.

¡Mis cartas, Corza! Tú has hecho eso. ¡No sabes el terror que experimenté ante la idea de que otras per-

sonas las hubiesen leído. ¡Corza infame!

—Cuando las leí, decía la señora de Lantigna, llegó á su colmo mi admiración; partíase me el alma de sentimiento y ternura, con las dos historias que esas cartas encierran; la del matrimonio infelicísimo y la del amor de tu alma y de tu vida. ¿Era posible que aquella muchacha, aquel engendrillo malo que tan gran horror profesaba á la lectura, hubiese podido llegar hasta el punto de escribir y expresarse de aquel modo, por el amor de su fantasma? ¿Por poder contestar á una carta, en el caso eventual de que alguna vez se la escribiesen?

Persistiendo más que nunca en mi idea, le pedí á la Montero un retrato tuyo, un retrato en que estás adorable, con esa belleza tuya tan conmovedora; me puse á escribir resueltamente, aunque me es ya tan difícil; y digo resueltamente, por mi propósito

firmísimo de contar á Magdalena y Pepe, todo, todo, hasta el último detalle de la divina odisea. Así lo hice en una carta sin fin, larga, larga... Aunque hubiese cegado escribiendo, la habría concluído, por mi afán glorioso de olvidar un solo punto. La escribí... Y allá fué todo, Paca Cielos, allá fué tu retrato, allá fueron las cartas que escribiste á la Corza, y allá fué la mía.

Fué un minuto más horrible que el de la muerte. No sabía que pudiera existir un tormento igual. Antes que la señora de Lantigna terminara su discurso, estaba yo de pie, rígida, convulsa, y en un grito supremo de mi corazón, pregunté solamente:

—¿Y han contestado?

Comprendiendo la señora de Lantigna que no valían ya dilaciones de ninguna clase, que un minuto, que un segundo podrían constituir ahora mi vida ó mi muerte, se apresuró á exclamar:

—Sí, mira la respuesta.

La respuesta fué un retrato de Pepe Alcudia; no era el niño ya, era el hombre un hombre hermoso, varonil, de frente pensadora como su madre. Era el mancebo soñado, el mancebo entrevisto por mi fantasía, en celajes de luz.

Ví entonces que había algunas palabras al pie—¡gran Dios, qué dirían aquellas palabras! Un velo de fuego quemó mis ojos. ¿Y hubo una época en que yo aborrecía la lectura y la escritura? ¿Hubo una época en que me horrorizaba el pensamiento de leer y escribir? ¡Loca mil veces! El saber escribir, ¿no había sido causa de aquella gran felicidad? El saber *de lectura*, ¿no había sido para mí una suerte suprema? Pero, ¿podría yo leer aquello? ¿Qué diría...? ¡Sí, yo sabía leer! Yo había aprendido para enterarme de estas palabras escritas al pie del retrato:

«¡A Paca Cielos, la compañera de



mi infancia! ¡A Paca Cielos, la esposa de mi corazón para lo futuro!»

El retrato cae de mis manos, mi corazón cesa de latir, caigo otra vez en mi asiento... La señora de Lantigna sostiene mi cabeza... Como al través de una nube, veo á Juana acercándose, á Juana que se arrodilla á mis pies, llorando, sin pensar en sus dolores, transfigurada de alegría por mi felicidad. Escucho las frases reanimadoras de las dos santas criaturas... como un susurro lejano, suavísimo, oigo anunciar á la Montero que tú vienes, Corza; que viene el hombre de la república, que viene Poncio... ¡Sí, Corza, ven! ¡Venid y que Dios os bendiga! ¡Venid todos y seamos felices, lo que se puede ser feliz en esta vida terrena! Seamos felices, pero sin que olvidemos que hay que velar por una mujer desgraciada... Por una mujer que espera no sé qué solemne

hora... Por un santo ángel misterioso, que señala el humano lenguaje, con el nombre vulgarísimo de Juana Montero.



ÍNDICE

Página

Capítulo I.—Espíritus serenos.—Evo- caciones.—Los telares de Paca y los discursos de Naro.	3
» II.—Presagios funestos.—Don Miguelito Caparota.— Catalina y la Mística.— Las envidias de la Aurora y las cobardías de Bonet. —La tía Angeles en acción.	17
» III.—Utopías juveniles.—Días crueles.—El valor de Jua- na Montero y el de José Bonet.—¡La tía Angeles!	39
» IV.—¡El monstruo!	57
» V.—En la lucha.—Esperanzas y temores.—Acometidas de la Corza, consejos de Paca, agonías de Bonet y dudas de la Montero. . . .	77
» VI.—Momentos psicológicos.— La señá Caballero y su an- tigua casa.—El corazón de Naro.—Nostalgias de un ciego.—La divina Ange- les.	99
» VII.—Paca Cielos, hereda.— Frente á frente.—El dra- ma.—¡Adiós, Naro!	121

	<u>Página</u>
Capítulo VIII.—Resurgimiento.	151
» IX.—Pajaritos del Cielo.	163
» X.—Nuevos horizontes.	173
» XI.—La señora de Lantigna.	185
» XII.—¡El tumor negro!.	203
» XIII.—El triunfo por el dolor.	219
» XIV.—El arbolito de la recon- quista.	229
» XV.—Aquí está su forma.	247
» XVI.—Paca Cielos reza, Paca Cielos evoca.	257
» XVII.—¿Triunfa Juana?.. . . .	267
» XVIII.—Horas tormentosas.. . . .	275
» XIX.—¡En Alemania!	285
» XX.—¡El enemigo!	297
» XXI.—El ábrego silba... ¡Po- bres arbolillos nuevos!	309
» XXII.—El desastre.. . . .	327
» XXIII.—¿.....?	339
» XXIV.—Compensaciones.. . . .	361

